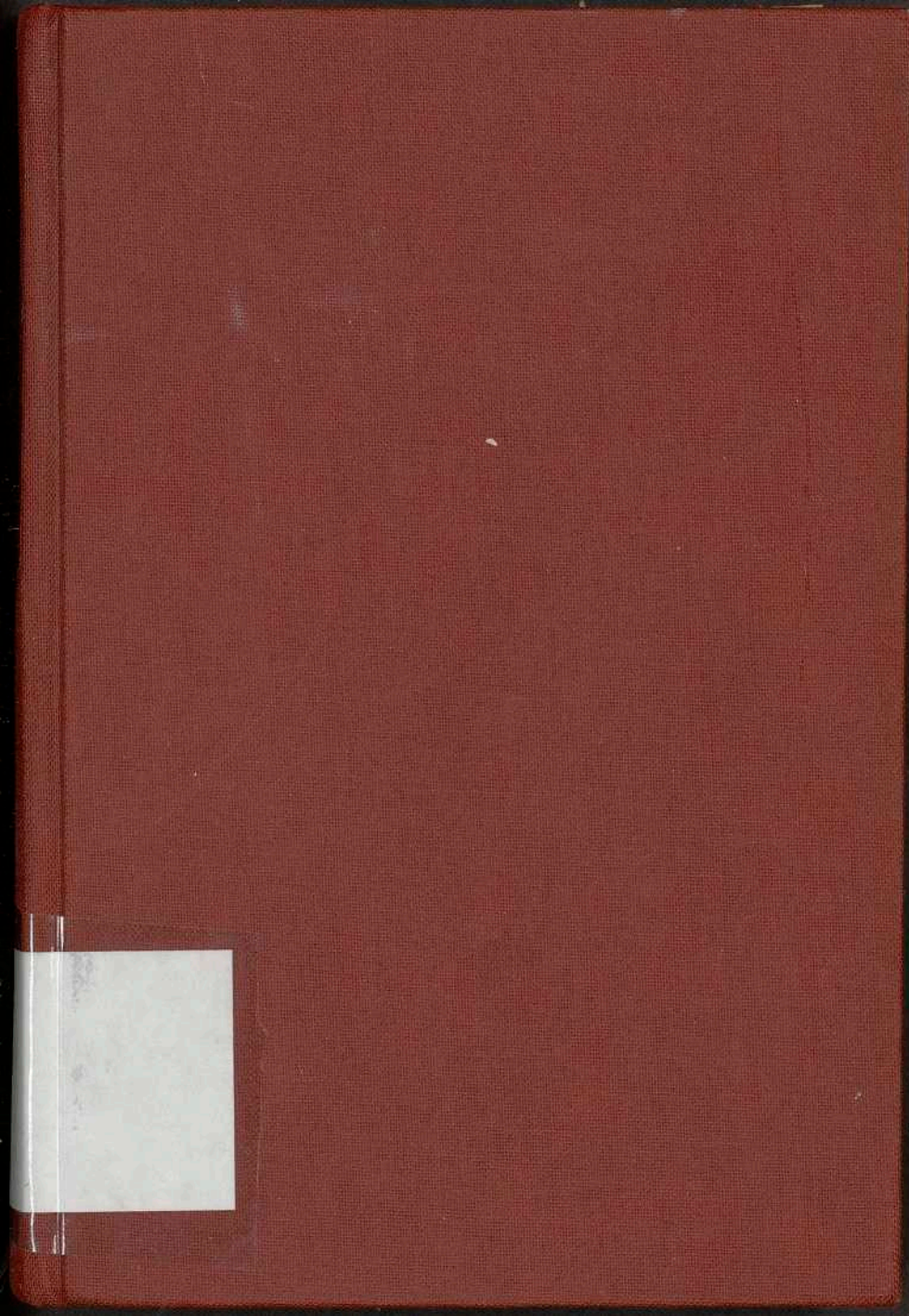
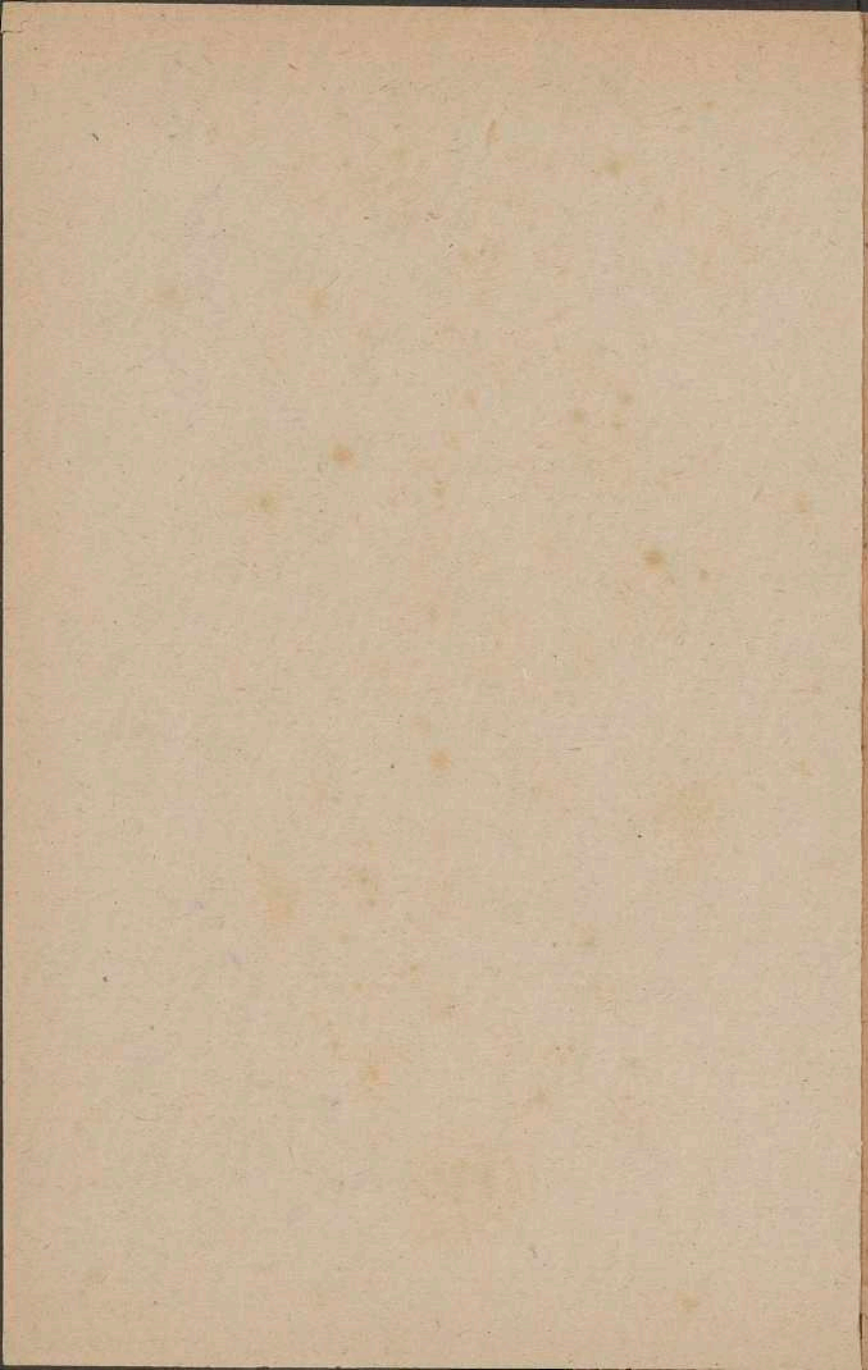










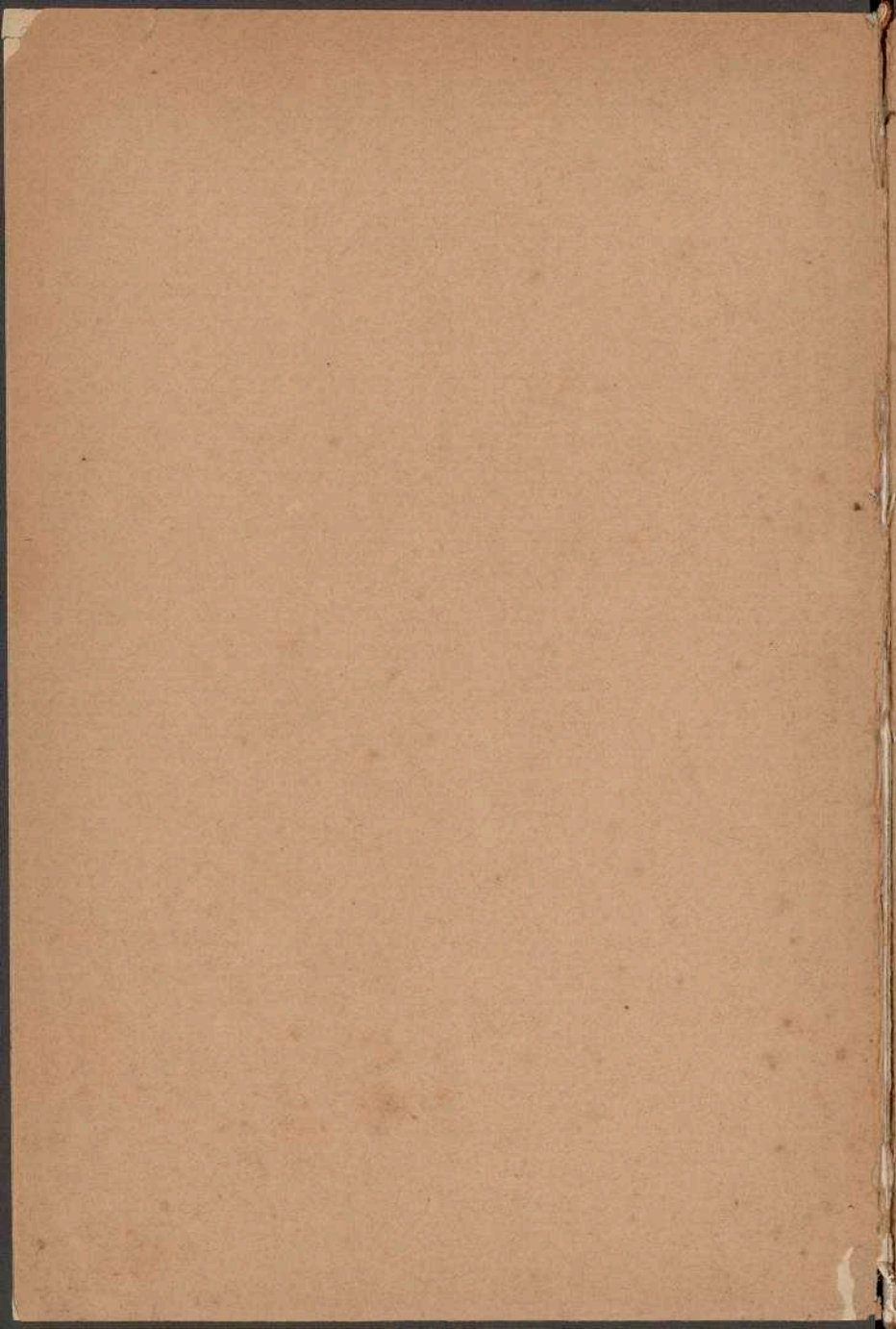
1200

- periódica

- de CR

1L -

CARAVANA DE RECVERDOS



1287565

1001246742

S.L
6791

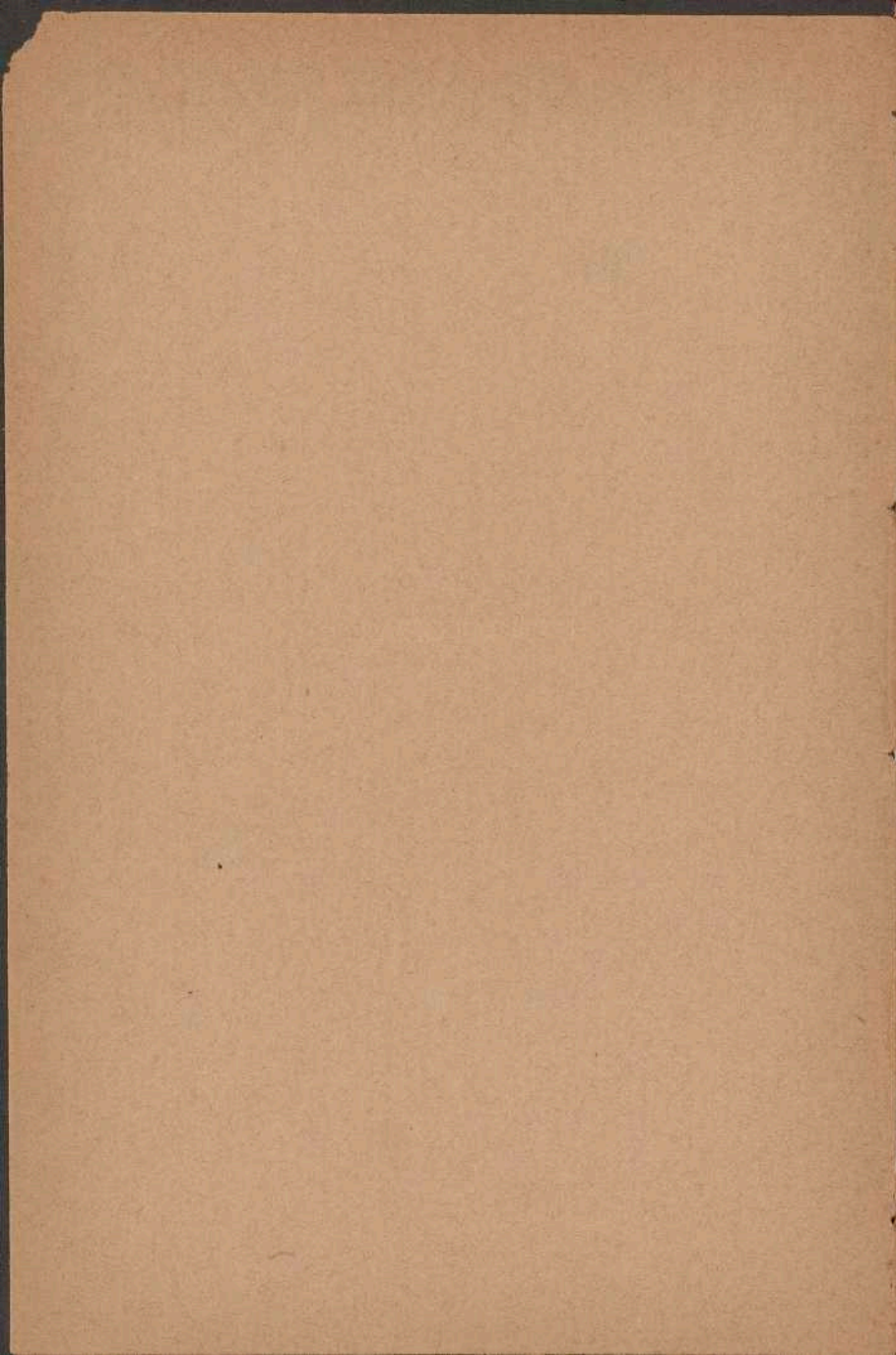
 CARAVANA DE
RECVERDOS. PROSAS
ESCRITAS POR JVLIÁN
MORALES RVIZ

Prólogo de Andrés
González Blanco.  

LIBRERÍA DE PUEYO:
MESONERO ROMANOS: 10:
MADRID:



DEDICATORIA

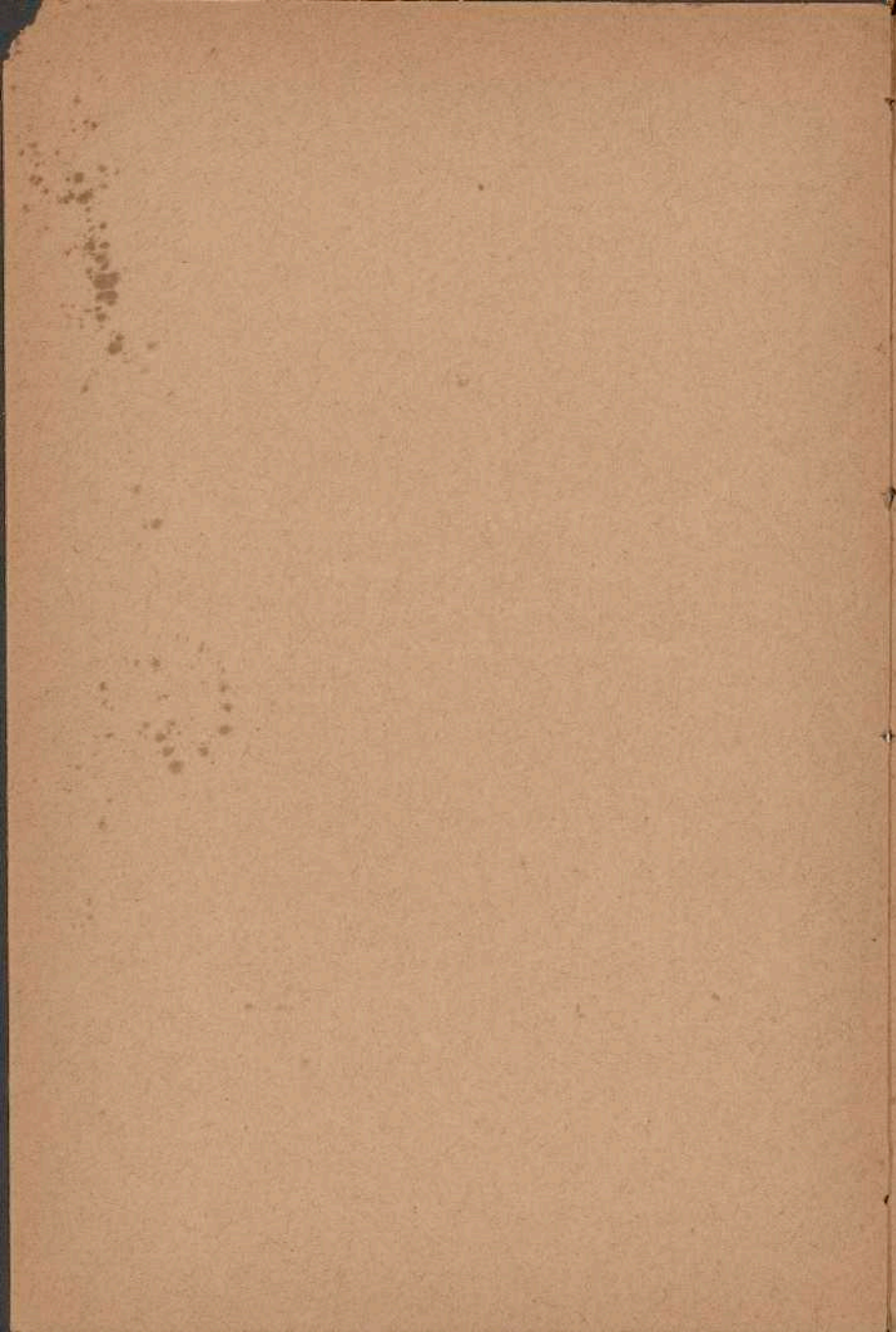


A
DON TOMÁS ROMERO

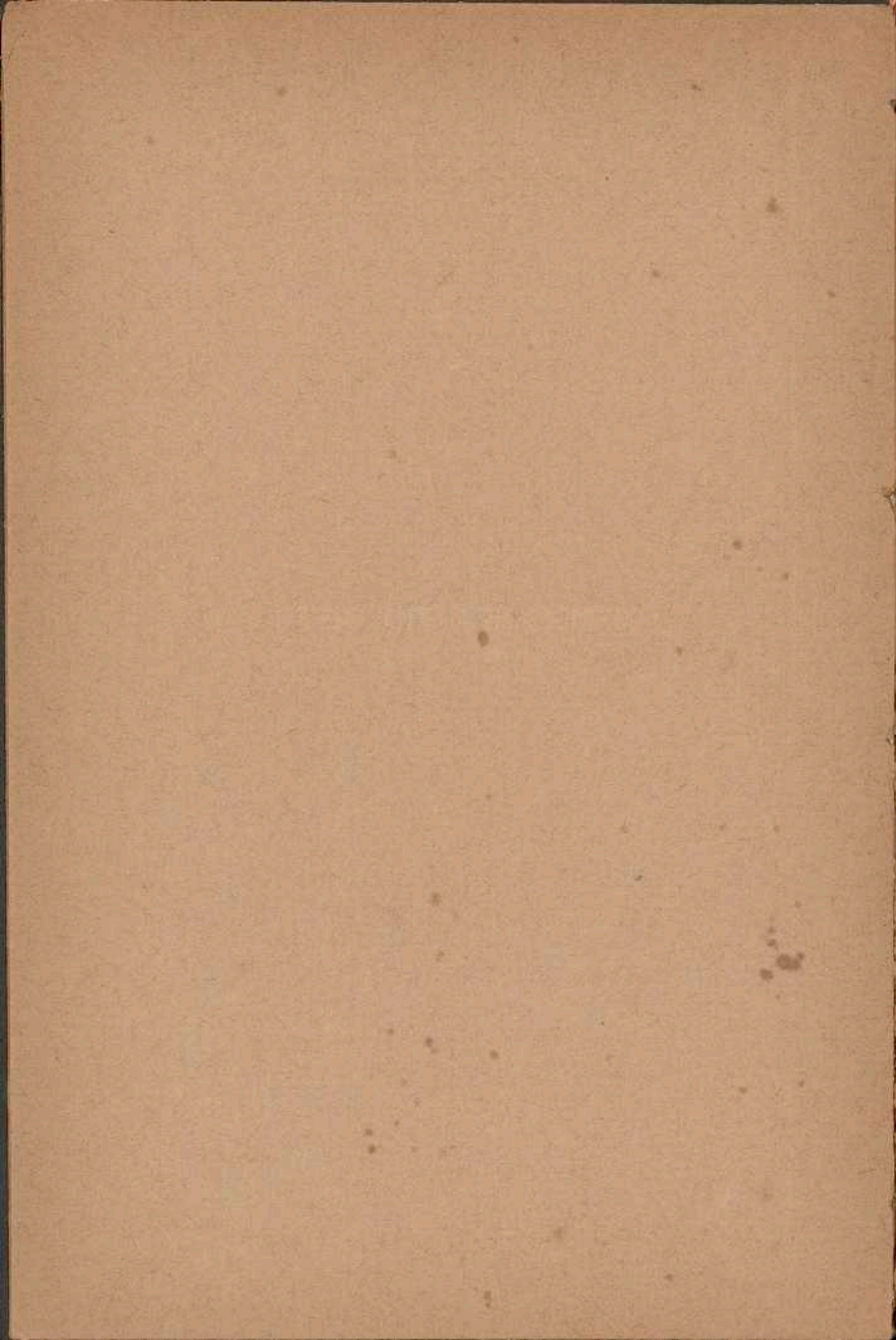
Político y periodista notable

Homenaje sincero de
amistad cordial y cariñosa. Su paisano:

J. M. R.



SEMBLANZA PRÓLOGO





Julián Morales Ruiz es un joven muy joven y muy soñador.

Morales Ruiz vive en una vieja ciudad, capital de la Mancha, no una ciudad como otra cualquiera, sino una Ciudad Real, amarilla, polvorienta y llena de sol... En las tardes de toros (que son las tardes de feria) este muchacho pálido y esbelto vá á la Plaza, en coche abierto, entre muchachas morenas con mantilla española...

Permitidme la complacencia de estas evocaciones provincianas. Ya sé que por ahí me tachan de pesado, empalagoso y dulzón, por mi persistencia en cantar el provincianismo. No me importa. En el Salmo sexagésimo octavo de David se dice ya: *Adversum me loquebantur qui sedebant in porta et in me*

SEMBLANZA-PRÓLOGO

psallebant qui bibebant vinum.—Contra mí hablarán los que pasean bajo la puerta de Toledo ó bajo la puerta del Carmen, sobrevivientes á las derruidas murallas, para darle aún más carácter de ciudad morisca, y cantarán coplas contra mí los bebedores de vino... No importa. Yo dije alguna vez algunas superficialidades sobre Ciudad-Real, porque me irritó el libro insulso de un literatuelo local. A pesar de todo, yo amo á esa ciudad polvorienta y cálida, en cuyo cementerio descansa mi padre...

En Ciudad-Real vive Morales Ruiz. Acaso tenga una novia morena, de ojos negros, de tallo esbelto y fino, como son las mujeres que á mí me gustan... Se llamará Carmen, Lola, Amparo, Tránsito, Soledad, Mercedes. Y en las tardes claras de Junio, á la caída del sol, paseará con su novia por la amarillenta carretera de Alarcos, que se pierde á lo lejos en una imprecisión de ensueño...

Acaso yo no soy un literato puro, un crítico sagaz, al hacer estas confesiones. Pero seré un poeta y un buen muchacho, que es lo que me importa. Yo os juro que, á pe-

sar de mis pujos de crítico autorizado, á pesar de mis ambiciones de diputado futuro, á pesar de mis nostalgias de vida europea y *fashionable*, en el fondo yo soy un buen burgués que ha nacido para ser empleado del Gobierno civil, ó catedrático del Instituto, ó, á lo más, diputado provincial, en una de estas pequeñas poblaciones castellanas, que se llaman Cuenca, Guadalajara, Ciudad-Real....

Y que mis mayores envidias las he sentido, no al aplaudir el drama de un maestro, ni al oír á un cantante en boga, ni al escuchar á un orador de fuste; sino al ver á dos novios provincianos que paseaban por una carretera polvorienta en una arcaica y noble población de Castilla. Ella era hija de un Diputado Provincial; él era un empleado de Correos. Y yo, fugaz y transitorio en aquella ciudad, seguí durante algún tiempo con la vista á los dos enamorados, como si se llevasen algo de mi alma... Ella era morena y esbelta, con un cuerpo ondulante y serpentino; él era garboso y elegante. ¡Se miraban á los ojos con tal ternura...! ¡Vidas que yo no he vivido; qué locamente os he soñado!..., ¡Mujeres que

nunca serán más; cuánto os quise!...

Por eso una de las existencias que yo envidio, al contrastarla con mi existencia febril é inquieta, es la de este muchacho trabajador y animoso. Julián Morales Ruiz vive en una apacible ciudad de Castilla; acude todas las tardes á un Casino, en cuyo salón se dan de cuando en cuando algunos bailes, para los cuales se engalanan estas nenas provincianitas tan suaves, tan tímidas, tan soñadoras y tan enamoradizas... En las noches de verano, con aire displicente, Julián se sienta en una silla del Paseo, que iluminan densos focos eléctricos, y mira pasar á esas nenas de trajes claros, de faldas que hacen frufrú..... (Ahora ya no lo harán, porque los abominables modistos parisienses han suprimido la lujosa prenda interior de las enaguas!...)

¿No es para envidiar esta vida plácida, acaso perfumada por una pasión vigorosa?... Cuando recuerdo á Morales Ruiz, yo me digo con los sabidos versos de Horacio:

Beatus ille qui procul negotiis...

Julián Morales Ruiz escribe. Escribe des-

de que era adolescente; pero es este el primer libro que publica.

La Mancha es áspera, llana, rugosa y seca. El estilo de Morales Ruiz es como el suelo de su tierra. Cortado, brusco, adusto, sin mimosidades de pradería. Acaso abusa del párrafo corto, que hace tan fatigosa la lectura. Otros abusamos, en cambio, del párrafo largo y lleno de parémbolas, de cláusulas entrelazadas y de incisos. Con este estilo no se deja lugar á respirar, como notaba Nietzsche. Es cierto. Y luego el estilo de Morales Ruiz tiene la ventaja de ser másculo, vibrante y jugoso. Todo lo contrario de ese estilo invertebrado y anafrodita á que nos tienen acostumbrados los nuevos escritores...

Leed, por ejemplo, *En el divino silencio*, uno de los trabajos más perfumados y líricos de este libro, y vereis cómo el estilo viril de Morales Ruiz se hace á veces tan mórbido y voluptuoso como el del d'Annunziano más exquisito, sin perder su fiereza. Leed *Últimas noches* y decidme si no es un poeta quien supo cantar con nostalgia tan

insinuante la melancolía de un paseo de provincia. Leed *El Primer Deseo* y calculad si no hay condiciones de novelista en este joven *chroniqueur*, el día en que conozca más la vida y espurgue un poco su estilo de ciertos lugares comunes. Leed *De tal tronco* y se acentuará la sospecha de que en este incipiente narrador hay latente un novelista de empuje, novelista para dramas de amor y de sangre, sobrio en las descripciones como es sobrio en verdores el campo de su tierra, punzante y amargo en los momentos de tragedia. Leed *Sonata Apasionada* y decidme si no se exhala de ese artículo un afrodisiaco y embriagador perfume, que predispone á Morales Ruiz para la novela erótica tan cultivada en nuestros días. Leed *Por las sendas olvidadas* y decidme si no advertís aquí, junto á la elegíaca queja, la viril protesta de un alma joven; y si no quedan tintineando en vuestro oído aquellas palabras: «la vida eternamente monótona, sin una nota de valentía...» Leed *Día de fiesta* y gustareis de nuevo la melancolía provinciana junto con la protesta contra el vivir mezquino «y anodi-

no», como dice el poeta.—Porque Julián Morales Ruiz (ya es hora de decirlo) ha hecho versos; lindos versos de pasión y de melancolía... y apreciareis al poeta nostálgico. Leed *Una noche de verano* y me direis si no hay cualidades de dialoguista teatral en este fino espíritu. Pero, sobre todo, leed *La Estación*, donde la inquietante melancolía de la provincia se explaya á su sabor. Oid al poeta, porque sólo transcribiendo sus frases emocionantes puedo rendirle homenaje de admiración: «En el andén, pasa de espaldas con sus tres farolillos rojos, un tren que viene de lejos. Nosotros buceamos en los coches y á las veces nos sorprende con delicia una cabecita rubia y linda que curioseá por todas partes como para enterarse de dónde está, y cubierta con un guardapolvo gris baja al *restaurant* á beber unos sorbos de cerveza ó á tomar un chocolate. Las luces de los departamentos están veladas por la cortinilla azul y en la penumbra del coche, se desdibuja la silueta de un hombre que duerme. El cimbal ha sonado un repique. La voz tremenda de un mozo dice que el tren va á mar-

SEMBLANZA-PRÓLOGO

char, y del *restaurant* aprisa van saliendo los viajeros. La rubia ha vuelto á subir en el tren. El estridente silbor de la máquina ha sonado y el tren se ha perdido en lo negro hacia otro pueblo, donde en el andén habrá curiosos como nosotros, que verán á la adorable rubia que puede ser francesa y llamarse Lillí. Hay en nuestra alma algo de cansancio de la vida igual y monótona de pueblo aburrido. Y cuando el tren se vá, sentimos una nostalgia viva de otros tiempos en los que hemos viajado junto á una morena andaluza y salada...» He recurrido á mi procedimiento favorito de transcripción, y esto ya es indicio de que el emocionante artículo me ha encantado más de lo corriente... ¿Cómo no ha de encantarme, cuando yo me he pasado la vida repitiéndome hasta lo indecible á riesgo de ser molesto, para cantar y hacer sentir á los demás la poesía de los trenes que pasan y de los andenes provincianos donde los paseantes, que son poetas, sienten volar su alma hacia tierras lejanas?...

Para complemento de ese hermoso artículo, leed *De un amor romántico*, donde ve-

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

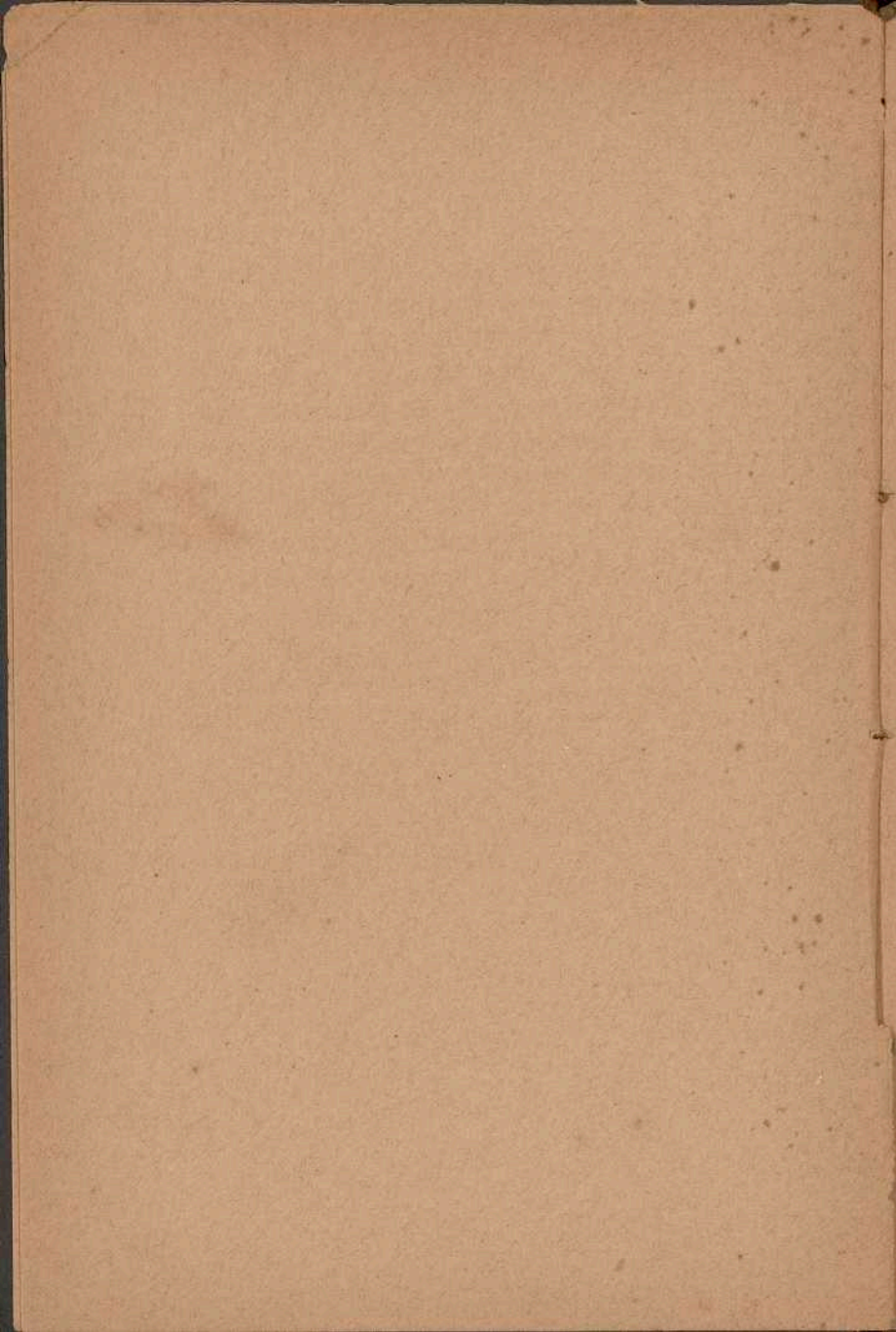
reis descifrado un enigma, al que yo aludí antes; la pasión ardorosa inherente á todo poeta provinciano... Allí vereis cómo Morales Ruiz ha sentido las melancolías de la separación (¿cómo no, si es tan sentimental?) cuando se marchó de la ciudad una Carmencita tentadora...

¡Ay, Dios mío!... ¿Será una fatalidad del cielo ó de la raza que siempre sea una Carmen morena y de ojos negros la que nos haga padecer á los poetas españoles que somos enamoradizos?...

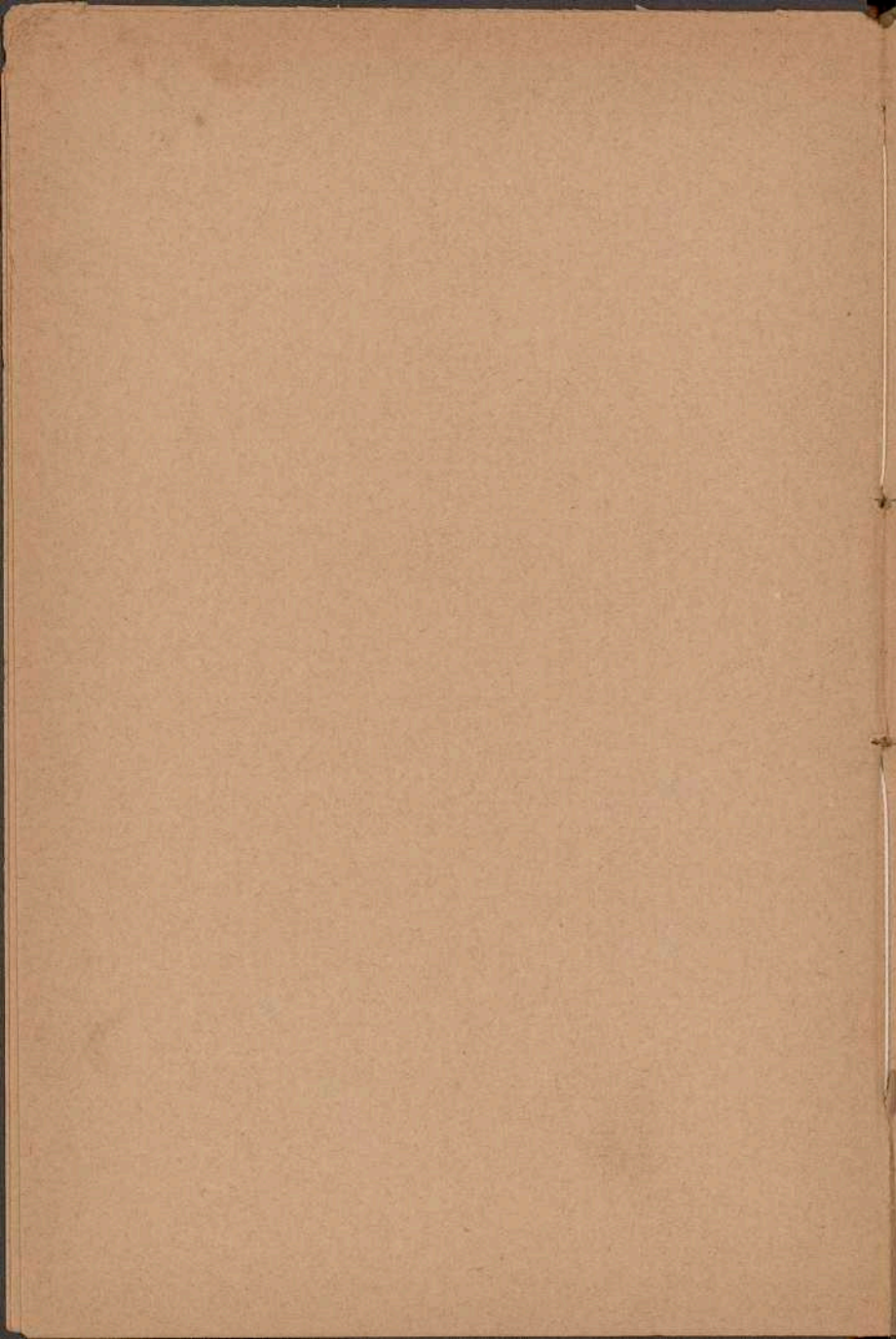
Andrés González-Blanco.

Madrid, 1909.





PRÆELUDIUM





POR la inmensa llanura de mi alma ha pasado esta caravana de recuerdos que tal vez son de ensueños.

Acaso remembranzas de algo que nunca tuvo vida real: Amores llenos de voluptuosidad que pasaron bajo la fronda de un melancólico jardín exótico, silente y emocional á la luz de la luna, cubierto por el manto azul cobalto de la altura. Un jardín como yo no he visto ninguno.

Puede ser, también, que tengan estos recuerdos la realidad de viejas cosas que pasaron y olvidé ya, dormidas en la memoria y cubiertas por la pátina que el tiempo grabó en ellas.

Añoranzas románticas de amores que viví rápidamente.

CARAVANA DE RECVERDOS

Recordaciones de alguna impresión que sentí en la paz de una capital de provincia de tercer orden: Una tarde de cielo gris que llovió mansamente embarrizando las calles por las que apenas cruzaba una criada ó un oficinista, una fría tarde de Noviembre que aburrido solemnemente jugué en el salón de tertulias del Casino una partida de ajedrez y luego en la biblioteca, llena de humo y en una atmósfera pesada, entretuve mi tedio leyendo *Le Journal d'une femme de chambre* de Mirbeau.

La quietud misteriosa de la estación, á la madrugada, cuando pasa el rápido en un vértigo, parándose automáticamente, y un viajero desperezándose baja del coche con su impedimenta y busca un mozo de equipaje haciendo correr bajo la marquesina de zinc su voz adormilada.

Serán, tal vez, los recuerdos que encontréis en este libro, unas cartas sacadas de un paquete en el que guardo testimonios de mis galantes pretéritas aventuras. O una narración, de la que soñé ser yo protagonista sin llegar á serlo. O un canto de elogio para

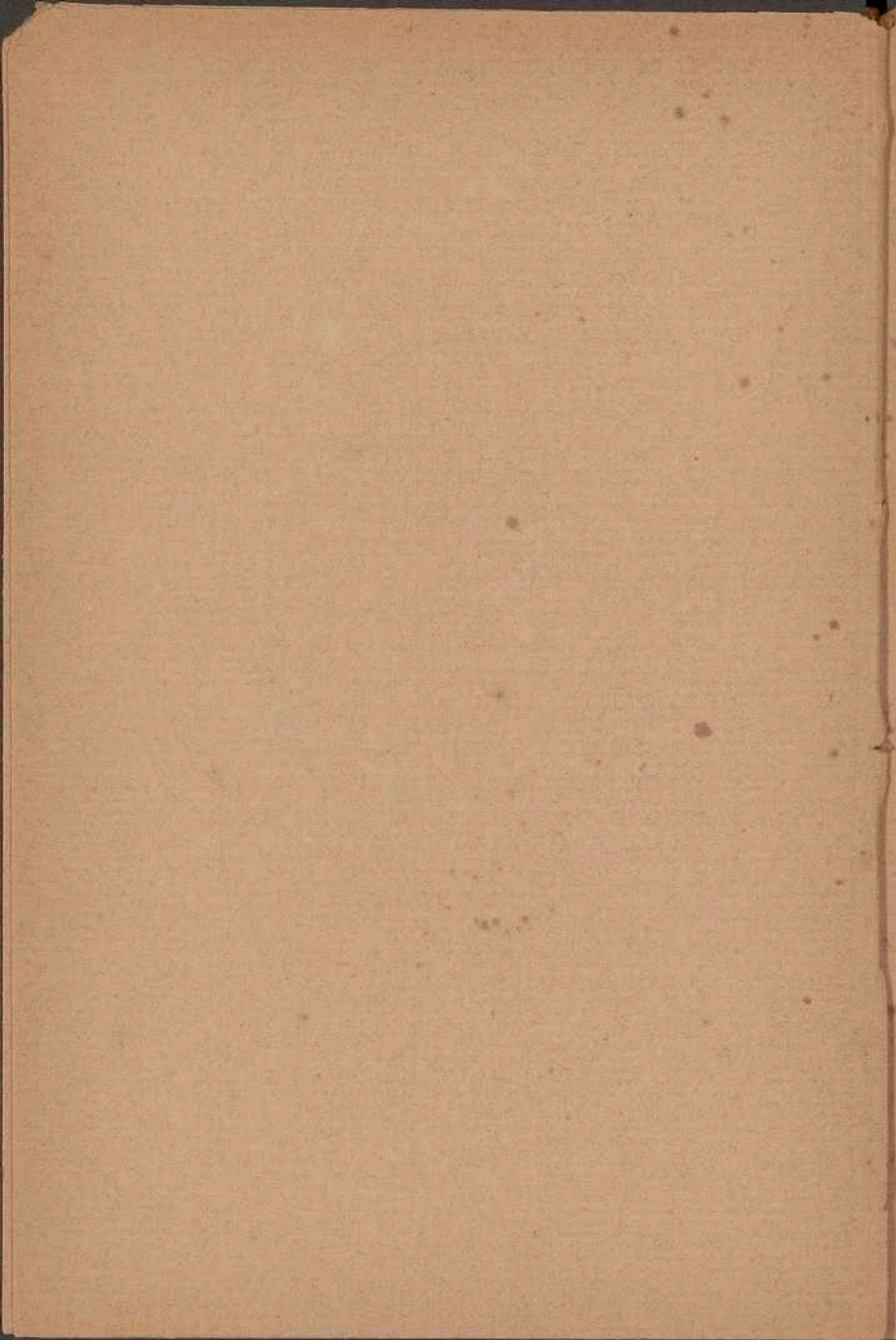
las humildes veredas, y para el silencio inquietante de una noche que probé el Amor en los labios de una Quimera.

Serán unas líneas que escribí ensalzando las bellezas de una nena gentilísima, que pasó por mi vida amorosa como un rayito de sol claro por tierras nortañas; dejando una estela suave de agradable melancolía.

Encontraréis recuerdos de todas estas vagas cosas. De amores que tuve, de impresiones que sentí; de amores que soñé tener; de impresiones que creí sentir.

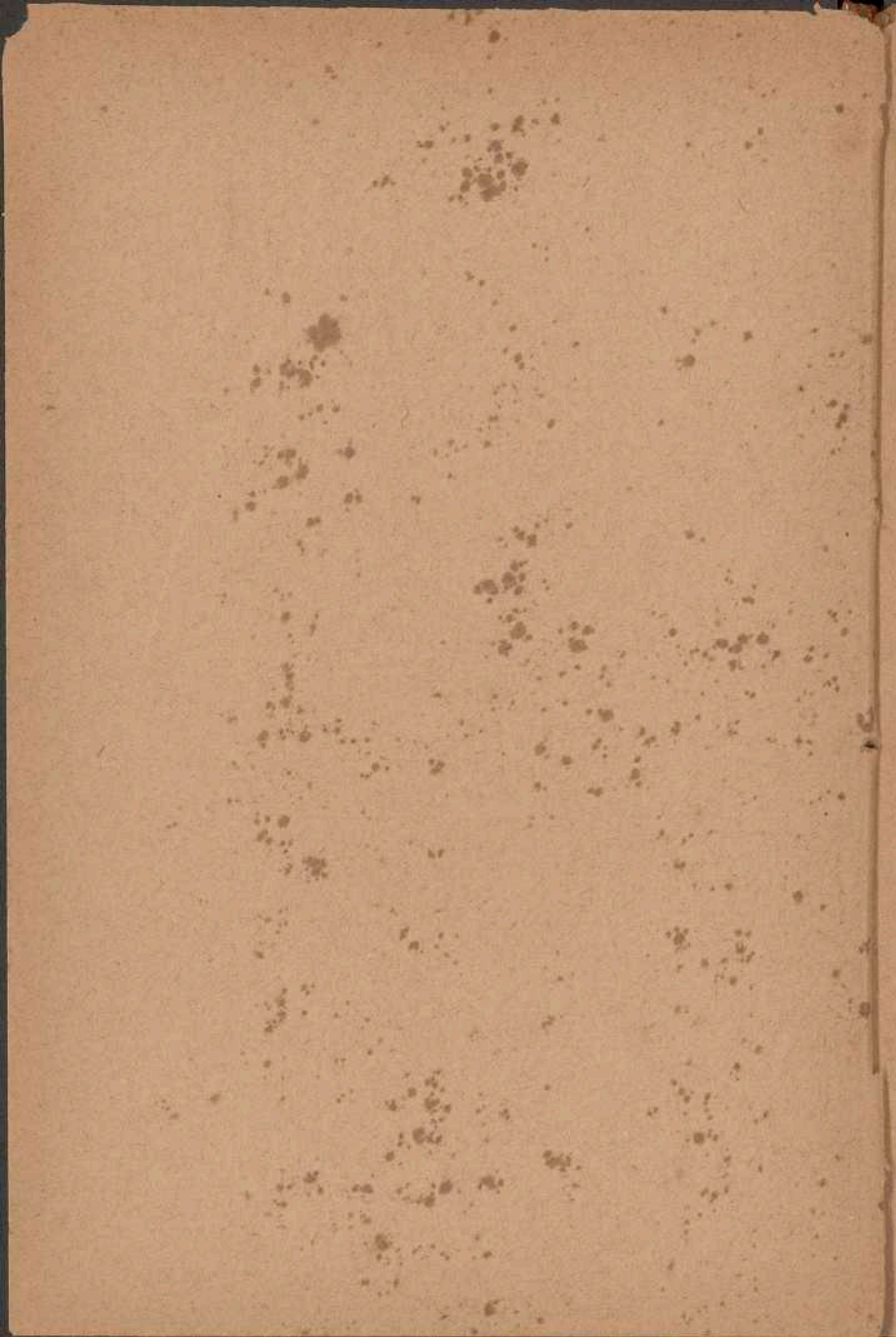
Algo, incoherente, vago, sin relación, pero siempre ameno como son las palabras de un buen muchacho que recuerda sus alegrías, y sincero como las quejas, de este mismo buen chico que cuenta sus dolores, triviales y ligeros.





TRAGEDIA

Al Felipe Trigo





ES media tarde. La nieve plañe en los cristales, empujada por el viento, que aulla agorero en la calle doblando las ramas de las acacias sin hojas y pasando como una furia. Abajo, los que cruzan con rapidez, van tapados hasta las cejas. Los coches brillan como charol, empapados por el agua, y los caballos, inclinan resignados la cabeza hacia la tierra. Pasan los tranvías en un sordo ruido. El cielo tiene un color uniforme de cansancio y de melancolía, la nieve sigue impenitente plañendo lastimera en los cristales.

Apoyado en el alfeizar del gran ventanal, Gaspar, deja pasar por la memoria la vorágine de los recuerdos. Uno, se fija con tenacidad de martirio en su alma. Es el de las últimas caricias de aquella niña gentilísima, elegante y tibia como un florecer de Primavera, que se le murió en los brazos, una clara y fría mañana de Noviembre.

En la puerta del despacho, suenan unos golpes suaves, y una voz:

CARAVANA DE RECVERDOS

EL CRIADO

El Doctor, espera su permiso para entrar.

GASPAR

Que pase, adelante.

VA hacia la mesa de ébano, tallada en altos relieves, y se arrellana en el sillón monacal.

Don Antonio María de la Vega, en la puerta, pide la venia. Es alto, flaco, de terrosa color, blanco el pelo hirsuto, los bigotes orgullosos y la barba de chivo. Tiene la voz suave y agradable y al pasar junto á Gaspar, le estrecha la mano.

EL DOCTOR

¿Cómo estamos?

GASPAR

Peor, Don Antonio María. Esta madrugada, he sentido un ahogo matador. Apenas puedo respirar y sufro mucho.

EL Doctor le toma una mano y lo pulsa. Tuerce el gesto apenas perceptiblemente.

EL DOCTOR

Continúa la fiebre. ¿Quiere Vd. que lo ausculte otra vez?

GASPAR

¿Para qué? Es inútil. La ciencia no tiene ya un remedio para sostener la miserable

trabazón de mi cuerpo que se arruina sin remedio.

EL DOCTOR

No desesperemos. No hay para tanto. El tiempo es, ahora, molestísimo para los que padecen alguna afección al pecho. Pero si usted lo permite, tengo interés en volver á reconocerlo.

GASPAR

No quiero contrariarle. Pasemos á la alcoba.

EL Doctor cruza delante, saludando ceremonioso. La alcoba es grande y de buen gusto. Una cama de nogal preciosamente tallada; una gran butaca junto á ella, un armario de tres lunas y un precioso lavabo. La cama tiene una colcha de seda, color marrón y la alfombra de terciopelo y la portier son del mismo color. Frente á la cama, está el retrato de una mujer joven, que rie suave, enseñando la gloria blanca de sus dientes en el rojo vivo de sus labios.

El Doctor apoya la cabeza en el pecho de Gaspar, flaco, estrecho y huesoso. Le hace aspirar, espirar, y con sus dedos, como macillos, le golpea.

EL DOCTOR

Lo de anoche, no fué nada. Pero precisa, que cumpla rigurosamente el plan que le dí.

CARAVANA DE RECVERDOS

Reposo; quietécito en casa; mucho cuidado con el frío. Y deje de leer. Sobre todo esos libros de amor, eróticos y carnales que le perjudican mucho. Y alimentarse bien, siempre sin vino como sabe ¿eh? Bueno, Don Gaspar, hasta mañana.

EL Doctor alarga la mano que Gaspar estrecha con afecto y sale á la galería seguido del criado. Lleva en la cara un gesto amargo y doloroso, como quien presencia una gran desgracia irremediable.

El Doctor sale despacio, y la pesada cancela de hierro, se cierra tras él pausada y sin ruido.

II

PESADAS y largas, las horas han pasado. Los contornos de las cosas se han ido desvaneciendo y desde la ventana, se ven ahora las siluetas todas blancas, hieráticas, rígidas.

Gaspar ha escrito sobre unas cuartillas, mucho tiempo, sin poder determinar cuánto. Luego se ha acostado, vestido, sobre la cama, hasta las diez de la noche. A esta hora ha pasado á la biblioteca, ha tomado de un estante un libro y se ha puesto á leer. Fuera, sigue el viento aullando y en el tubo de la chimenea resuena con pavoroso ruido.

De un viejo reloj vecino, trajo el viento, apagado, el eco de una hora: las doce. Gaspar dejó el libro sobre un sillón; incorporóse en la butaca y removió los gruesos carbones que ardían en la chimenea. Luego, otra vez en sus manos el volumen—LAS INGENUAS de Trigo—siguió leyendo, moviéndose nervioso al volver cada hoja. Algunas veces, entornado el libro, cerrados los ojos, pensaba. Llegóse hasta el balcón y miró á la calle. Los tejados vecinos albeaban: entre las piedras iba quedando presa la nieve y las luces del gas se movían oscilantes al impulso de un vientecillo helado y

CARAVANA DE RECVERDOS

sutil que llegaba á los huesos. La nieve, seguía cayendo pausada, en su lento vals monorrítmico. El termómetro del balcón marcaba dos grados bajo cero.

Gaspar cerró con rabia y llamó en el timbre.

El criado hizo sonar unos golpes en la puerta.

GASPAR

Adelante.

EL criado se inclina en un saludo.

Trae el gabán de pieles, el sombrero y el paraguas.

NUEVA inclinación de cabeza. Pasados unos breves momentos regresa con todo sobre un brazo.

EL CRIADO

¿El señor vá á salir?

GASPAR

Voy á salir.

EL CRIADO

La noche es de horror; nieva; el viento helado aulla como un lobo. Os vá á perjudicar, Señor, esta salida. Recordad—y perdón por el atrevimiento—que D. Antonio Marfa os lo ha prohibido.

GASPAR

Gracias, Juan, pero es necesario. Ayúdame; sube más esa manga.

EL viejo criado obedece en silencio, y cuando el señor ha salido, se limpia en la mejilla una lágrima que se ha escapado de sus ojos.

Gaspar caminó lento calle de Alcalá adelante. La nieve iba cayendo. Frente al Banco de España, la fuente era una extraña informe masa blanca. Cruzó la Puerta del Sol, hasta la calle del Carmen, pasó por ella a la de Mesonero Romanos y casi al final, en la acera de la izquierda se detuvo. Llamó al sereno y abrió la puerta; al empujar el cancel de cristalería biselada, sonó arriba un timbre de aviso.

CARAVANA DE RECVERDOS

III

EN la mesa, las botellas vacías estaban caídas unas sobre otras.

GASPAR

Trae más champagne.

UNA hermosa mujer que había junto á él, salió y desde la puerta pidió dos botellas.

Las llevaron y fueron apuradas pronto. Mandaba:

GASPAR

Más, más champagne.

Y sobre la mesa las botellas hicieron larga fila. Luego, las dejaron en un confidente y sobre la alfombra. Había muchas.

Gaspar estaba tumbado en una butaca de mimbres; deshecha la corbata, abierto el cuello almidonado, el pelo caído sobre los ojos cerrados, y bajo éstos, unas ojeras profundas, moradas y negruzcas sobre la mancha alargada de la cara flaca y lívida. Las manos larguísimas, de uñas afiladas, estaban contraídas nerviosamente.

JULIÁN MORALES RVIZ

Llegóse hasta él la mujer y le acarició mimosa, besándole en los ojos, en la frente, en los labios.

Le ayudó á levantarse de la butaca.

LA MUJER

¡Vamos, hombre! Anda.

Y él, reclinada la cabeza sobre el hombro de ella medio desnudo, fuerte y rosado, apoyándose en su brazo, trabajosamente, rastreando les plés, pero sin resistencia, se dejó llevar.

Llegaron á una habitación y un penetrante olor de varias esencias—el aroma especial de una alcoba de pecadora elegante—lo llenaba todo. Había colgadas en el perchero, ropas de seda, que al sonar despertaban la lascivia.

Gaspar, se dejó caer sin fuerzas, agotado, en una marquesita junto á la cama.

La bella pecadora, en sus más lindos mohines de coqueta le incitaba:

LA MUJER

¿Qué haces, hombre? ¡Vamos, rico, aprisa!

Y entre tanto iba quedando libre de peso su figura fuerte y gallarda de Diosa vencedora. Las faldas, las enaguas, la blusa, el corsé, todo junto hacinado quedó sobre la butaca. Se mostraba ahora cubierta la belleza un poco marchita de su cuerpo, por una camisa de seda azul, corta, hasta la rodilla, y se sentó en las de Garpar.

CARAVANA DE RECVERDOS

LA MUJER

¿Te ayudo?

SIN esperar la respuesta le fué despojando de la ropa, pasándole sus rosados deditos de muñeca, por la cara, en un mimo.

Ya desnudo Gaspar, ella tuvo que ayudarle á subir á la cama.

IV

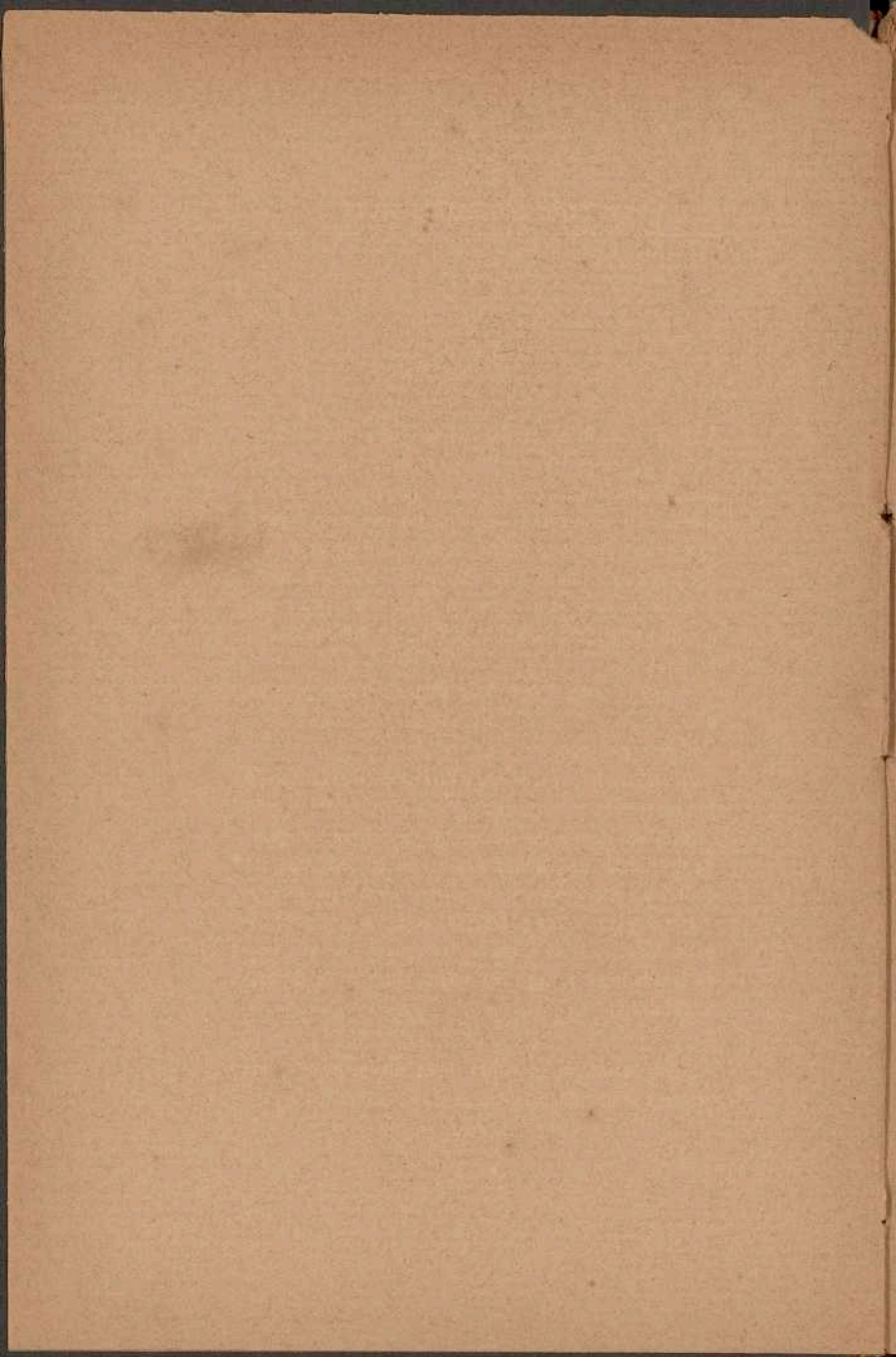
Un reloj sonó en la paz de la noche tres campanadas. Despertó Gaspar y miró á su compañera que dormía. Sintiera un cosquilleo en la garganta y tosió; pasado un momento volvió á toser con más fuerza; llevóse las manos al pecho dolorido. Bajó de la cama y miró de nuevo á su compañera. Sobre la mesita de noche dejó un gran fajo de billetes y en un papel escribió con lápiz: «Para tí, mujer, mi libertadora de la vida».

Salió á la calle, apoyándose en las paredes para no caer.

Seguía nevando.

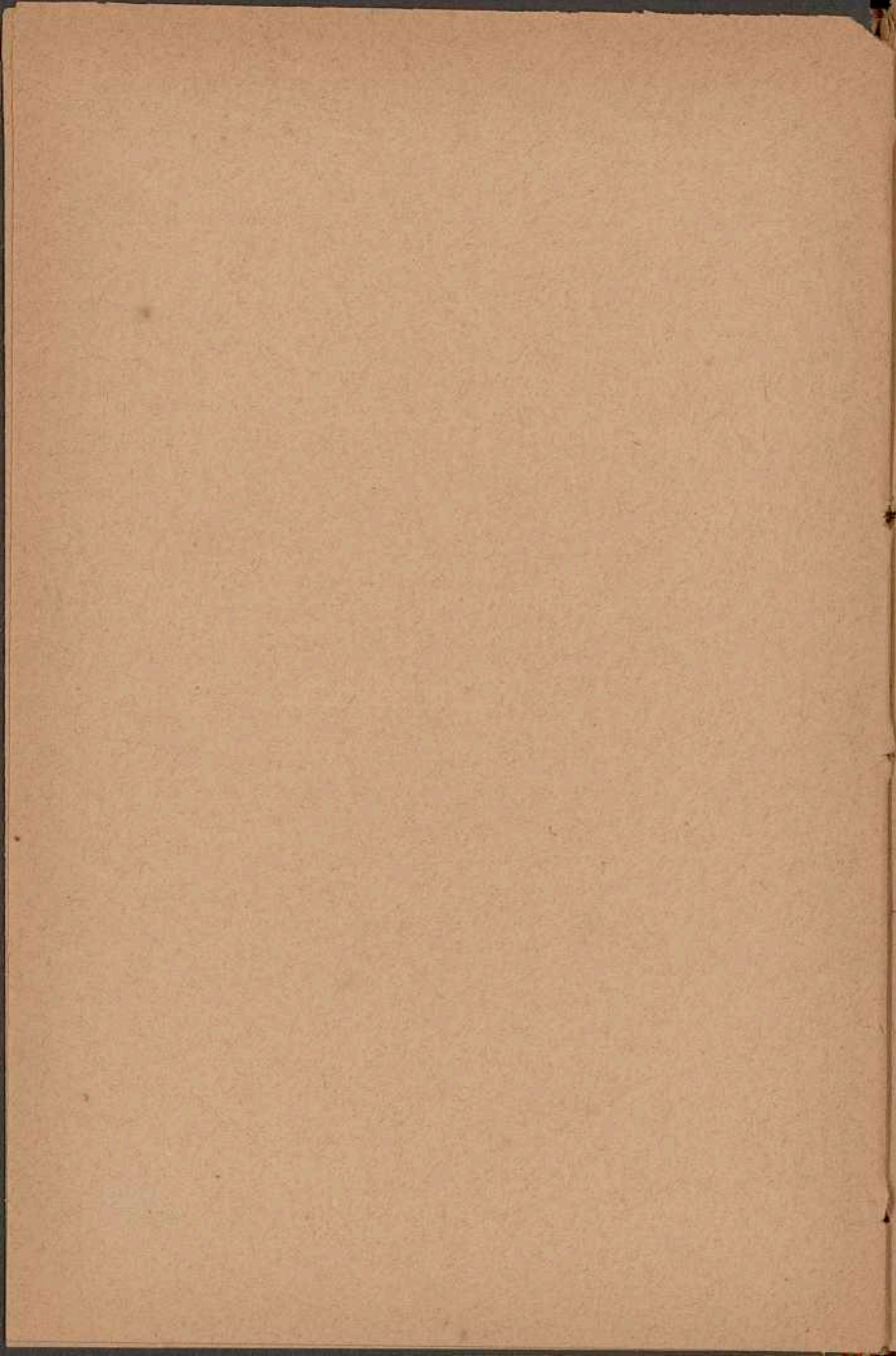
Al llegar, frente á la calle de Carretas, el acceso de tos se repitió más violento. Sus labios se tintaron de rojo al expulsar unas bocanadas de sangre, coagulada á medias; crispáronse sus manos en una suprema contracción; abrió los ojos mucho, mucho; de su garganta, enronquecido y trágico, escapóse un grito inarticulado,—último lamento, interjección tal vez, acaso maldición—y cayó al suelo perdido el conocimiento.

Sobre la albura impoluta de la nieve, helada, una mancha semi-roja, semi-negra y un cadáver.



EL PRIMER DESEO

¶ Rafael López de Haro





CUANDO la doncella levantó la pesada portier de terciopelo rosa, acababa de abrir los ojos Amelita.

Por el balcón hojiabierto pasó una franja de sol que fué á reflejarse en la triple luna del armario.

De la calle llegó la greguería de los transeuntes, y un organillo de manubrio desgranaba una matchicha zarzuelera. Subían las notas cristalinas y saltadoras rebosando gozo y alegría.

La carta que pasara la doncella en una bandeja de plata con bellos relieves, la abandonó sobre la mesita.

Saltó Amelia de la cama. La camisa de seda, fina y suave, arrugada de la noche y ceñida al cuerpo, marcó la divina escultura de



CARAVANA DE RECVERDOS

carne joven y rosada. Y la tentación de los muslos blancos y redondos, recibió del sol un beso ardiente.

Anudóse en la nuca, las gruesas trenzas negras y brilladoras, y cubrió su cuerpo con una bata color malva.

Abiertas las maderas del balcón, en una marquesita leyó la carta:

«Amelia, vida mía:

«El poderoso acicate del deseo, tortura
«despiadadamente mi carne con los alfileras
«zos de la sangre que se alborota en las ve-
«nas.

«Esta noche—con su venia—la espero en
«su jardín; conservo aún la llave.

«¿Irás?

«Mis labios secos, abrasados todas las no-
«ches en la fiebre del deseo, quieren espon-
«jarse en el clavel rojo y húmedo de sus la-
«bios venusinos.

«Muy apasionadamente:

ALBERTO.»

Terminó la lectura, y sus claros ojos de acero tuvieron un brillo intenso de felicidad.

Tal vez, Amelia, esperaba desde mucho tiempo aquella carta llena de un desbordamiento amoroso por su cuerpo adorable.

Y sin vacilar, también ella, amorosa y ardiente, tomó un plieguecillo perfumado de un gris claro y escribió concisa:

«A las once»

«AMELIA»

Después, se vistió sencilla y elegante y pasó al comedor.

Amelia tenía ahora diez y nueve años, una fortuna inmensa, una belleza espléndida y vivía sola. Niña todavía, cinco años antes había sentido el dolor vivísimo de ver morir á su madre, la señora marquesa de la Vega. Quedó bajo la tutela de un pariente de su padre á quien ella no había conocido.

La escasa familia de la marquesa vivía en París, y Amelia, educada en este gran pueblo, silencioso y pardo, en el que la melancolía vagaba todo el día las calles, no quiso abandonarlo.

CARAVANA DE RECVERDOS

Rodeada de una extensa servidumbre hacía una vida de absoluta independencia.

Eran las seis cuando pasó á su despacho, una coquetísima habitación de princesita encantada. El sol todavía fuerte atravesaba las persianas y se colaba insolente.

Pensando en la respuesta dada á Alberto, evocó los días pasados.

Lo había conocido en el Teatro. Se lo presentó su amiga la joven condesita de las Flores. Era primo de ésta y venía á pasar las fiestas desde Madrid. Enseguida la cautivó. No era guapo, pero era esbelto y elegante; sin ser elocuente hablaba con facilidad y decía muy bellamente lo que pensaba.

Reciente la presentación, recibió la visita de Alberto, y allí, intimaron. Eran dos almas iguales, libérrimas, independientes y por sobre la murmuración del vulgo pasaban una majestuosa mirada de desprecio. Se vieron todos los días, á todas horas. Por las noches en el verano, hablaban en el jardín. Y Amelia sintió el primer deseo que no pudo satisfacer. Deseó gozar de su amigo en el jardín.

Pero él no llegó nunca á formular la valerosa petición.

Luego tuvo necesidad de ir á la corte y ella esperó en vano la carta que había llegado hoy al fin. Una carta valiente y decidida en la que palpitaba inquieto el deseo de su carne.

Bajó al jardín á las diez y media. Por las avenidas largas y fragantes, la luna límpida daba la plata suave de su luz. En el fondo los álamos blancos cantaban—mecidos por el viento—un himno á la noche poeta de Mayo.

De los macizos de flores, subía un aroma intenso y voluptuoso que cosquilleaba en la carne y picaba en la garganta.

El agua del surtidor—ahora callada—dormía á la luz de la luna, y al otro lado de la tapia, en la ribera del río sonaban las flautas de los sapos.

Se impacientaba Amelita esperando, y paseó á la vera de los cersis.

Suave y galante, sintió apoyarse un brazo en su cintura y un aliento de fuego en los rizos de la nuca. Volviera la cabeza y unos la-

CARAVANA DE RECVERDOS

bios encendidos y trémulos se posaron en los suyos:

—¡Alberto!

—¡Mi vida!

Y estremecida toda por el deseo imperioso y aguijoneante recostó la frente en el hombro de su Amor.

Dieron unos pasos así, silenciosos y felices; y acordadas sus ansias de amor volvieron á besarse. Los labios fueron de los labios á los ojos, de los ojos á la frente, á la nuca...

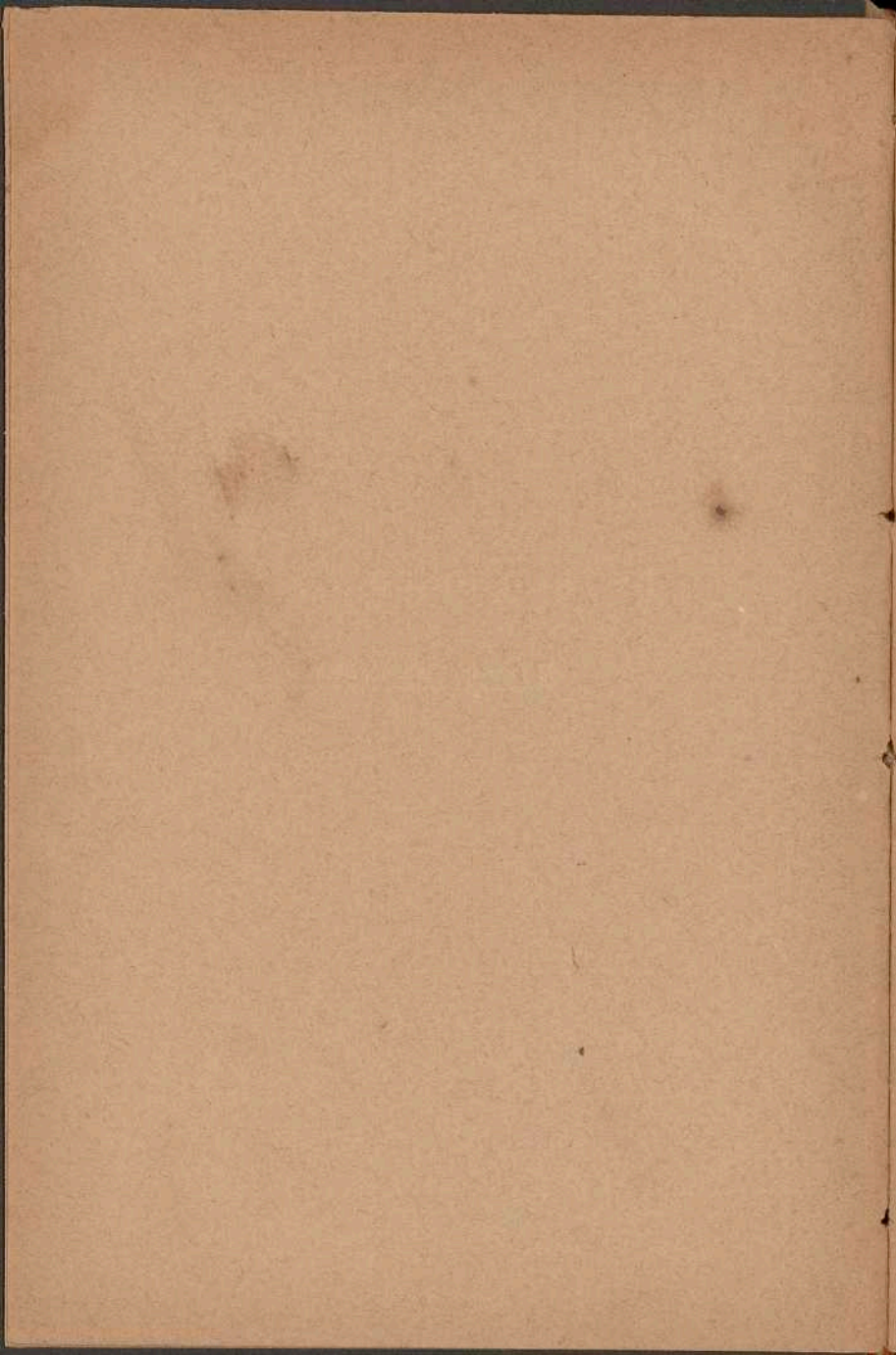
La arena era finísima y suave.

Y cayeron en la alfombra verde de un montecillo de hierba, junto á un talictro de tallo fino y esbelto, que olía á Amor. Renovaron los besos, las caricias intensas. Alberto sintió palpar el terciopelo de la carne rosada de Amelia, fresca y perfumosa y un espasmo voluptuoso y carnal, los dejó dormidos dulcemente.

En medio de la fronda, en lo más espeso, un ruiseñor desgranaba su canción preciosa y serena, mientras las estrellas en el azul tenían un intenso brillo de Vida y de Amor.

DE TAL TRONCO...

A José del Castillo y Soriano





SE acentuó el agrio disputar del hijo y del padre.

—Tengo que fumar, siquiera.

—Pues no fumes.

—Los domingos, merendamos por ahí.

—No meriendes.

Un silencio.

—¿Todos los domingos te gastas una peseta?

—Sí, señor.

—¡Habrás sinvergüenza! Y tu madre enferma, sin poder atenderla porque no hay dinero. Y los domingos que también podrías trabajar, si quisieras—porque tienes dónde—te vas á juerguear con los amigos. ¡Gandú!! ¡Sinvergüenza! ¡¡Mal hijo!!

—Tengo que descansar.

CARAVANA DE RECUERDOS

—A mí no me contestes.

Se levantó el padre airado y amenazador.

El hijo aguardó quieto, sin inmutarse.

La madre intervino, desde su habitación, contigua.

—Felipe ¡por Dios! Déjale.

Rugió de nuevo el padre, hablando á su mujer.

—Sí. Dale tú alientos.

—Pero hombre...

—Bueno, cállate. A tí no te importa.

Y volviendo al hijo:

—Esta tarde cuidado con salir de casa. Te mondo á latigazos cuando vuelva. Yo me voy.

—¡Felipe!—imploró desde dentro la enferma.

Había salido ya sin despedirse, dando un fuerte portazo.

Gabriel—el hijo—removió con unas tenazas, los rescoldos de la lumbre y se acercó á ella con un libro en la mano.

—Déjelo usted, madre.

La enferma sollozaba:

—Habrás ido á promover camorra con el

Mosquito. Vino á comer tu padre, ya templado, había estado en la bodega. Me pidió dinero. ¡Si no tengo, si se lleva él, todo lo que tu traes, y estoy sola siempre; si lo gasta en vino; si no sale de la taberna en todo el día! Desde que lo despidió Juan, de su taller por borracho, estamos peor; él no gana; de lo que tú traes se lleva la mitad. Estamos muy mal.

—No se apure, madre, se arreglará todo.

Y la enferma, con la vocecilla atiplada, siguió lamentándose, y carraspeando de vez en vez.

—Ha dicho usted que iría á buscar al *Mosquito*. ¿Qué le ha ocurrido?

—Que vino esta mañana á pedirle las pesetas que le debe tu padre, y se las negó descaradamente diciéndole que no le debía nada. Le insultó además. Yo estaba levantada, había venido tu tía Andrea y me ayudó á vestir. Si no es por ella y por mí se pegan aquí mismo. Pero imploré yo: «*Mosquito*, por mí, hazlo por mí, no busques una desgracia.» *Mosquito* se fué; tu tía impidió que saliera tu padre. «Bueno, lo veré esta tarde» y

CARAVANA DE RECVERDOS

cuando nos pusimos á comer se marchó tu tía.

Siguió la madre luego, hablando lamento-sa desde la cama; Gabriel al rescoldo, removi-endo las cenizas, le daba consolaciones pa-
ra sus amarguras y sus dolores.

Por la ventana que daba á la calle, pasa-
ba la dulzura del acabar de la tarde. En la
calle soledosa, de un arrabal, sonaban de
vez en vez los cascabeles de algunos caba-
llos, que uncidos á los coches regresaban del
paseo. Afuera, lucían ya las bombillas del
alumbrado.

Se abrió bruscamente la puerta y pasó el
padre.

—¿Has salido?—interrogó á Gabriel.

—No.

—Bueno, pues ojo.

Se dejó caer en una silla.

—Estoy mareado. ¡Hace un calor...! Abre
la ventana.

La abrió Gabriel.

—Cierra, me voy á poner peor—suplicó la
madre.

—No cierres.

Cerró.

—Que abras.

—Le pasará frío á madre.

—Que le pase. Abre.

No obedeció.

—Has oído? ¡¡Que abras!!—rugió el borracho.

—Gabriel..?

—No abro, madre.

Blasfemó el viejo y se levantó con trabajo; se le cayó el sombrero y fué á cogerlo. Cayó él también.

—Chico, levántame.

Le ayudó Gabriel, y lo sentó en la silla.

—Estoy muy malo. Da esto vueltas.....

¡Uf!, qué mareo... qué mar... mar...

Se durmió.

El hijo le observó, traía la blusa rota, hecha girones.

—Enciende el candil, Gabriel. ¿Y tu padre?

—Dormido. Está todo destrozado.

—Se habrá caído en la calle.

—Se habrá caído.

Buscó el candil en la cornisa de la chimenea, palpando. Ya era noche. Por la ventana,

entraba un ténue reflejo rojo de las luces de la calle. Encendió con una cerilla. El padre cabeceaba de un lado á otro, con movimientos bruscos y desiguales. Se derrumbó su cuerpo, con la silla, sobre las cenizas de la tarima, y despertó al porrazo.

—No, si yo... si fué él; no, si no he sido yo.

—Vamos, padre.—Volvió á ponerlo en pie.

—A la cama.

Se restregó los ojos el beodo.

—Oye tú, si llaman, no abras.

Y se pasó á la alcoba, cayendo dormido otra vez sobre la cama.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Era preferible... ¡Jesús!!!—se santiguó la enferma— iba á decir una barbaridad. ¡Jesús, Jesús! No, eso no; que no se muera.

Llamaron á la puerta. Hablaban fuera hombres.

Abrió Gabriel.

Eran los civiles y un agente de la autoridad.

Se inmutó.

—¿Quién es?—preguntó la madre.

—Amigos.

Los recién llegados preguntaron:

—¿Ha venido ya tu padre?

Tuvo un momento de horrible sospecha.
Habló sereno.

—¿Si ha venido? Está malo. No salió esta tarde.

—¿Cómo que no?—dijo un civil.

—Como que nó—afirmó Gabriel.

Se miraron los civiles y el agente.

—¿Dónde está?

—Durmiendo.

—Venimos á prenderle. Le ha dado un pinchazo al *Mosquito*, en el vientre.

—Fuí yo.

Se miraron otra vez.

—El ha dicho que fué tu padre.

—Fuí yo. Estaba el *Mosquito* borracho, muy borracho. Me insultó, insultó á mi padre, insultó á mi madre...

—Bueno, pues vente.

—Voy.

Pasó á la habitación y habló á media voz.

—Me voy, madre. Unos amigos. Cenaré fuera. No me espere usted; diré á tía Andrea que venga á acompañarla.

CARAVANA DE RECVERDOS

—Tú también me dejas—reprochó la madre;—tú también; sois iguales, sois iguales. Y lloró con pena. Salió Gabriel, salieron los civiles y el agente. Cerraron la puerta.

En la calle había silencio. Un reloj sonó ocho campanadas. Al pasar por la ventana de la alcoba, se oía el hipear de la enferma, y el ronquido áspero del padre borracho.

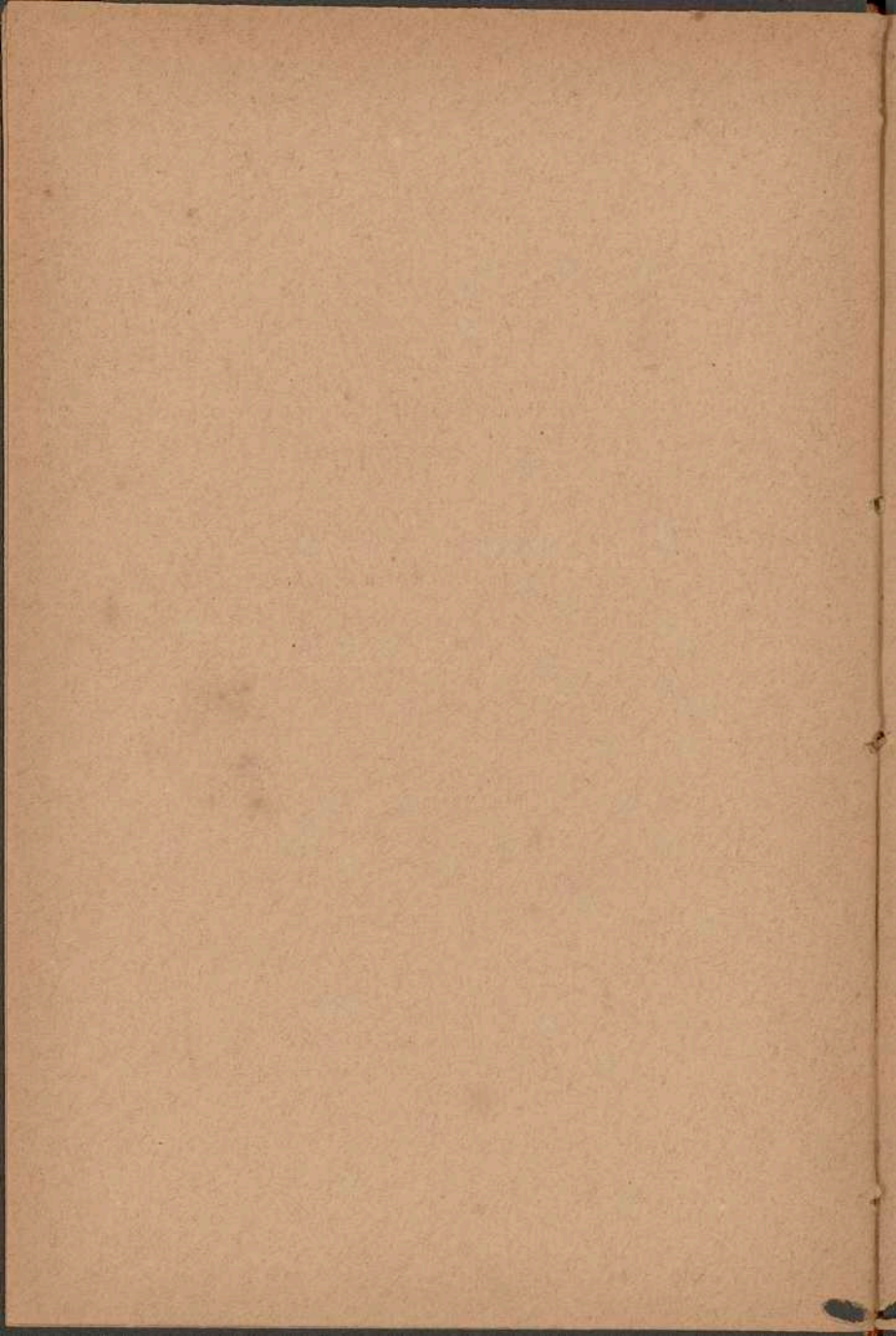
El cielo estaba muy azul y muy limpio, con toda la belleza de una luna llena.

Y al pasar, camino de la cárcel, por una taberna, se oía el coro báquico de los libadores, que dejaban las copas vacías...



UNA NOCHE DE VERANO

A Leocadio Martín-Ruiz





AGONIZABA en el cielo la postrer claridad del día.
Por sobre los cerros, asomaba la policromía
de un crepúsculo.

Cabeceaban los cebadales, empujados por un viento
seco y abrasante. En los sembrados y al borde de las
sendas florecían las cardenchas.

Asomó en el cielo un lucero.

Temblando en el alre vino el eco de una seguidilla,
cantada por garganta de mujer.

Un chorlito pregonaba viento, con su cantar monó-
tono y cansino.

Regresaban á lomos de las bestias, hacia el cortijo,
los gañanes. Los segadores, terminada la tarea, se re-
unieron bajo una encina, fatigosos, para guisar la co-
mida de la noche. Encendieron una hoguera.

Por el camino, estrecho y polvoroso, vieron acercar-
se al sobrino de la Señorita con Juan, el guarda.

Había llegado aquella misma mañana para reponer-
se, convaleciente aún, de unas fiebres pertinaces que
lo tuvieron en Madrid, gravemente enfermo. Era un ti-

CARAVANA DE RECVERDOS

po distinguido y señorial: alto, moreno, elegante, serio. Apenas se marcaba sobre el labio superior, el tiznajo de un bozo negro y sedño.

Estuvo en charla amiga, poco rato, con los campesinos; probó en un sorbo el vino de la tierra, que el capataz le brindara en una calabaza. Era ya cerrada la noche. Encendió un cigarrillo de papel y con el guarda, camino abajo, entraba en el gran zaguán del cortijo cuando desde los tejados, cantaban los pavos-reales.

Su tía—Albertina—una admirable mujer, ya cumplidos los veinticinco, pero en la flor de la belleza—primorosa y arrogante, le esperaba en el rellano de la escalera.

Subieron á las habitaciones de ella, y se acomodaron, *vis á vis* en las mecedoras, junto al balcón abierto, por donde pasaba transparente y diáfana la sinfonía de violín, de los grillos.

ALBERTINA

¿Te has fatigado, Julio?

JULIO

No, tía; lo he pasado muy bien. He paseado despacio. Llegamos hasta la Alameda que es un encanto. El campo es un remedio admirable, pienso reponerme aquí. Con vosotros lo pasaré admirablemente; teneis hecho del cor-

JULIÁN MORALES RVIZ

tijo un hotel, no falta nada. Buen piano; ¿quieres hacerme la bondad de dejarte oír?

SE levantó Albertina, gentilísima y se llegó hasta el piano.

ALBERTINA

Señor: Pide.

JULIO

No. Es igual. Tu eres fina, exquisita, tienes un gusto delicado; es igual, lo que tú quieras.

ALBERTINA

No; el favor, la bondad—que tú dices—ha de ser completa: espero.

JULIO

¿Quieres ejecutar el andante de la ~~sonata~~ *sonata* catorce de Bheetowen?

NO respondió la tía. Sus finos dedos, aristocráticos, pasaron por las teclas, y el sobrino oyó, admirado, la maravillosa ejecución de su fragmento favorito.

Acababa suave, la belleza de la música y en la puerta, sonaron discretos unos golpes.

ALBERTINA

¿Quién es?

CARAVANA DE RECVERDOS

UNA CRIADA

Los señores están servidos.

BAJARON al comedor. Durante el selecto yantar hablaron del tío ausente, de Madrid, de los Teatros, de los Cafés, de la vida toda, inquieta y soliviantada de la Corte.

No hicieron sobremesa, y volvieron á la sala.

JULIO

Yo estoy acostumbrado á acostarme tarde; por mí no te violentes á la hora de acostarte, me avisas y me iré á mis habitaciones.

ALBERTINA

Yo me acuesto, también, tarde. Cuando está aquí tu tío, me hace leer de sobremesa un montón terrible de periódicos. Siempre con la política, con los asuntos, yo soy más una hija suya que su mujer.

SEGUÍAN los alacranes y los grillos dando al aire su monótono *ric-ric*. En el azul florecían los fulgores de las estrellas, como luciérnagas infinitas. Por el balcón entraba la gloria de un aire fresco.

ALBERTINA

¿Quieres que demos un paseo?

JULIO

Admirable. Lleguemos hasta la alameda; la noche es deliciosa.

Y salieron juntos. Julio miraba pertinazmente al suelo; Albertina le observaba con discreción.

ALBERTINA

¿Estarás con nosotros mucho tiempo?

JULIO

No es posible. Me iré tan pronto como me reponga algo. (Pausa) ¿Cuándo regresa tu marido?

ALBERTINA

Aún tardará todavía quince días; tal vez más.

JULIO

Estaré aquí hasta su vuelta.

ALBERTINA

¿Y luego?

JULIO

Me iré en seguida.

LA tía le miró fija é interrogadora. El sobrino percibió sobre su cabeza aquella mirada y se irguió. Chocaron sus ojos tranquilos y suaves, con los de Albertina—negros como una duda,—y abatió nuevamente la mirada.

CARAVANA DE RECVERDOS

ALBERTINA

¿Eres novio, Julio?

JULIO

No, tita.

ALBERTINA

¿Estás enamorado?

JULIO

(Suspirando)

Puede ser.

UNOS segundos de pausa en los que se oye, el divino silencio de la noche.

ALBERTINA

A pesar de eso no te irás tan pronto como tú quieres.

JULIO volvió á suspirar.

Iban muy juntos; al andar ludían las admirables y amplias caderas de ella, con la mano del sobrino, calda en un desmayo. Al notar Julio el contacto, la separaba cauteloso.

ALBERTINA

De tu casa, me hicieron el encargo de no dejarte volver hasta que estuvieses restablecido del todo.

JULIO aspiraba deleitosamente, un perfume, suave y delicado que hacía brincar á sus nervios excitados;

JULIÁN MORALES RVIZ

aquel perfume carnal y enloquecedor que exhalaba el cuerpo de su tía.

Habían llegado al comienzo de la alameda y se internaron adelante. La luna en creciente fulguraba impoluta en el plafón azul del cielo.

JULIO

¿Descansamos en este banco?

ALBERTINA

No. Yo me siento sobre la yerba.

CAYÓ sobre el suelo, las faldas revueltas, dejando ver el principio de una pierna adorable, vestida de una media de seda negra.

Julio quedó de pie, junto á ella, casi tendida, reclinada sobre el brazo la cabeza venusina.

ALBERTINA

¿Quieres decirme de quién te has enamorado? Tú tienes un gusto selecto, debe ser muy hermosa.

JULIO

¡Oh! es muy hermosa; infinitamente hermosa.

ALBERTINA

¿Por qué no te sientas?

SE dejó él caer junto á su tía. Ella le buscaba los ojos que Julio clavaba pertinaz en el verdín del suelo.

Hay un breve silencio. Ella vuelve:

CARAVANA DE RECVERDOS

ALBERTINA

¿Vive en Madrid esa divinidad?

JULIO

No. No vive allí.

HABLABA secamente, y se agitaba nervioso. Lió un cigarrillo de papel y lo encendió. Rozaban sus piernas con la pierna semi desnuda de la tía y aspiraba su aliento muy de cerca. Por un arresto de la voluntad, la miró un segundo á los ojos. Insistió aún la tía.

ALBERTINA

¿Puede saberse el nombre al menos?

EN un movimiento espasmódico se acercó más á Albertina; se rozaban casi las caras y sin embargo no la miraba. Intentó hablar dos ó tres veces y murió la voz en la garganta. Borbotaba la sangre en sus venas, palpitaban furiosas las sienes, le ardía la cara y el corazón latió dentro de su cárcel, en un trémolo violento y doloroso. Tomó una mano de Albertina y oprimiéndola brutal gritó ella.

ALBERTINA

Me has lastimado. Para decir que quieres ocultar ese nombre... ¿He sido indiscreta ó cruel al evocarte su recuerdo?

EL no resistió más, y la estrechó en un abrazo de gigante, mientras silbaban enronquecidas las palabras al escaparse de sus labios.

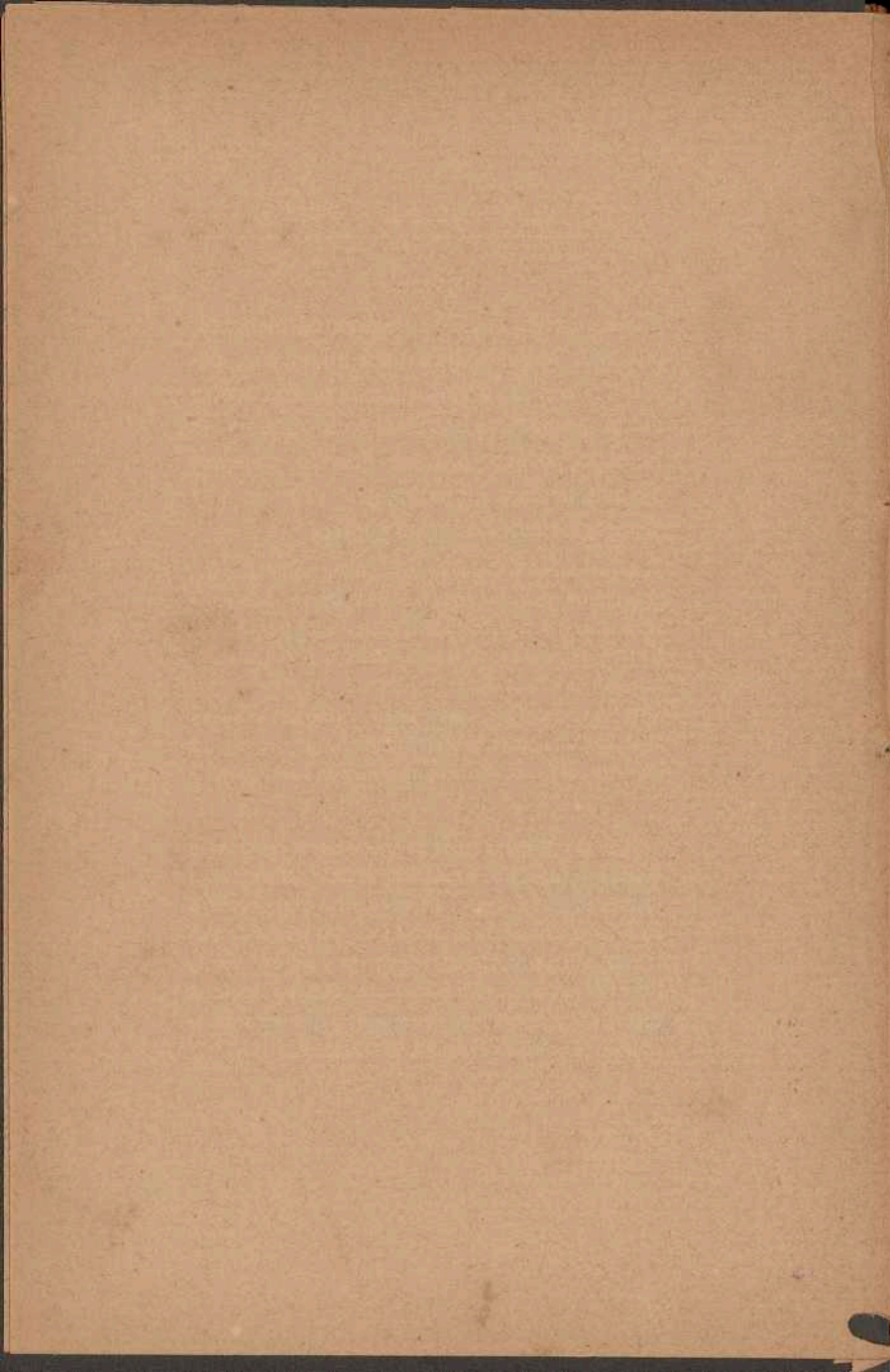
JULIO

No, mi vida, no. Tú sola eres mi amor; tú, mi alma. Te quiero infinitamente, mucho, mucho. Ha estallado violenta esta pasión dentro de mí, después de dos años en los que no te he visto, porque yo, te he querido siempre. Te quiero mucho, mucho, por eso me voy pronto, cuando tu marido vuelva.

LA tita Albertina, no se extrañó de aquel ímpetu. Buscáronse las bocas en la fiebre del deseo hasta unirse ansiosas. Se apretaron más sus cuerpos y las manos febriles de Julio hicieron saltar broches y sonar sedas internas de Albertina.

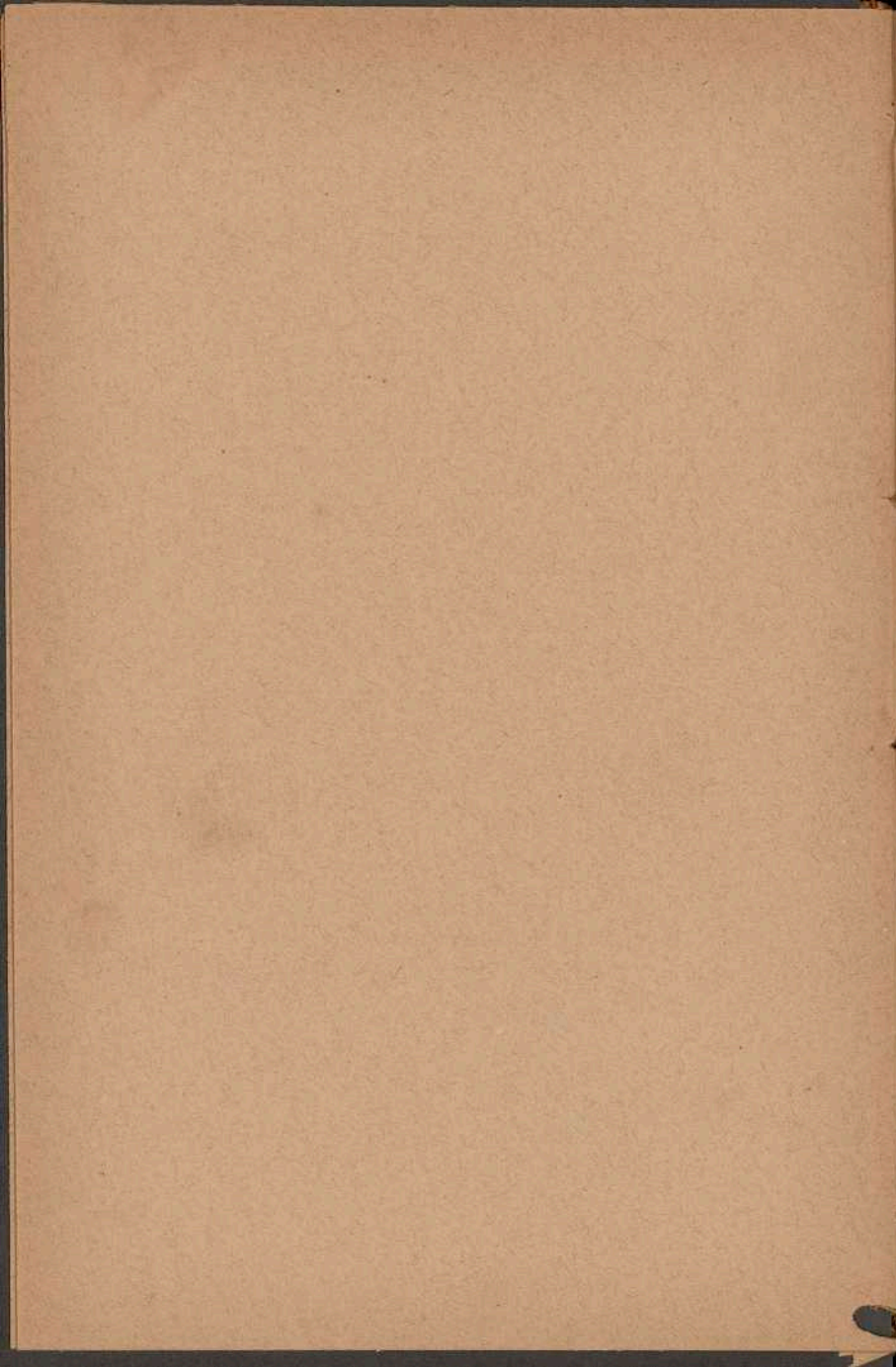
La luna, resignada, desde la maravilla del azul, en aquella noche poeta, presencié el hecho supremo, y los clarores del nuevo día los sorprendieron besándose.

Y por la mañana, cuando en los corrales cantaban los gallos madrugadores y era livido el cielo del amanecer; cuando en los sembrados las codornices reclamaban a su hembra dando una sensación de frescura, con sus cantos mañaneros, vieron los gañanes y los segadores, llenos de asombro, vereda adelante, regresar hacia el cortijo a la señorita toda despeinada y reclinado sobre su hombro el rostro de agonía del sobrino...



LA ESTACIÓN

A Andrés González-Blanco





ESTAS estaciones provincianas, tienen el encanto amable, de las viejas cosas empolvadas, desenterradas de un rollo de papeles viejos y húmedos.

Florece en el cielo azul, la alegría de estas noches de Junio, calmas y apacibles, en que los ruidos imprecisos llegan hasta nosotros sordamente.

En el andén, pasa de espaldas con sus tres farolillos rojos, un tren que viene de lejos. Nosotros buceamos en los coches, y á las veces, nos sorprende con delicia una cabecita rubia y linda que curioseas por todas partes, como para enterarse dónde está, y cubierta en un guardapolvo gris baja al restau-

CARAVANA DE RECVERDOS

rant á beber unos sorbos de cerveza ó á tomar un chocolate.

Las luces de los departamentos están veladas por la cortinilla azul, y en la penumbra del coche, se desdibuja la silueta de un hombre que duerme.

El cimbál ha sonado un repique. La voz tremenda de un mozo dice que el tren va á marchar, y del restaurant aprisa van saliendo los viajeros. La rubia ha vuelto á subir en el tren. El estridente silbor de la máquina, ha sonado y el tren se ha perdido en lo negro hacia otro pueblo, donde en el andén, habrá curiosos como nosotros, que verán á la adorable rubia que puede ser francesa y llamarse Lili.

Hay en nuestra alma algo de cansancio de la vida igual y monótona de pueblo aburrido. Y cuando el tren se vá, sentimos una nostalgia viva de otros tiempos, en los que hemos viajado junto á una morena andaluza y sadada.

Siguiendo, por los depósitos de máquinas vamos llegando á la puerta de Alarcos. Desde la vía, al lejos, un disco destaca morteci-

no su brillar sangriento; de unas eras cercanas, el ruido de las campanillas de las mulas encerradas en las corralejas, llega hasta nosotros claro. Los haces de mies, se amontonan en un lado. El trillo abandonado no canta su canción eternamente pesada, del trigo desgranado y hecho harina y después pan blanco y bueno.

Una copla suena lejos. Unos cazadores han tomado la madrugada y pasan, escopetas al hombro, camino adelante.

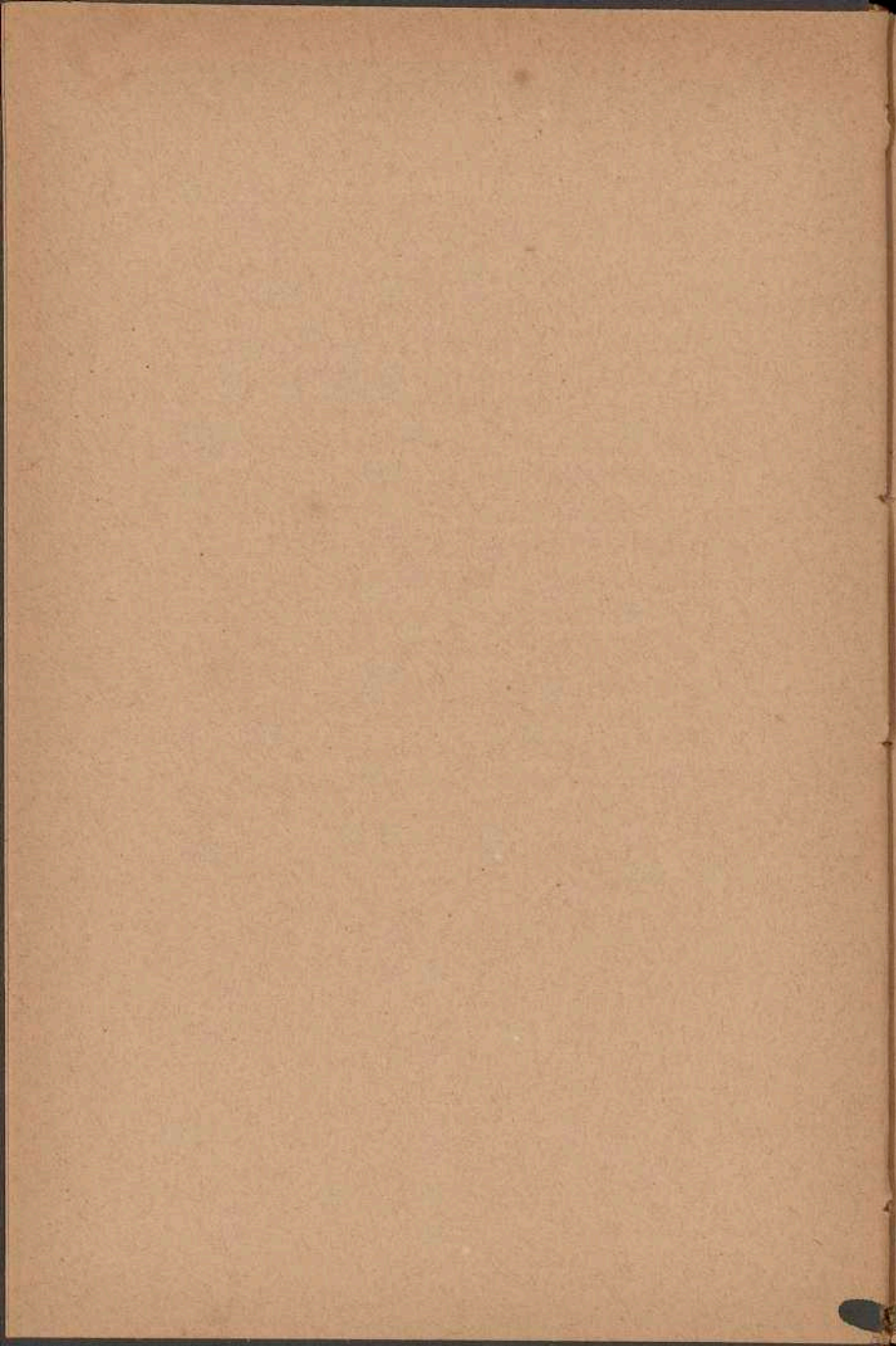
Va clareando en el cielo el trazo vigoroso y blanco de la luz del día que llega.

Hace fresco.

Y un tanto melancólicos y un tanto somnolientos pasamos calle de Alarcos adelante.

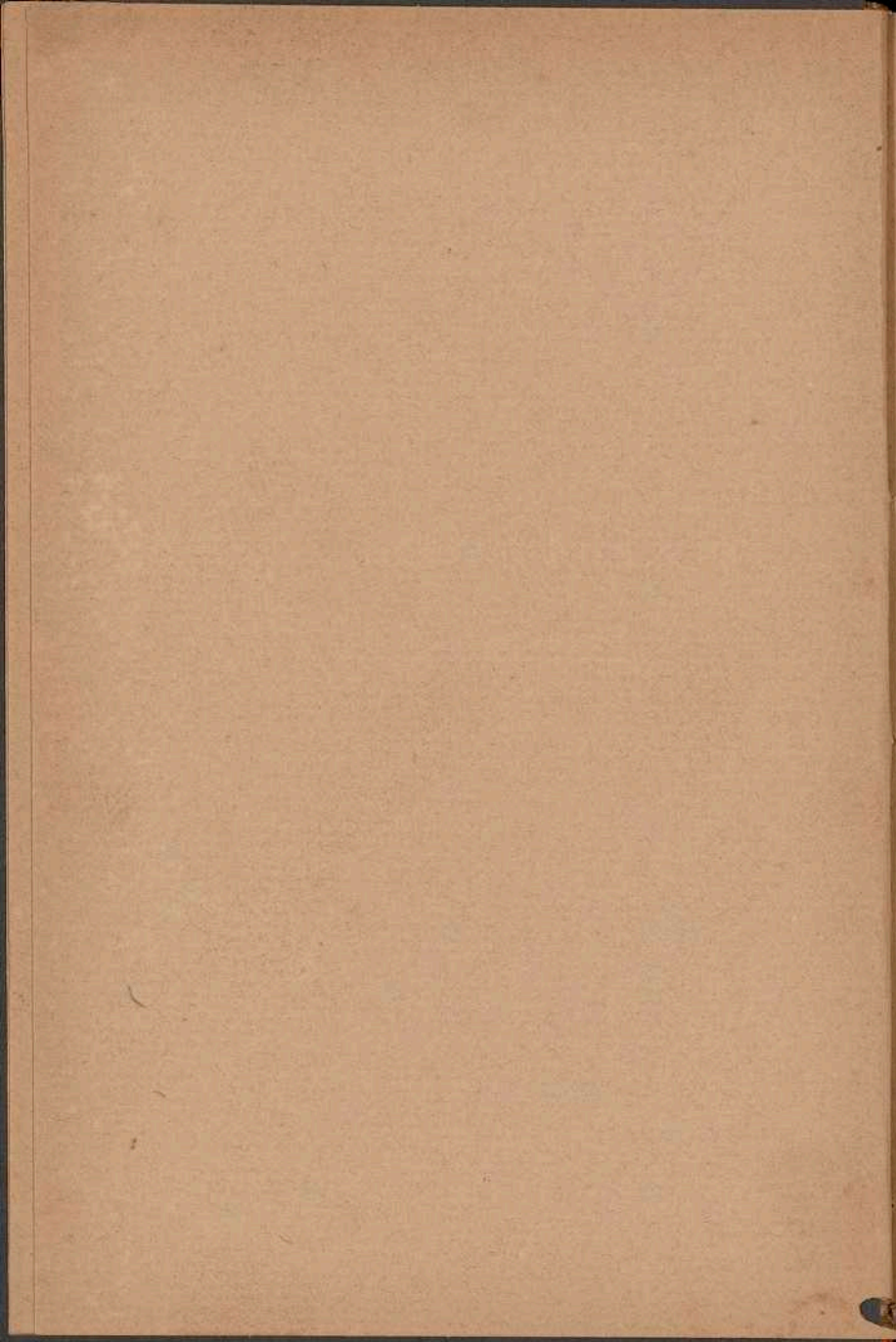
El reloj del Ayuntamiento suena cuatro campanadas, en el silencio del pueblo dormido.





EN EL DIVINO SILENCIO...

Æ Valentín Fernández Pacheco





... Por la blanca avenida
Hay temblor de carnales placeres;
En la sombra profunda y florida
Yerra un lánguido olor de mujeres.

JUAN R. GIMÉNEZ,

Es noche.

En la fronda hay un misterioso é inquietante silencio. No se oye ni el temblar de una hoja en los árboles.

El plenilunio.

Abrasado el espíritu por las tentaciones de la carne, que cabalgan en el aire, se re-tuerce dentro, en visiones lúbricas.

Los álamos blancos, sueñan, en la noche de luna, con una adorada mujer martirizada, que rompa su carne, con unas cifras amorosas.

CARAVANA DE RECVERDOS

Es la noche de Agosto, y muy lejos, muy lejos, un cuco burlón, silba su canto de dulzura:

Cu-cú; cu-cú; cu-cú.

El viento se ha dormido más arriba de los árboles y en la fina hierba—alfombra de húmeda frescura—que nos llama junto á ella. dejamos abandonado el cuerpo, mientras la fantasía hace el trabajo de crear bellezas de nuestro gusto.

Quizá cerrados los ojos—no es seguro—pero soñando de cierto, ante la mujer desnuda que hizo ó la fantasía ó el recuerdo, hemos percibido el temblar de carnales placeres.

Los negros ojos escrutadores, se han posado dulcemente en nosotros, y la Venus, acercándose, nos ha ofrecido sus labios de maravilla húmedos y sangrientos; la caricia ha sido cruel. Los divinos dientes han hecho una huella profunda en nuestros labios, abrazados de Amor, y los nervios han sacudido la

miseria de la carne en un espasmo voluptuoso.

Desfallecida, lánguida, ha chocado su mirar sereno y quieto con el nuestro, y en la profunda negrura de sus pupilas hemos hurneado hasta encontrar nuestro retrato en una miniatura perfecta.

En el silencio se ha oído un suspiro de placer, y un cuco burlón, muy lejos, muy lejos, á la vera del río entre los juncales, ha cantado:

Cu-cú; cu-cú; cu-cú.

¿Y este olor enervante de violetas y de jazmines? ¿Dónde se esconden las violetas? ¿Los jazmines dónde albean?

No hay jazmines; las violetas murieron con la primavera.

El tesoro del cuerpo de mi Venus, enerva en un delicioso perfume.

Hasta cuatro veces, la caricia cruel, se ha repetido y las gotas calientes de mis labios

CARAVANA DE RECVERDOS

que sangran, las ha bebido, gustándolas con profunda delicia, mi Venus.

Suenan las hojas de plata de los álamos blancos; en el viento viene una fresca consoladora caricia, para no morir en el fuego.

En el cielo blanquecino del primer crepúsculo, hay una débil línea de púrpura.

No hay sol aún.

Por sobre las avenidas de este parque de ensueño, yerra un lánguido olor de mujeres.

¡Silencio, adorado Silencio; Silencio de misterio y de inquietud, yo te saludo!

Tú eres, reparador de las fatigas; tú haces bien al alma, dejándola soñar; tú das al cuerpo el placer de la carne, sin mancharse con ella!

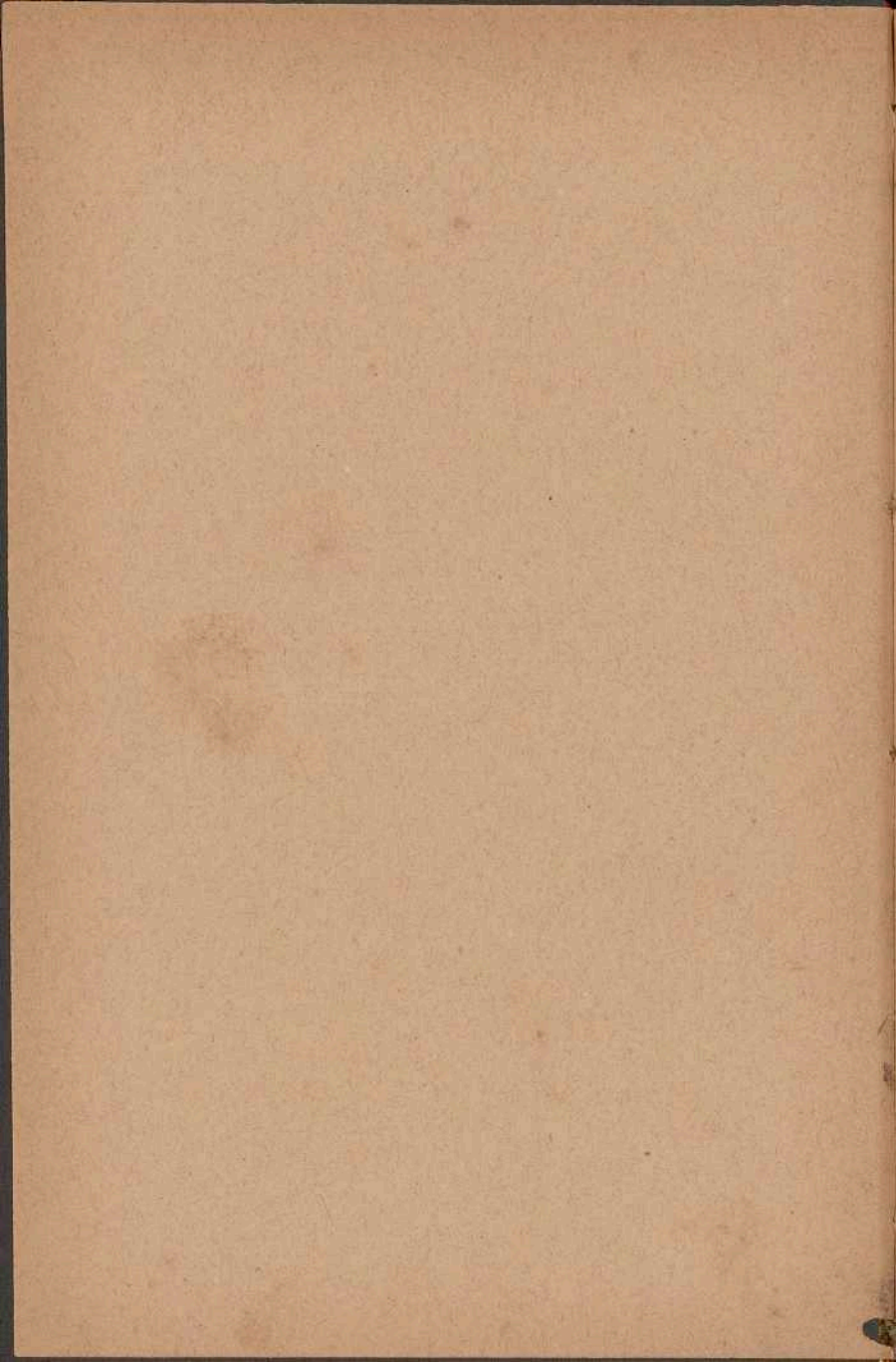
¡Silencio, adorado Silencio; Silencio de misterio y de inquietud, yo te saludo!



POR LAS SENDAS OLVIDADAS

A Antonio Heras







En esta divina calma
De las sendas, he sentido
Que despertaba en mi alma
Algún recuerdo dormido.

JUAN R. GIMÉNEZ.

DIVINA quietud. En la tarde hay un silencio melancólico que vaga por sobre todo, y en los campos, una muda belleza, que es adorable, bajo este toldo inmenso y oscuro del cielo pardo.

En el verde del llano han roto la monotonía del color, unas franjas claras, alargadas en vueltas y retorcimientos: las carreteras anchas y los caminos de herradura, las sendas olvidadas.

Se gusta más la belleza, por estos últimos. Van zizagueando, atraviesan las hazas y por

CARAVANA DE RECUERDOS

ser humildes, estrechos y pobres, se pierden pronto en un recoveco.

En estas tardes, vamos por esos caminitos escondidos, huérfanos siempre de risas y de holgorios, los que gustamos á solas contemplar, sin testigos, la hermosura de la tierra, en la tristeza de unas horas, acordadas con nuestro espíritu.

Por las carreteras, crujiendo lastimosos, pasan los carros de labor y algún coche de lujo; por la carretera sigue siempre, con la monotonía de lo infinito, el tráfigo diario.

En las sendas hay calma. Por las sendas, casi nunca pasa nadie.

Están libres de por vida, del gravitar inconsciente de la multitud. Nos ofrecen una piedra ancha, un asiento.

Y la memoria, mientras la voluntad desfallece, va recordando, recordando... Es adorable añorar así. Sólo.

Un hombre avanza hacia nosotros encorvado, con un haz de yerba en la espalda, débil ya, porque en la cabeza blanquean los años. Él, no acostumbrado á encontrar en su diario caminar, á ninguno que no haga su

oficio ú otro semejante, avanza, mirando receloso, extrañado. Y al pasar junto á nosotros, lleva una mano al flexible sombrero y saluda tímidamente.

Y piensa: ¿quién será? ¿un loco? ¿un aburrido? ¿un raro?

Un *raro*. Acertó. Porque el que para admirar la belleza busca una senda, y no vá por un ancho camino, por donde van todos, es un *raro* y un aburrido y un maniático.

Discretamente, al llegar á una vuelta, torna la cabeza para volvernos á mirar.

Muy lejos el poblado, dibuja las siluetas rígidas de sus tres torres gallardas.

Se recuerda, se recuerda. Una adorable mujer. Un brillo trágico en unos ojos negros. Una sonrisa. Una palabra. Un beso. Un lánguido acariciar de unas manos enfermas...

En el verde oscuro de las siembras hay humedad. En el cielo nostalgia de amores, vaga melancolía, tristeza, recuerdos.

Y junto á mis pies, un pequeño insecto cruza rápido al otro lado.

En este oscurecer, sin crepúsculo de sol occiduo, sin rojas llamaradas, sin colores de

CARAVANA DE RECVERDOS

alegría, flota sobre el campo el alma de las cosas.

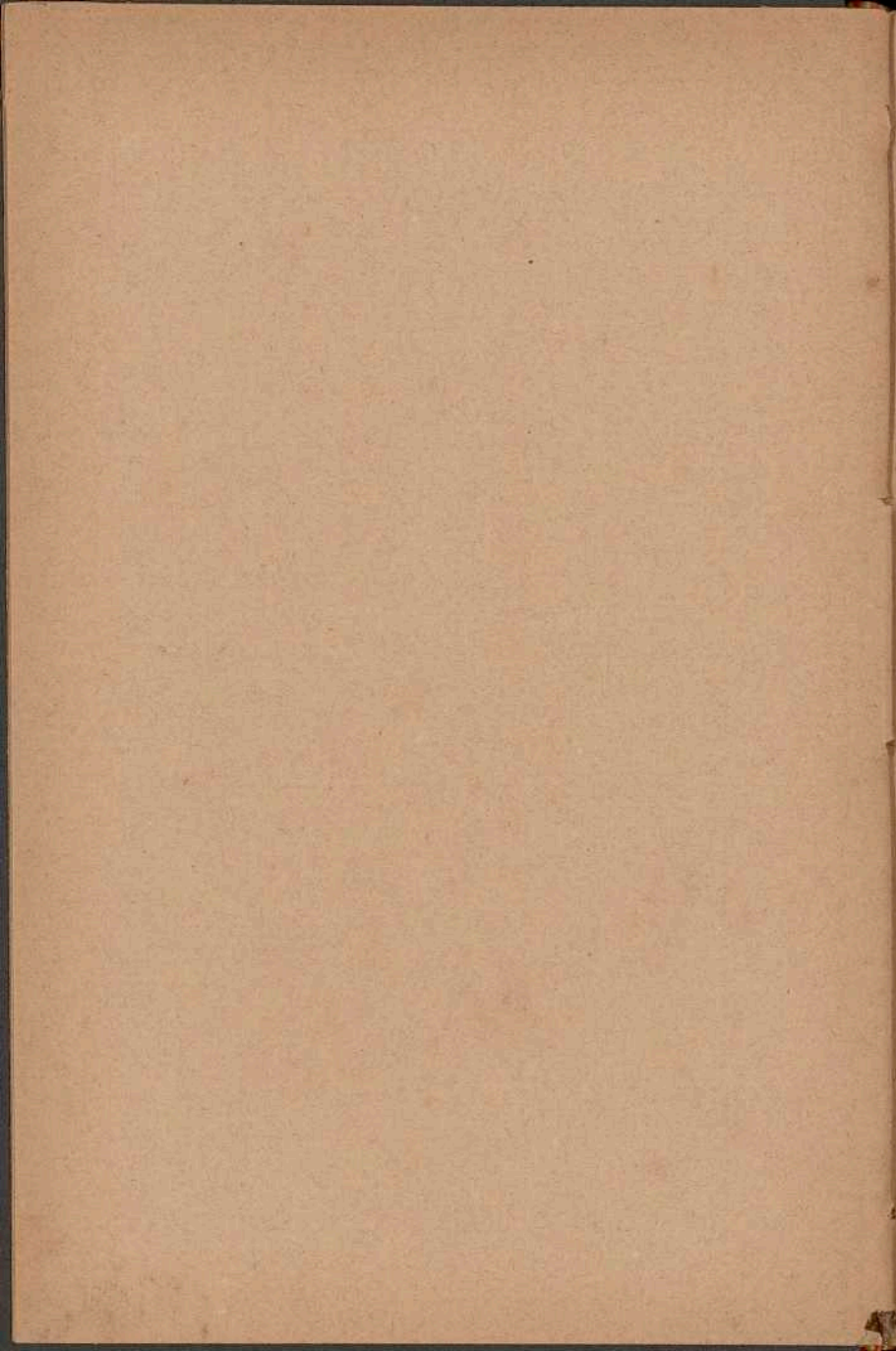
Y por la senda, pasito, volvemos al poblado; y ya cerca tenemos un estremecimiento de horror: miserias, ruindades, vulgaridad. La vida eternamente monótona, sin una nota de valentía.

Y los oídos, que unas horas, han oído el silencio, tienen ahora un desconcierto grande ante el vivir de un pueblo en la calle.

¡Oh, tardes de belleza, de silencio y de misterio, cubiertas por las melancólicas remembranzas que bajan del cielo pardo y oscuro! ¡Yo os saludo!



SONATA APASIONADA





DEL reloj, perdido en la sombra de la noche sin luna, han caído reposadas é iguales cuatro campanadas, que dicen que la vida se desliza vertiginosa.

La sangrienta herida misteriosa y mística de sus labios florecientes, es una visión—para mí—de amor y voluptuosidad. Y mi refinado sensualismo me araña en la carne y quema en la sangre viva y moza de la Primavera y de los veinte años.

Un frescor de vida, pasa por sobre la tierra en una suave ráfaga de perfumes á jazmines y rosas blancas deshojadas.

Todavía gusta mi boca cruel y lividinosa, la miel del panal de sus labios y el cosquilleo de muerte de su interior de fuego y de erotismo.

CARAVANA DE RECVERDOS

Por el lejos, hay la luz blanco-azulada del día que llega.

Y al pasar á mi casa y ya en la cama, rompo la pesadez insólita del libro cerrado, por la señal marcada. Este libro es de Felipe Sassone y se titula *Vórtice de Amor*. Y leo: «En tu pecho se esconden dos palomas muy blancas con sendas cerezas en el pico; una perla se oculta en el óvalo de tu vientre, y entre las columnas de mármol rosa de tus muslos que transparentan las venas, un mirlo negro-azul se duerme como en un nido.»

Y he rememorado el versículo de Salomón en *El Cantar de los Cantares*. «Y tus pechos como dos cabritillos mellizos.»

Todo me he estremecido voluptuoso y carnal.

Por el balcón hojiabierto, la claridad lechosa del día es ya más que esperanza.

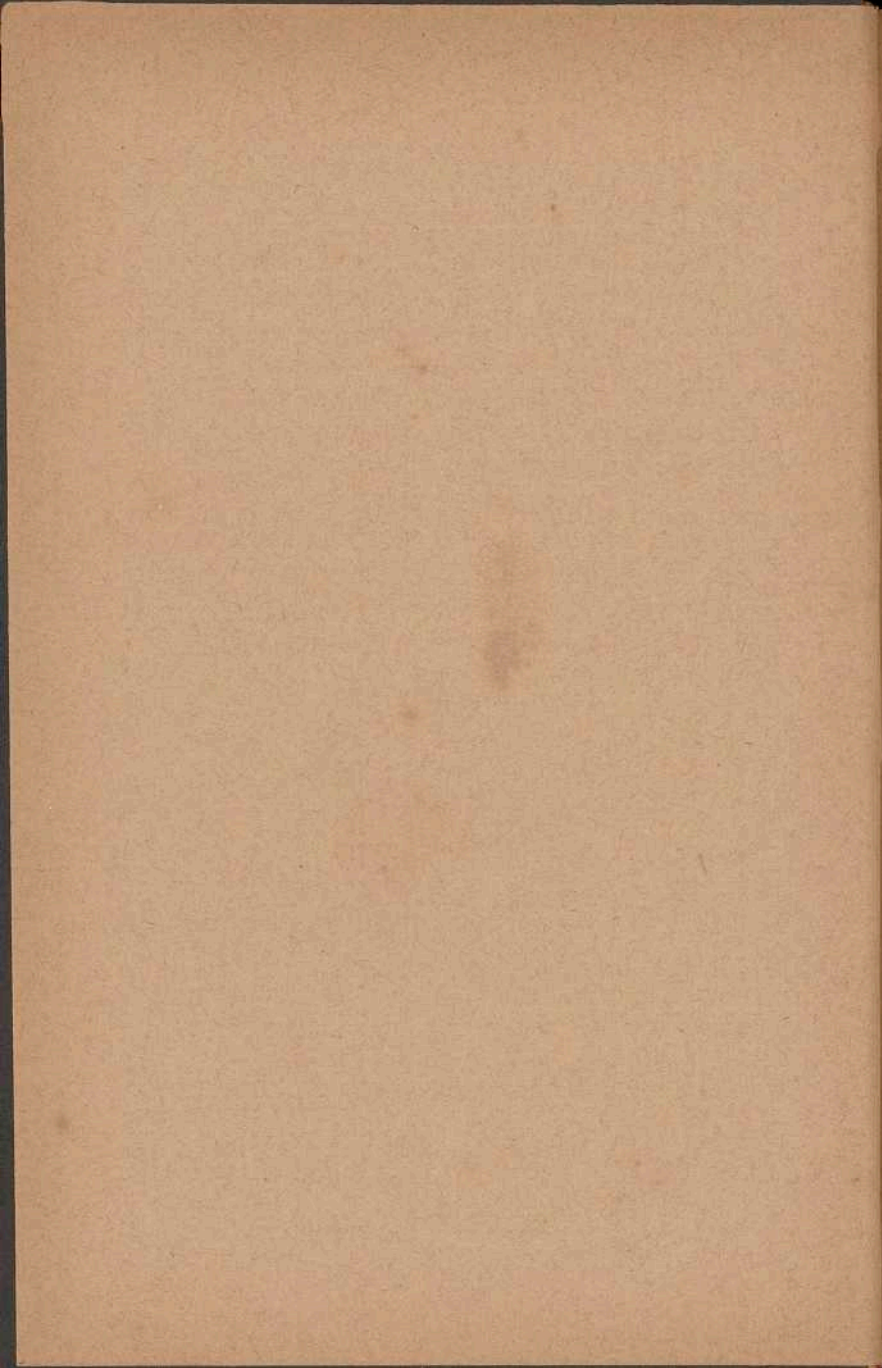
Esta noche he vivido unas páginas de amor y las he sentido porque mis ojos han visto bellezas de Afrodita, y mi olfato se ha deleitado con el aroma de rosa roja, de su carne rosa, y mis oídos han escuchado la sinfonía lenta y amable de su voz suave, y mis

manos han palpado las fuentes de la vida en unas naranjas tersas y vibrantes de color de carne joven, y hanse deslizado por el laberinto de sus muslos redondos y álbeos, y mis labios han dicho para amar, dulcedumbres de sierra, melancolías y recordaciones de viejos jardines solitarios, y cosas perversas y escabrosas del amor.

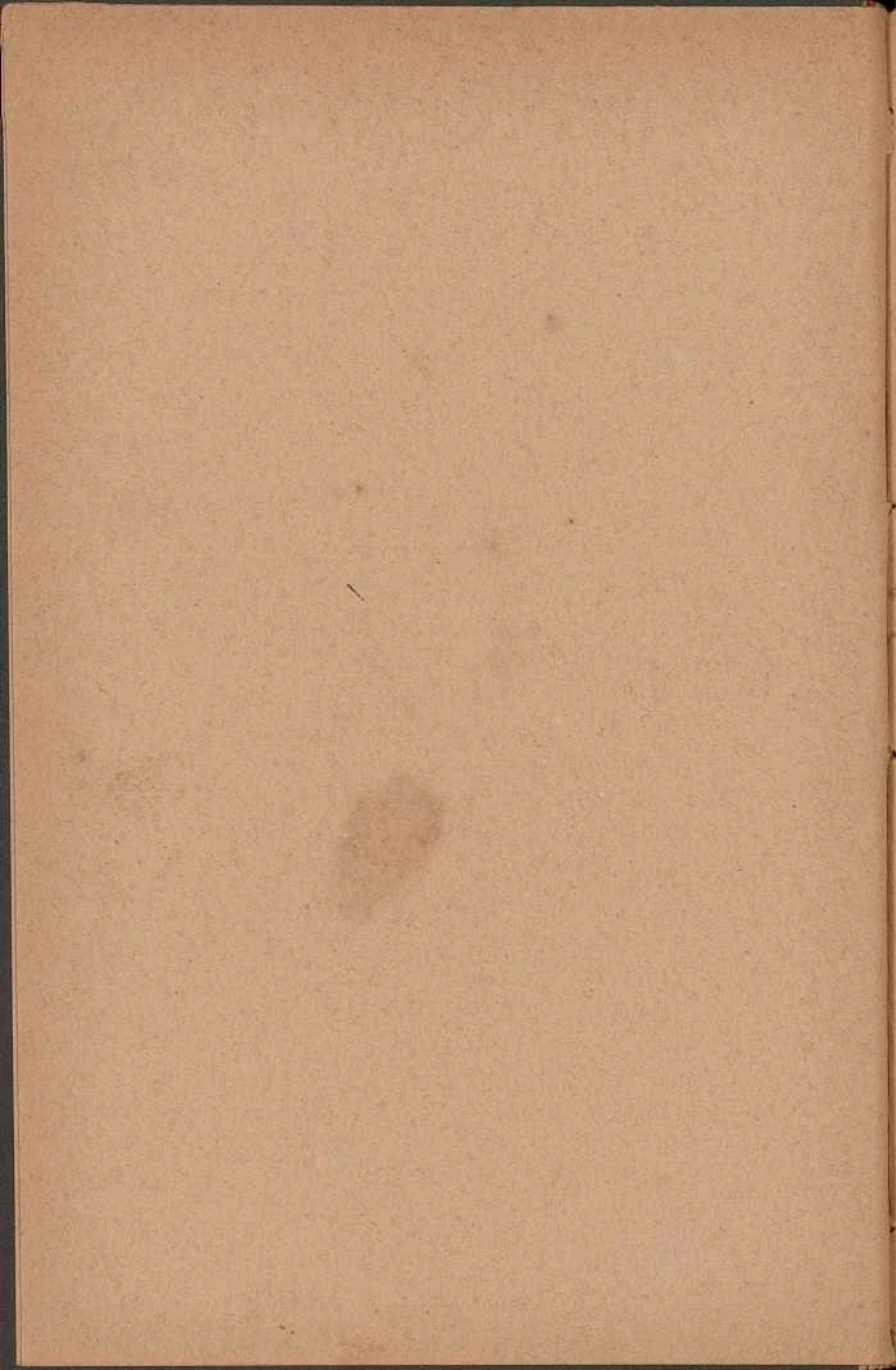
He vivido una hora. Una hora de amor. De amor rojo.

Y después de plegar el libro abierto he visto el sol colarse por el balcón hojabierto, lo he cerrado y me he dormido.





EVOCACIÓN





ADMIRABLE.

Pisarello, el gran artista del Renacimiento, no la hubiese terminado mejor.

Es una delicada y sutil porcelanita.

Manos de nostalgia las tuyas, evocadoras de las manos lánguidas y nacaradas de Eleonora Duse, la gran artista; de las manos marfileñas de Friné; de las manos azulinas y místicas de Monna Lisa, pintada por Leonardo da Vinci. Manos nacidas para acariciar y para llevar consolaciones á los dolores del amor.

¡Oh sus manos! Son mis grandes amores.

Sus manos y sus ojos.

Ojos negros, suaves, ojos de ensueño que guardan en la quietud serenísima de sus pu-

CARAVANA DE RECVERDOS

pilas la imagen de todas las pasiones muertas.

Es frágil como una figurilla de Sevres.

Su sonrisa es un socorro de alegría para los espíritus sentimentales.

V si, como yo, la has visto, apoyada en el barandal de su balcón, en la tristeza crepuscular de este otoño, te habrá evocado una flor exangüe en un jardín silente y desolado.

Tiene en la palidez de la color un atractivo poderoso y hay en su rostro una apacible y mansa melancolia. Watteau la hubiese buscado para modelo de una princesita de sus paisajes de abanico.

Elegantísima.

Poole Jhon end Pegg—el gran modisto de Londres—se enorgullecería de vestir á este bibelot.

Y un beso de sus labios—divina floración de un clavel de amor—merecería un bellísimo poema D'Anunziano.

Del piano — artista habilísima — arranca sensaciones precisas, os da la emoción; y la cautivais con la divina armonía de la música, su mayor placer. Es una enamorada fervien-

te de Wagner, de Beethoven, de las gavotas de Gluk, de las romanzas sin palabras de Mendhelsson. Yo la he visto estática, admirada, inmóviles sus grandes pupilas de ébano, temblante la tentación de las rojas rosas de sus labios, oír devotamente un violín que suspiraba la *Meditación de Thais* de Massenet.

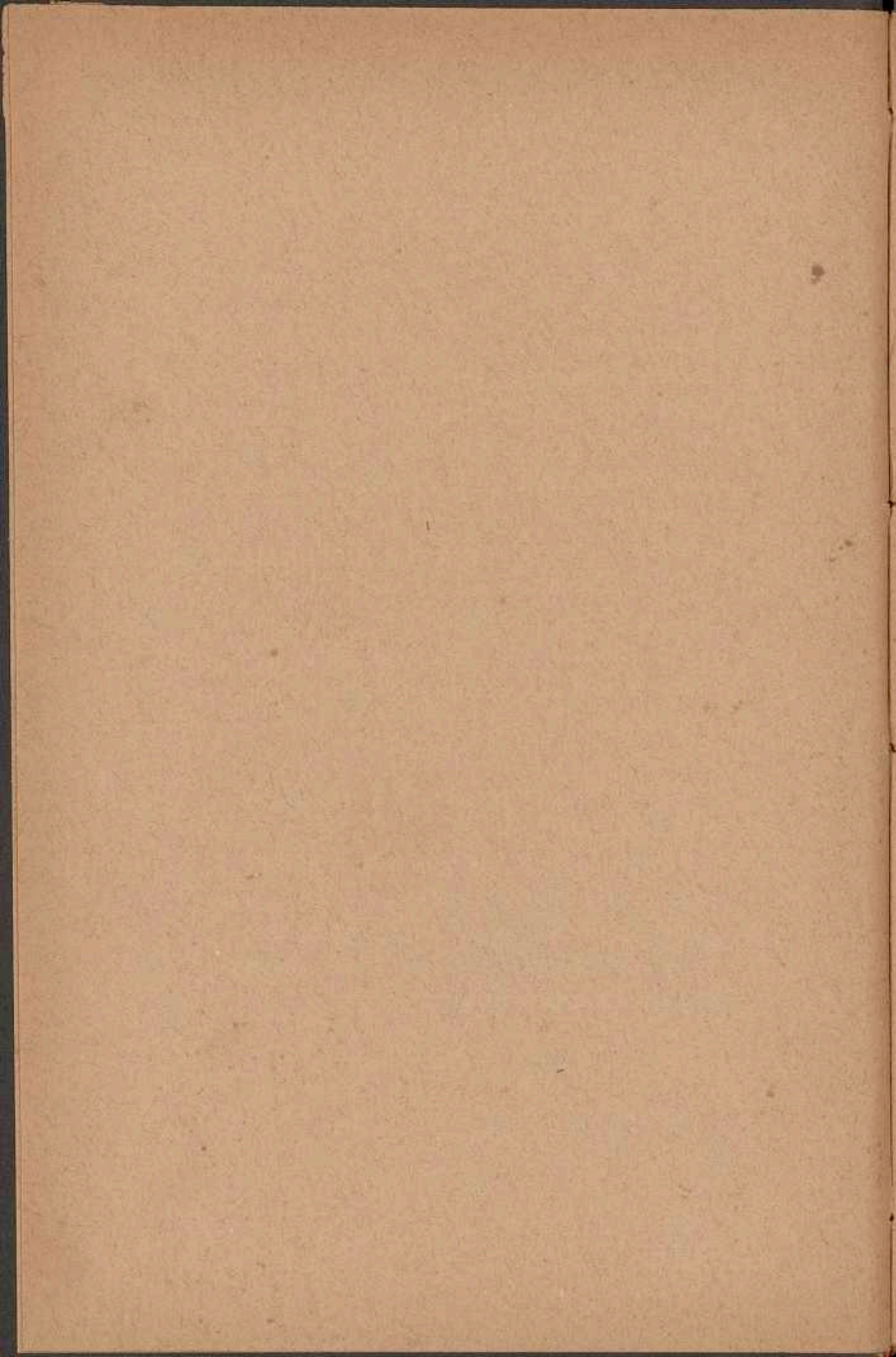
Y toda esta poesía que ella siente en la música, la he escuchado yo, en la sinfonía amable de sus palabras.

Y en su vida, toda paz de remanso, hay una sola nota de rebeldía y de odio para la vulgaridad.

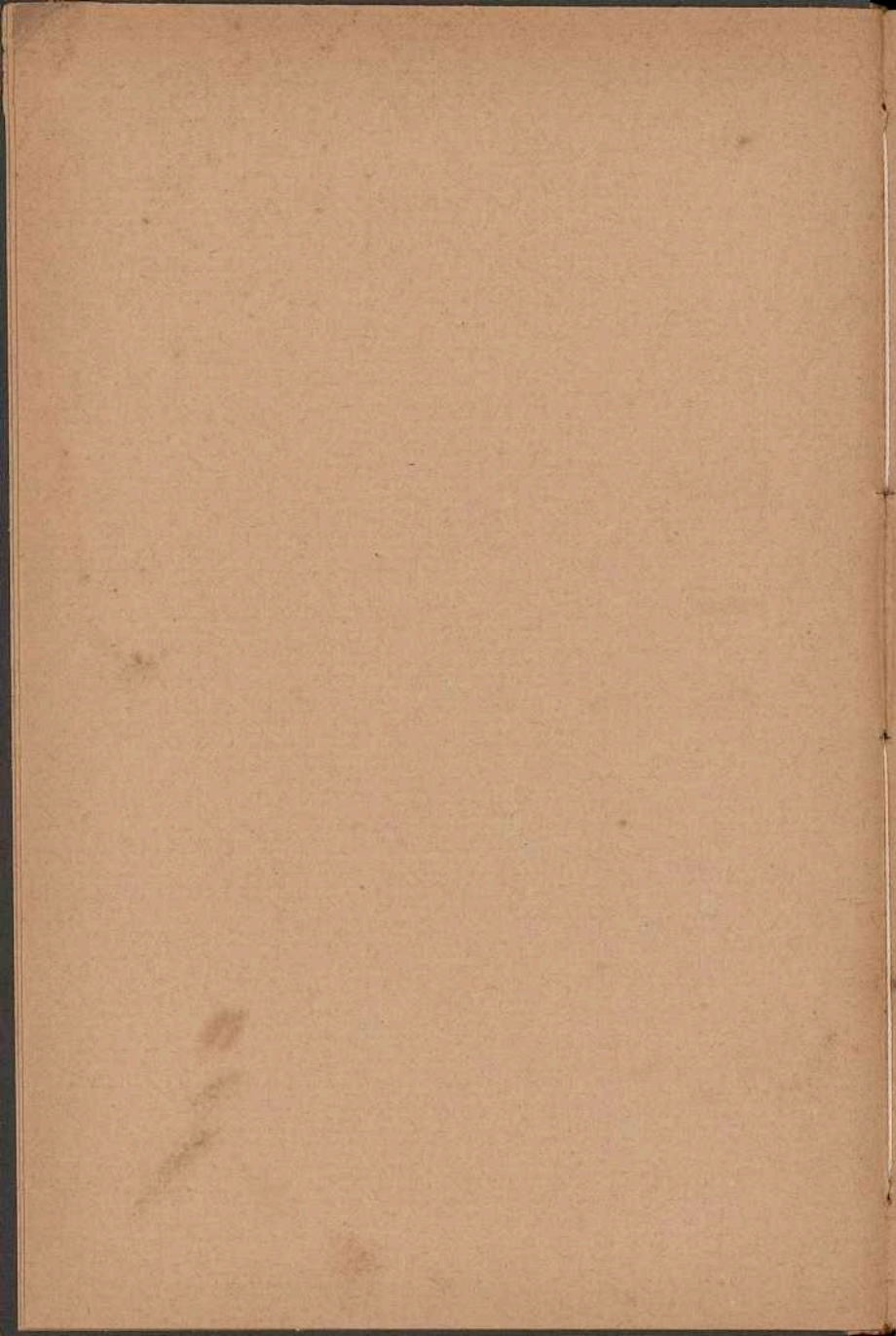
Así es.

¿Tienes ya, lector, una idea de esta gentilísima figulina?

Pues tal como te la digo, toda ungida de poesía—más de la que puede expresarse, la que se siente—es Margot á quien yo conocí, en la tristeza amarilla y crepuscular de un frío atardecer Septembrino.



DE UN AMOR ROMÁNTICO





HAY temblando en el aire de la mañana azul, un dejo de quietud y de tristeza. Es una mañana clara y tranquila; se recortan tímidas las siluetas pobres de unos arbolillos, raquíticos y sin hojas.

He salido de casa con el alma llena de amargor, que yo no he sabido á qué atribuir. Al cruzar el Prado, solitario, me ha parecido más triste que nunca. A mi vera ha pasado una mujer llorosa; después un mozalbete de pálido rostro ha caminado junto á mí con aire de desesperación.

Por el camino, me han asaltado el cerebro, deseos de viajar, de reir sin placer y de llorar sin pena. Luego, un nudo me ha apretado la garganta casi hasta ahogarme. Un ruido seco ha vagado por mis oídos y he sentido

CARAVANA DE RECVERDOS

dentro de mí, la humedad de las lágrimas del corazón, y la tortura de la pena.

Es el eterno poema provinciano de un enamorado que sin decir su amor—que crece en el silencio—ve aterrorizado la marcha de la muy amada.

Así, yo he visto en el andén mezquino, dorado por la gloria del sol, un tren largo formado para huir, arrastrando en su fuga cachos de mi vida.

Yo la he visto hermosa, como siempre, más hermosa que siempre, ardiendo en sus pupilas verdes la llama de una pasión. Casi cubierto el rostro por el velillo del sombrero de viaje, con su traje gris ceñido que marcaba la hermosa amplilud de sus redondas caderas de mujer creadora, y el busto victorioso y gallardo de una estatua de Fidias, que representase á Venus Afrodita ó un lienzo del muy amado maestro D. Francisco de Goya y Lucientes.

He sufrido el martirio insoportable de unos celos hipotéticos, cuando sus ojos se han dirigido disimulados hacia otro, y las fresas de sus labios se han separado para

enseñar la blancura de azucena de sus dientes, al sonreír incitadora. He visto á Carmencita enferma, detrás de los cristales de su balcón, cuando en la infinidad del horizonte gris, sólo se divisaba la línea parda de lágrimas del cielo que lloraba apenado.

La he visto triunfadora, pasear gentil su belleza entre dos filas de muchachos, á la salida de misa, despertando calientes murmullos de amor.

La he recordado en su balcón en las noches de verano, recostada su blanca silueta en la baranda, oyendo las notas del piano surgir apasionadas.

Un señor alto y serio ha hecho una señal en la campana. Mis ojos se han vuelto hacia ella rápidos y la he encontrado seria, acaso demasiado seria, como ajena á mi padecer, mientras á mi amigo le sonreía cariciosa.

A pesar de ello, yo, hubiera retardado—si mi voluntad fuese omnímota—su viaje, con tal de admirar la belleza de su cuerpo.

Una voz aguda y metálica de una vieja campanilla ha sonado, y el tren—reptil—ha

CARAVANA DE RECVERDOS

agitado sus vértebras—los vagones—y se ha arrastrado culebreando entre las paralelas de acero.

Desde una ventanilla, la hermosa cabecita de Carmen ha dicho ¡adios! y su manita ha saludado cortés varias veces.

En el aire sigue respirándose la tristeza. Al llegar al Pilar, aún suena el eco agudo del silbido del tren, que se aleja, jadeante en la llanura, llevándose á Carmela.



MELANCÓLICAS AÑORANZAS

A Emiliano Ramírez-Angel





... Y aun con el deseo de retornar al pueblo amado, donde vive la amada, sentimos una vaga melancolía al dejar en otro á la familia y á los amigos. Es ciertamente que estamos bajo la influencia abrumadora de una hora sentimental, y que al ausentarnos, dulces añoranzas de los días felices de nuestra infancia pretérita, vienen á nosotros en confuso montón.

Es, que se recuerda deleitosamente—mientras en penoso jadear huye el tren—aquel vasto caserón donde los abuelos arrugados, nos recibían cariñosos, adivinando nuestros caprichos para satisfacerlos inmediatamente, cuando sentados en sus rodillas reían complacidos nuestras ocurrencias y nos acariciaban mimosos con sus manos suaves y rugosas. Y cuando dejamos el viejo case-

CARAVANA DE RECVERDOS

rón donde vivieron, una ola de sentimentalismo nos baña y tenemos la visión de un ciprés que dá sombra á una fosa donde descansan sus cuerpos. Y hay que recurrir á la voluntad para que el cristal de nuestros ojos siga brillador, sin que lo empañe la humedad de una lágrima amarga.

Es también, que recordamos de algunos que fueron nuestros amigos y que han muerto; recordamos que con ellos pasamos juntos el camino corto y plácido de la niñez entre travesuras y juegos inolvidables, y les dedicamos un recuerdo con el corazón amargado por la realidad de la vida.

Es, que aun jóvenes, somos viejos prematuros y hemos visto desaparecer de nuestra vera á los que más quisimos, y el dolor sin impetuosidades ni violencias, se ha sedimentado calmoso en nuestro corazón que fué joven.

Es, que vamos *viviendo* y hemos sufrido desencantos de todas clases, y en estas dulces sentimentales horas, tenemos una vaga desilusión de todo y un vago cansancio de la vida, y amamos ésta, quieta y apacible, de un

pueblo venturoso donde la existencia de los nuestros se desliza suavemente.

Es, que en el presente, en medio de la franca intimidad de los amigos, se respetan todas las opiniones, cuando sentados á la puerta de Mendaño, hablamos unas veces alegres y reidores, con la alegría y la risa de los veinte años, otras graves y serios, como hombres formales. Somos amigos, sin las traiciones corrientes entre las que así se llaman, porque si en los pueblos, en general, hay menos cultura que en las capitales, hay más alma y más corazón.

Por esto, cuando el reloj, impávido va marcando hora tras hora los días y se aproxima el de mi partida, siento en el alma una vaga melancolía al dejar este pueblo donde he pasado muchos días felices de mi niñez; y vuelve á la memoria la casa de los abuelos muertos y el recuerdo de mis amigos, los que juntos cuando pequeños fuimos á la escuela y juntos temblamos ante la voz impetuosa é irritada de aquel buen maestro—D. Basilio—que reprendía severo nuestras travesuras de niños de ocho años.

CARAVANA DE RECVERDOS

En el azul, la blanca hostia de la luna dá luz á la bella alameda de mi pueblo—«La Serna» —por donde ha cruzado ligero al trote de los caballos, el coche que me lleva á Alcázar de San Juan.

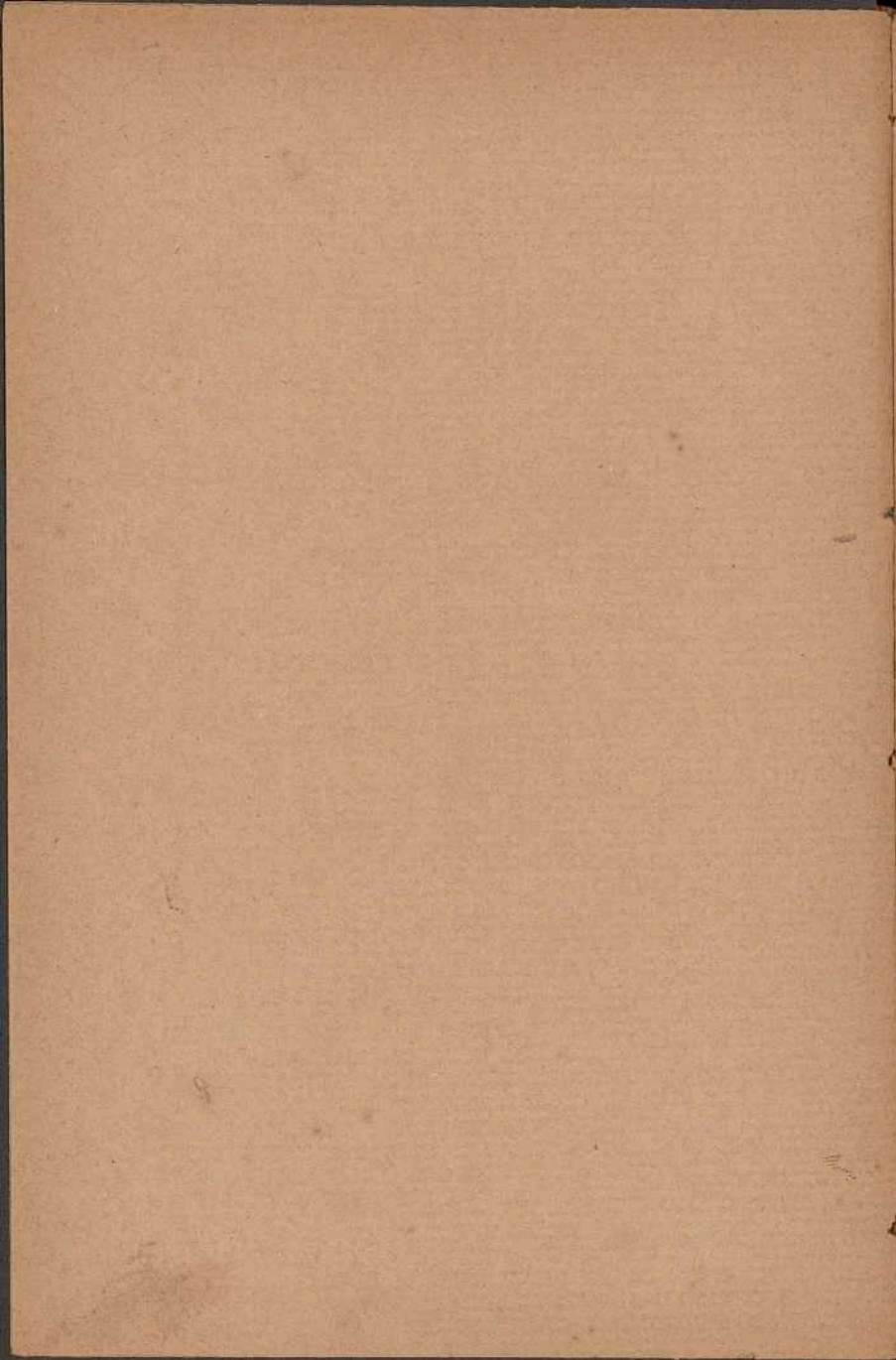
Después, he vuelto la cabeza y he visto la silueta del pueblo que duerme y he seguido absorto contemplándola hasta que en una cuesta de la carretera blanca y recta, se han hundido las veletas de sus torres.



DÍA DE FIESTA

A Isaac Antonino







MAÑANA de domingo.
Huele el aire á fiesta.

El sol tibio de Octubre nos acaricia.

No hay voces de chiquillos, ni holgorio
de criadas, ni rodar de carros de labor.

Hay una sana alegría de descanso en todos
los rostros, que asoma á todos los ojos y ríe
en todos los labios.

Pasan á nuestra vera unos campesinos, con
sombreros flamantes y camisas de blancura
de azucena.

Las campanas, en la torre de San Pedro,
llaman á misa.

En los soportales pasean unos pocos ha-
ciendo hora.

Un mozo, con una maleta en la mano, ca-
mina ligero á la estación.

CARAVANA DE RECVERDOS

Pasan alegres unas criadas con vestidos domingueros y pañuelos de seda, de colores chillones, en la cabeza.

Rien contentas, porque para ellas los domingos son días de descanso y de fiesta mayor.

Unos municipales, tiesos y graves, pasean por la Plaza de la Constitución.

Un hombre, arreando un borriquillo, pregon a su mercancía:—«A las buenas nueces».

Las campanas de San Pedro han cesado en su llamamiento. La misa debe haber empezado. Y los que aguardaban en los soportales, van á la puerta de la iglesia, á esperar la salida de las muchachas, fumando un pitillo.

En el paseo de la Catedral van y vienen, tomando el sol, los que esperan la última misa.

Ahora señala el reloj de la torre las doce menos diez; la campana dice:

«Va á empezar, venid, venid; va á empezar».

Y pasan hácia el templo las señoritas, que corresponden cortesés á nuestro saludo.

Entre tanto, se habla de la Belleza, del Amor, del amor á la Belleza, ó de la belleza del Amor. Pero la conversación siempre es suave, como el hilo de una melancólica canción, y dá vueltas alrededor del mismo tema.

Una mujer hermosísima, ha pasado junto á nosotros. Vá vestida de un traje gris, y rodeando su cuello lleva un boa de color claro, ocultas las manos en el regalillo. Es alta y bien formada; de victorioso busto y amplias caderas. A su lado camina otra mujer, también muy bella de rostro y bien proporcionadas curvas. Va vestida de azul. Y al saludo nuestro, contestan con una inclinación de cabeza y una amable sonrisa de sus bellos labios coralinos.

Cuando se alejan nuestros ojos siguen admirando sus encantos, y elogiando su belleza nuestras bocas.

Siguen desde arriba voceando las campanas:

«Vá á empezar, venid, venid.....»

Las doce campanadas del reloj de la Catedral, vienen á ser como un resorte que cambia la ruta de los que pasean y los dirige al

templo. Cuando pasa un minuto, el Prado, está casi solitario. Pasados veinte más, comienza la animación de nuevo, porque terminada la misa comienza el desfile de mujeres hermosas.

Y entre las dos filas que forman los muchachos, eternos admiradores de la belleza, van pasando las señoritas, que dejan tras sí, un reguero de aroma suave y delicado á Pompeia ó Azurea.

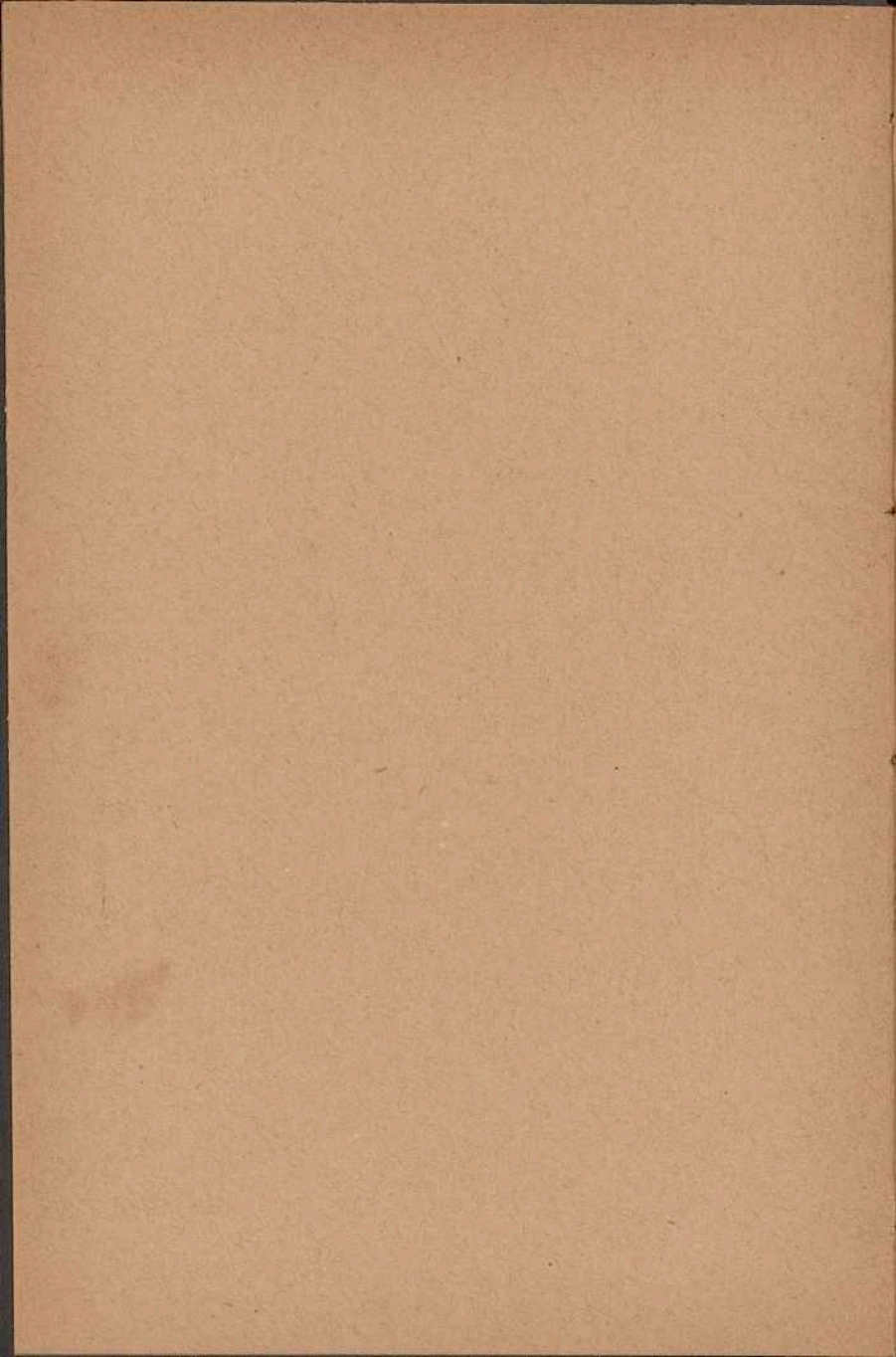
Tornan á cruzar por junto á nosotros las dos hermosas mujeres, que saludamos al ir á la misa y despertaron en nosotros calientes murmullos amor.

Todavía aguardamos unos minutos á que salga el resto de las muchachas y luego vamos unidos hacia la calle del Mercado.

En nuestra *Puerta del Sol* vemos otra vez el desfile, y cuando oímos la una, vamos hacia casa, para reunirnos después de comer en el Casino y resolver el problema, sin solución, de no aburrirnos, buscando un medio que nos aparte de nuestro monótono vivir anodino.....

ÚLTIMAS NOCHES

A César García-Valiente





EN la gasa azul cobalto del espacio han roído polillas, y por los agujeros asoma, en infinitas tachuelas de plata, el reflejo de la Gloria.

Una blanca lechuza pasa por sobre los árboles del Prado. En un tejado de la Iglesia de Santa María abate sus alas, y en el aire suena su silbido agorero.

Es una noche de Septiembre. Los avances del Otoño—lluvias y viento—han disminuído la concurrencia al paseo. Son las últimas noches.

Hace frío.

Los músicos, resguardadas las manos en los bolsillos y bajo el brazo aprisionados, en sus fundas verdes, los instrumentos, toman rumbos distintos, hácia sus casas.

CARAVANA DE RECVERDOS

Quedan paseando, media docena de muchachas y una de muchachos, eternos amadores de la belleza y la juventud.

Entre ellas, hay una, que fué mi ídolo, y pasa por mi lado, sería, fijos sus ojos en los míos, sin abatir nunca su fría mirada. ¿Habrá olvidado aquellos besos que en sus labios—ascuas de amor—dejó mi boca?

¡Quién sabe...!

En un banco, dos viejos vestidos de negro se vuelven hastiados la espalda.

En la terraza del Casino unos pocos, departen amigos y apuran cerveza.

El piano vacía al aire unas notas movidas y alegres de «*La Mala Sombra*». Hasta el paseo llegan las voces de unos que en el salón acompañan al piano *sotto voce*:

Ven á-quí-*cla-ve-yi-na*,

Ven á-cá-*pim-po-yi-to*...

y el piano, tocadas sus teclas magistralmente, sigue diciendo cosas alegres y ligeras, un tanto infantiles.

En un balcón, dos blancas siluetas apoyan sus brazos en la baranda y oyen atentas.

JULIÁN MORALES RVIZ

Dentro del salón siguen cantando:

Y en la cabecita
De un alfilerito...

y al terminar, se oye el aplaudir frenético
y se pide la repetición.

En una esquina un corro de rondadores, tocan en una guitarra guajiras y uno canta:

«Si piensas que tengo celos»
«Porque me hayas *olvidao*»
«Con lo mismo te he *pagao*.»

Cruzamos en sentido opuesto. Elia sigue mirándome fija. Con los ojos, le digo que escuche la copla, como si fuese mía.

Y el mozo sigue cantando:

«Ya sabes que cuando quiero»
«Amores tengo yo dos.»
«Si te vas, annda con Dios»
«Que yo por amor no lucho»
«Si tú te mereces mucho»
«Mucho me merezco yo.»

Cuando hemos vuelto á cruzarnos, sus ojos se han bajado al suelo y su boca se ha contraído en un gesto de enojo.

Los rondadores, han seguido hasta otra es-

CARAVANA DE RECVERDOS

quina, y desde allí trae el viento, envueltas, en las confusas notas de la guitarra, palabras incomprensibles de otra copla.

En el reloj de las Casas Consistoriales, han sonado las once.

En el paseo, nadie queda. Las hojas de los árboles, movidas por el viento, hacen coro, las coplas de los rondadores.

El balcón donde escuchaban las blancas siluetas, se ha cerrado.

La terraza del Casino, con las luces apagadas, está solitaria.

En la plaza, canta un sereno la hora.

Desde el Prado, se vé en el salón de tertulias del Casino, el hormiguitar de la gente, y la rígida silueta de Mariano, cruza con una bandeja, en la que se vé, una botella y unas copas.

El pianista ha vuelto á tocar *La Mala Sombra* y en salón han vuelto á cantar.

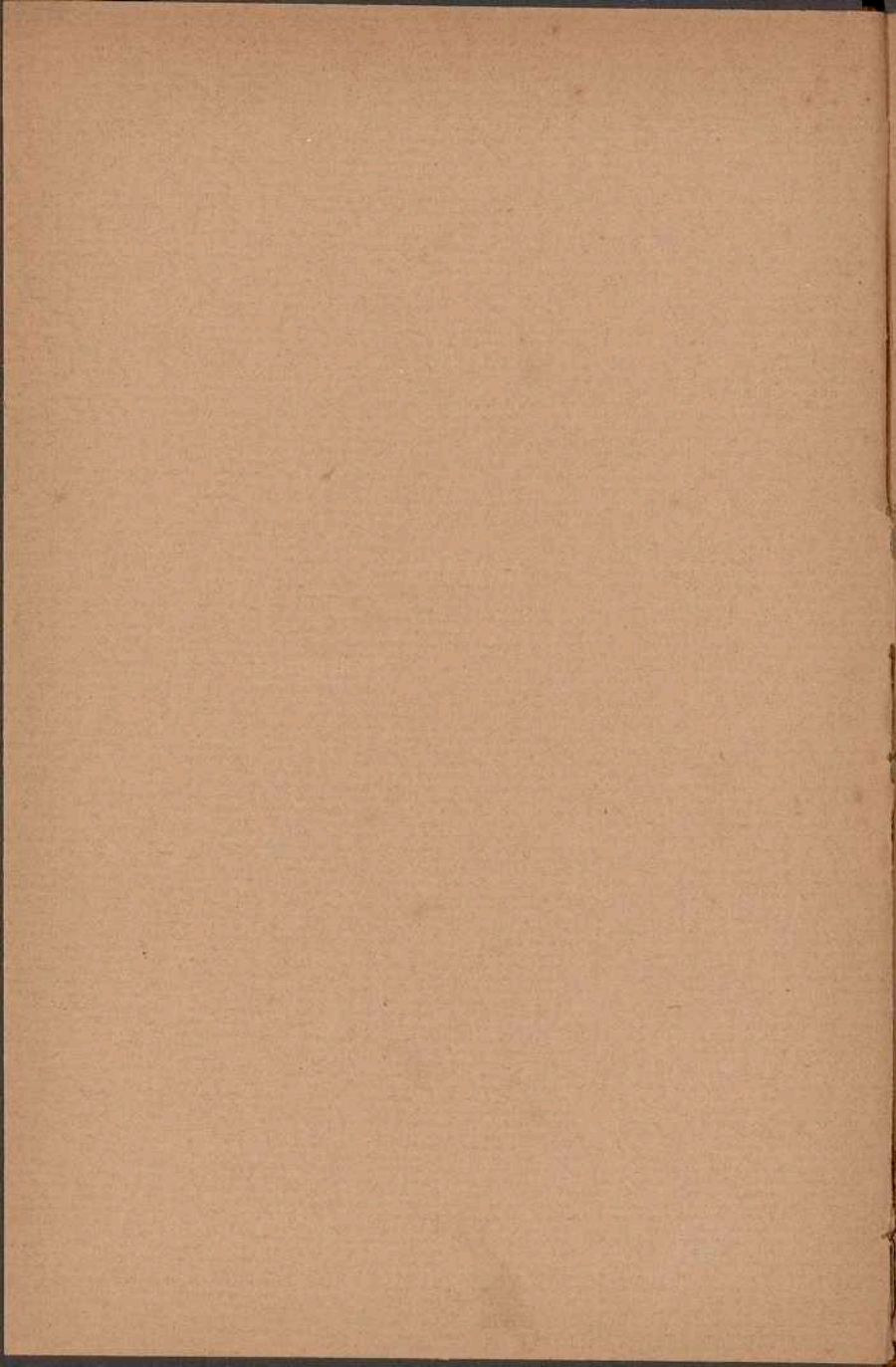
Ven á-quí-cla-ve-yi-na.

Ven á-cá-pim-po-yi-to.



APUNTE

A Luis Barreda





CUANDO á las cinco de la tarde llego á la biblioteca del Casino, veo sentado invariablemente junto á la estufa, al viejecillo del bigote blanco.

Siempre tiene el mismo periódico entre las temblonas y huesudas manos, cuyas venas se distinguen perfectamente, resaltando sobre la arrugada epidermis que las cubre. Este periódico es *El Siglo Futuro*.

El viejecillo es un tipo muy original y muy simpático: se llama Don Manuel. Yo soy amigo suyo. Es un hombrecito, apergaminado y correcto, que lleva siempre entre el livor de sus finos labios una sonrisa equívoca. La nariz es delgada y avanza sobre el plano de la cara algún centímetro más de lo regu-

lar; sus ojuelos grises, son escrutadores, pequeños é inquietos; á pesar de sus muchos años, no tiene los pómulos salientes, ni los ojos hundidos, ni anda encorvado.

El bigote es ralo y cae lacio sobre el labio superior. Está su cabeza, horra de cabellos, y brilla fúlgida, como barnizada su calva. Cuando cubre su cabeza, el sombrero brilla también como la calva, y penetra decidido hasta el borde superior de las orejas. Es un sombrero enorme, por su tamaño, de una factura rara y antigua inconfundible. Se lo conozco, desde que lo ví la vez primera hace ya doce años.

De vez en vez, sumerge su mano en un bolsillo de su enorme chaquetón, extrae de él una petaca pequeña, y de ella un cigarri-
llo de papel, enteco y doblado; aproxima una torcida de papel á la llama de los carbones que arden en la chimenea y enciende el pitillo exhalando con fruición la primer bocana da de humo pardo que se pierde en el ambiente.

Luego, con pausa, del bolsillo superior del chaleco saca un estuche de latón, y de él

unas gafas de recompuesta armadura de alambre, sujeta por hilos multicolores.

Se aproxima á mí y me habla con su invariable sonrisa. Yo le miro y me sonrío también.

Y así vá repartiendo amablemente sonrisas y dando palmaditas en la espalda á cuantos ocupan un lugar en la mesa de lectura.

Cuando termina sus saludos vuelve á su sitio.

El cielo occiduo es una sombra, y la oscuridad comienza á extenderse por la sala.

Oímos el incesante vociferar de los chicos que corren por las calles de la Feria y del Mercado: *El Liberal*, *El Imparcial*, *La Correspondencia*.

Sin luz, tenemos que aguardar á que haya flúido eléctrico, fumando un cigarro por las galerías.

Después, cuando han encendido volvemos á pasar y continuamos nuestra interrumpida tarea de lectura.

Don Manuel se coloca las gafas y sube so-

bre una silla. Sus ojillos de ratón recorren ávidos las inscripciones que en letras doradas se ven en los tomos de los libros: *La Anarquía*, por Carlos Malato; *El Porvenir de nuestros hijos*, por Eliseo Reclus. Y sigue leyendo nombres: Burke, Claudio Larcher, Schopenhauer, Eugenio Sué... y bajando de la silla, se dirige al bibliotecario.

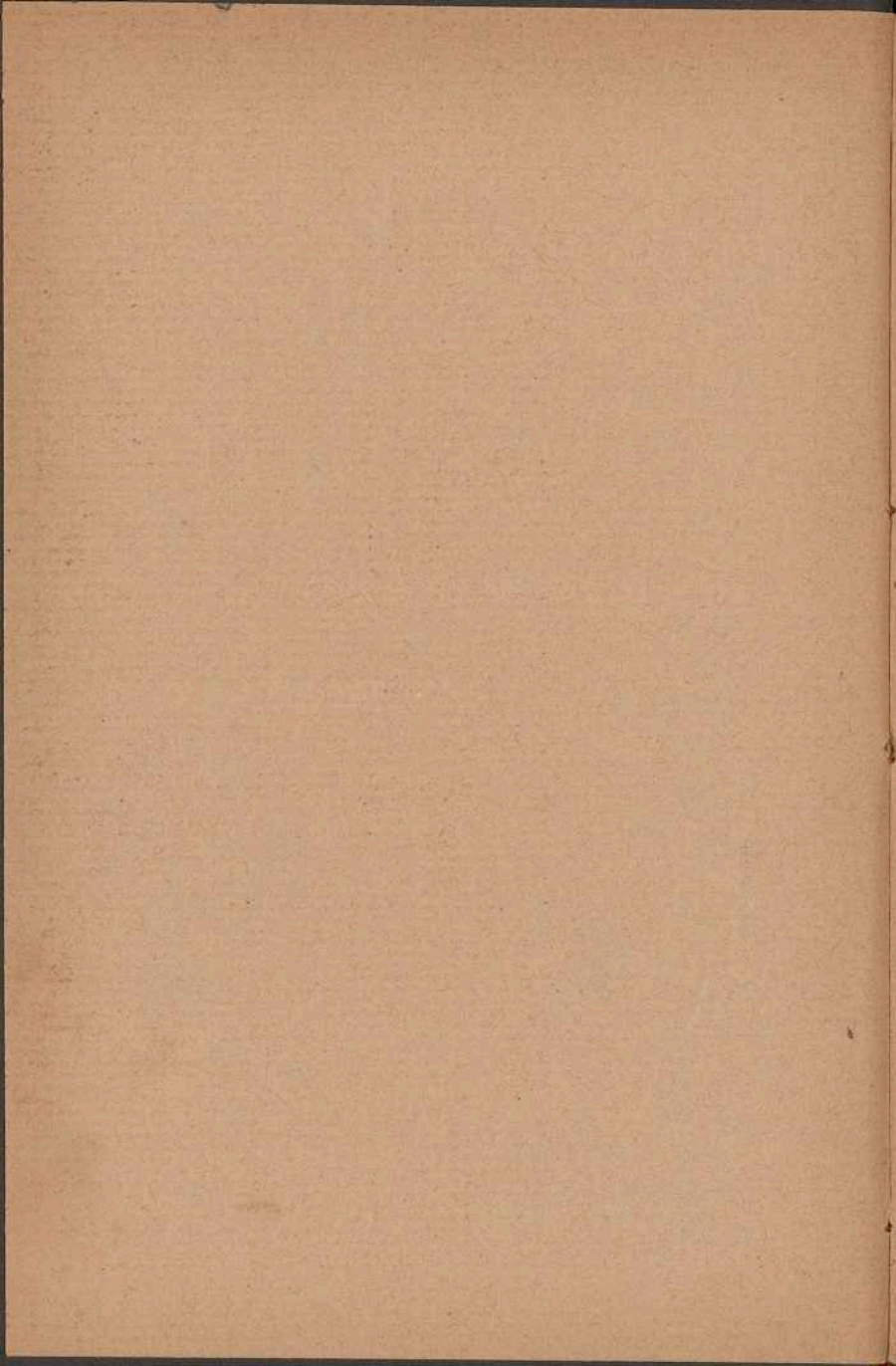
—Dame *El Judío Errante*, de Sué.

Dobla cuidadosamente *El Siglo Futuro* y lo deja sobre la mesa.



DE LOS TIEMPOS IDOS

A Arturo Gómez-Lobo





M_i Marta adorada:

Ya aquí, en la paz del campo que se despereza bravo á las rubias caricias de este sol de primavera, siento que tu recuerdo me llena todo.

Ya te lo dije, cuando tú, entre mimosa y bellamente triste, húmedas tus serenísimas pupilas de acero, predecías mi olvido, apenas nos separásemos. ¿Ves como no es así, mi nena?

Ahora está empezando el crepúsculo. El cielo tiene una bella tonalidad malva, y allí, encima de los cerros se confunden los matices morados, con los arreboles de púrpura que envuelven al sol.

Por esta gran ventana que se asoma á la era, veo la extensión de tierra que se tiende

CARAVANA DE RECVERDOS

delante de mí. Hay un gran llano; luego el semicírculo de los cerros limita la visión. Surgen bravas las coscojas muy altas, y los lentiscos suaves é intensamente verdes. El poblado de encinas, que mi guarda cuida con esmero, está partido por cintas rojizas. Son las veredas de los leñadores y el camino vecinal de Santa Cruz de Mudela.

A la izquierda, la huerta. Ahora libertan al flácido caballejo, que uncido á la noria herumbrosa, ha sacado de la tierra agua, hasta llenar el albercón.

Por la ventana, entra con el aire pesado y aromoso, un sordo rumor de cánticos: perdices al borde de las sendas, pajaros nerviosos que corren por las calvas de los cerros, urracas, chorlitos, y un cuco que canta pesadamente burlón.

¡Que bien amarnos aquí, los dos, libres de las miradas avizoras de curiosos indiscretos que extrañan nuestra amistad joven y profunda!

De veras, me brincan los nervios y estoy contrariado porque no puedes acompañarme.

¡Son tan excepcionales tus circunstancias!

La vigilancia exquisita de tus padres, las sospechas que indudablemente tienen de nuestros amores y tu condición de mujer recientemente viuda. Muchas cosas que yo barajo en un confuso tropel, en las horas de tediosa languidez, que dejo pasar con un libro de Felipe Trigo—el autor de aquella *Sed de Amar* que tanto te agradó—entre las manos, tumbado en la alcoba fresquita sobre mi lecho, en el que nostalgia la ausencia del perfume delicado y voluptuoso de tu cuerpo.

Pasan por mi memoria, en una amable recordación, aquellos mimos de gatita, aquellos ingenuos rubores de niña mimada, que cubrían la nerviosura de tu rostro la vez primera que me abismé en el supremo deleite de tu beneza morisca.

Mis labios recuerdan ahora, en un trémolo de pasión, aquellos besos que dejaron esparcidos al acaso en la maravillosa escultura de tu cuerpo: la nuca cosquilleante, el hoyo perfumado de tu barba, tus labios floridos y lozanos, el primor de tus senos, tus muslos vigorosos, rosados, blanquísimos como el mármol de Carrara.

CARAVANA DE RECVERDOS

En estas recordaciones ocupo todo el día.

Siento más imperioso el pujante aguijón del deseo y padezco la tortura de tu ausencia.

¡Qué delicia, amarnos aquí, en una noche poeta de este mes florido, tibio, perfumado, enervador! Arriba el azul intenso en el que florecen encendidas las estrellas, la naturaleza á nuestro lado, fundidos con ella en íntima comunión, oyendo esta abigarrada, admirable sinfonía del campo á la media noche, cuando cantan junto á las amapolas los grillos y los chorlitos silban su canción!

Me llaman. Voy á pasear.

Escribe pronto y muy extenso.

Y no olvides la promesa de tu retrato, que ansío besar tantas veces, como besaría ahora la roja tentación de tus labios.



En
GENTILÍSIMA Dolores:

Como esta carta ha de volver á mí con las demás, no pongo mucho cuidado en evitar frases ó conceptos que pudieran parecer á usted ridículos ó cándidos. Voy escribiendo según voy pensando, sin cuidar para nada la forma.

Tengo en mi corta peregrinación amorosa de corazón en corazón, románticas añoranzas, sentimentales recuerdos, llenos de melancolía ó de pesar.

En las horas infinitas de tedio, cuando el cuerpo está cansado por la insoportable pesadez del tiempo, y el alma ahogada en monotonía, protesta en un suave deseo de evocaciones, vengo á esta habitación siempre silenciosa y hundida en el abandono, donde—en una mesa—guardo, de los tiempos pretéritos, reliquias de amor: cintas de seda, un

CARAVANA DE RECUERDOS

trozo de serpentina, algún retrato que amarillea, un clavel seco... Todo esto tiene el aroma romántico de los amores idos, y los recuerdos de una noche de placer ó de una lágrima de Amor.

Anteanoche, cuando volví del baile, me encerré en este cuarto; abrí el cajón de la mesa y puse sobre ella las reliquias. Traía cuidadoso, escondidos en el carnet, los jacintos de un morado litúrgico, que usted me diera en el baile, y que ayudarían á futuras evocaciones. Antes de guardarlos, los acerqué á mi; sobre la fragancia natural de la flor tenían el deleitoso perfume, sensual y adorable de su cuerpo joven y atormentador para los deseos—divina floración de la vida. —Y la memoria me hizo recordarla dos horas antes, tomada de mi brazo; me miré en sus ojos de odalisca profundamente negros—de un negro mate, intenso y aterciopelado—volví á quedarme admirado ante la maravillosa tentación de la herida misteriosa de sus labios sangrantes. Tomé los jacintos y los besé muchas veces, con fervorosa adoración, y los guardé.

Hoy se los devuelvo; porque si no le guardo rencor, tengo, sí, ¿por qué no decirlo? el resquemor desagradable de una herida á mi amor propio, inferida por usted.

¡Mis cartas! ¡Mis pobres cartas en las que puse toda mi alma por ser para usted! Ante el eco de aquellas palabras, siento todavía un sobresalto en el corazón, un desfallecimiento en el cuerpo, y una desilusión en el espíritu.

¡Mis pobres cartas, liadas á unas tenacillas para rizar el pelo! Aún siento la enérgica protesta que murió antes de salir á los labios, porque me miré un instante en la duda inmensa de sus pupilas de endrina.

Luego la rectificación. «No están quemadas, las guardo; mañana se las enviaré, si, por ello no se ofende.» ¿Por qué torturarme para venir luego á ofrecerme en un desprecio; tan profundo como hábilmente disimulado, mis cartas que no quemadas, la estorban en su poder?

Aún no las he recibido. Pero vengan á mí. Seré fuerte y ante ese desprecio categórico y altivo, disimulado entre elogios—que ni

CARAVANA DE RECUERDOS

merezco ni acepto—resucitará en mí el orgullo muerto del alma española de Don Juan, y revivirá mi dignidad personal, que siempre mantuve impoluta. Y así, con todo ello revestido, obligando la voluntad, si hay todavía un remedio para mi abulia, intentaré, siempre con dolor y puede ser que sin fruto, olvidarla, porque la ofensa es grave.

Y puesto que al ofrecirme mis cartas hizo la petición tácita de las tuyas, que yo conservaba con gran cariño, allá van. Y con ellas esos jacintos que prendidos en su cuerpo, principiaron á marchitarse al calor de su morena belleza, esas flores adoradas por mí, que yo he besado con religiosa unción.

¿Qué más puedo devolverle? Nada. Porque de la única cosa tuya que conservo, no puedo desprenderme y vivirá todos mis días: el recuerdo adorado de su belleza de sultana.

Entre nosotros todo ha muerto, menos la añoranza melancólica de mi amor romántico.



MARIUCHA:

Acabo de leer tu carta en la que, proponiendo una ruptura definitiva, hay ofensas para tí misma y las hay para mí.

Yo quiero escribirte unas últimas líneas, para terminar sin pena ni contento, sin violencias, sin humillaciones de una parte ó de otra.

No pretendo remediar lo irremediable.

Cuando un libro querido, el del poeta amado, se va desencuadernando por el uso frecuente, se impone recurrir, pronto, á un hábil operario que lo restaure bella y sólidamente.

Pero si una mañana, al levantarte, encuentras ese libro, en el que pusiste todo tu cariño, toda tu devoción fervorosa, en el que habías admirado la belleza gustándola despacio; si le encuentras no sólo desencuadernado, sino rotas las hojas en pequeños frag-

mentos, sentirás una emoción dolorosa y cruel.

Tal vez, en la desesperación, llegues á querer indagar quién te preparó la sorpresa desoladora, pero si el misterio se hace en derredor, una forzada resignación será contigo.

El libro no tendrá arreglo y llorarás, sobre los fragmentos de sus páginas, la melancolía que te produjeron, la nostalgia de unos leves y aromosos suspiros.....

Una ráfaga del viento sutil y gélido de Enero secará las lágrimas apenas las vertieran tus gemas.

Guardarás más tarde un recuerdo de honda sentimentalidad, evocador de los encantos que guardaba el libro. En la evolución del tiempo tornaráse en reminiscencia el recuerdo.

El cariño que tuviste al libro roto lo habrás mudado ahora á otro libro. Y si el desaparecido te encantaba por la suavidad, por la tibieza de atardecer, por el bello ritmo de los versos, te seducirá éste ahora por la exuberancia de verbo, por la fogosa y rotunda manera de expresar del autor.

Y el nuevo cariño que pones en el libro nuevo, borra la débil pátina que el tiempo dejó sobre la recordación del pobre libro roto.

Tú me haces saber que el cariño tuyo, que fué mío, ha sido roto brutal y sañudamente, como el libro del poeta amado, sin arreglo posible.

¿Quién es autor de esta crueldad?

¿Tu pesimismo?

¿Mi optimismo?

¿El murmurar de los imbéciles?

¿Una desilusión tuya?

¿Un cansancio de cualquiera de los dos?

Es igual. Interesa más el misterio de lo que se quiere conocer.

Sobre estas ruinas de ahora, se abatirán los párpados cansados de huronear los ripios yacentes, en un resignado consuelo de evocaciones románticas.

Y el velo piadoso que la voluntad tienda sobre el pasado, no se levantará de por vida, cubriendo milenariamente lo que es ido.

Qué resta aún?

Unos papelitos rosa, azules ó violeta, en los que hay aprisionados girones de almas,



CARAVANA DE RECVERDOS

confesiones que hoy parecerían ridículas ó serían innecesarias. Unas cartulinas con unos papeles sobrepuestos, que ya no pueden recordar el espíritu, y copian solamente la miserable armazón de la materia.

Descambiemos lo que cambiamos. El tiempo ha muerto el Amor, y no hablan nada las cartas y los retratos.

Te hablaba al comienzo de insultos que trae tu carta para tí misma y para mí.

En tu prosa—ya fría, sin aquellos ardientes ni palabras de cariño—dices, veladamente, pero no tanto que no pueda leerse entre líneas; que en tu decisión imprevista y firme han influido extraños—para nuestro cariño, únicamente tú y yo no lo éramos— ¡Cuántas cosas podrías decirte de esto! Mejor es callar.

Pero sabe que te ofende ese concepto.

¿Las ofensas para mí? Esas mismas. Me ofendes al hacerme saber que ajenos hablaron de mí, hasta decidirte á esta ruptura definitiva.

Que seremos *muy amigos*. ¿Para qué? La vereda es corta, y se llega pronto. Además,

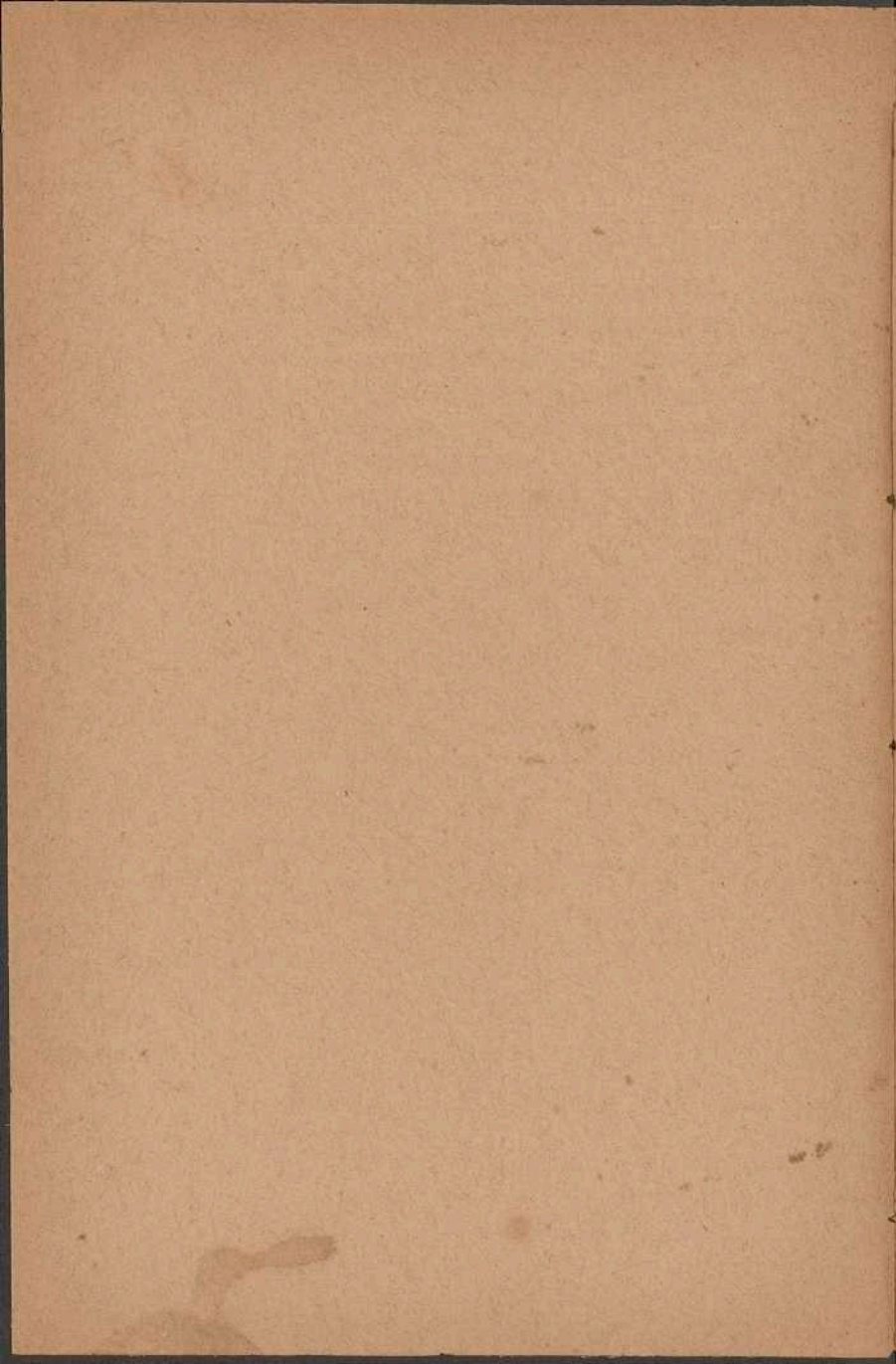
JULIÁN MORALES RVIZ

es fácil simular que no nos conocemos si nos hallásemos en el camino.

Y para la felicidad que me deseas, tengo un soberano gesto de indiferencia y desdén. Me basta serlo sin que lo desees.

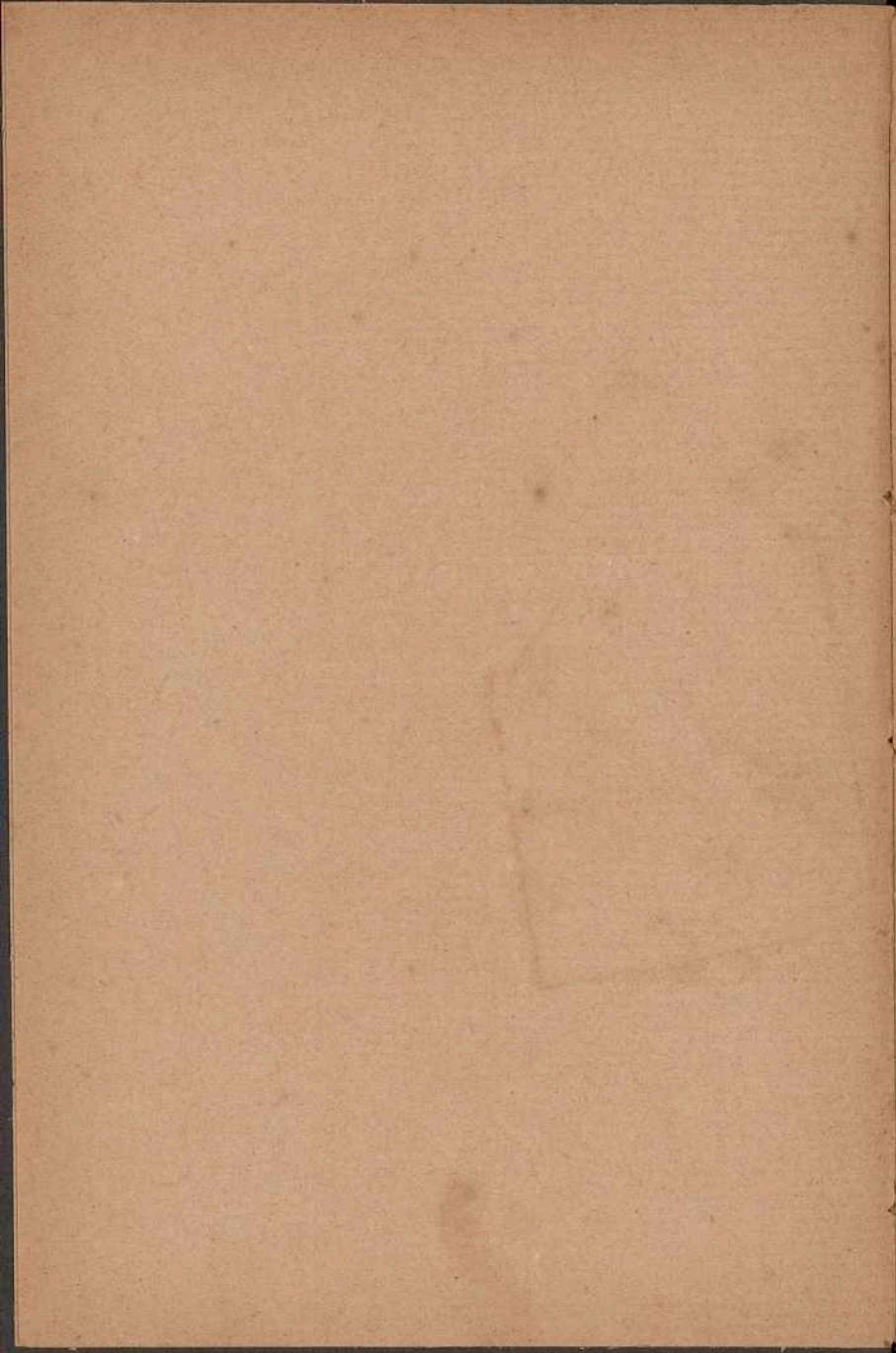
Cerraré los ojos, y al abrirlos me diré que he soñado Amor como pude soñar Odio.





HORAS DE PAZ

A Francisco Villaespesa





HAY en mi corazón un aria triste, para los
amores no conseguidos, y una resigna-
nada y suave oración fúnebre, para los amo-
res muertos.

El mágico poder de la evocación me trae
á la memoria el recuerdo de algunas escenas
apasionadas, que pasaron en plácidos atar-
deceres de Otoño, cuando, mientras besando
á mi amada, me decía aquel lánguido *Noctur-
no* del piano—que al lejos se desgranaba pau-
sado—presagios amargos de juventud infe-
cunda, ida en pos de un ideal no alcanzado.
Y parece que la fantasía entre sus hilos fuer-
tes y sutiles, sujeta los momentos hondamen-
te vividos en los tiempos que pasaron.

En estas horas de paz y añoranzas, nos
acaricia la seda de unos párpados, ó el cla-

CARAVANA DE RECVERDOS

vel de unos labios aromosos ó la centelleante mirada de unos ojos verdes y gatunos.

En estas horas sosegadas, de recogimiento y meditación, unas manos enfermas y pálidas, largas y aristocráticas, deshacen nuestro peinado, para venir luego á posarse en una caricia sobre nuestras sienes doloridas y sobre nuestra frente fatigada.

Y una voz acariciadora y mansa nos dá la frescura de sus notas, en frases de consuelo ó reprimendas tiernas.

Pero es todo obra de la fantasía y del recuerdo, y un halo de tristeza circuye nuestra alma y al corazón parece que le estruja una mano invisible, anagadora y criminal. Y entre tanto se agita dentro de nosotros una vaga inquietud por el futuro, mientras repasamos apaciblemente las páginas melancólicas del pasado.

¿Es que aun demasiado jóvenes, somos ya viejos y escépticos?

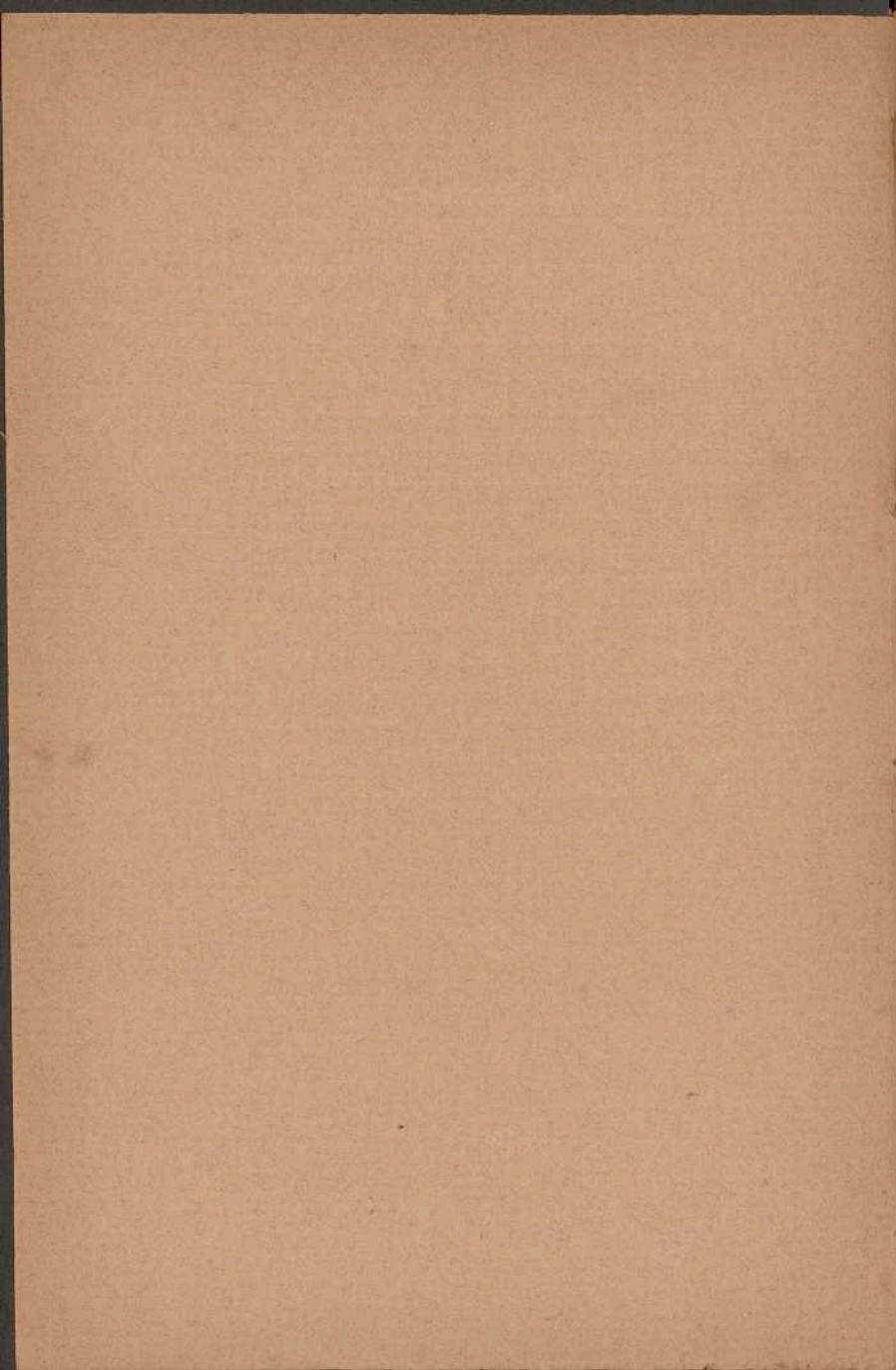
¿O es que ya demasiado viejos, queremos ahogar nuestros escepticismos, resucitando la juventud ida, sin duelos ni contriciones?

Yo no lo sé.

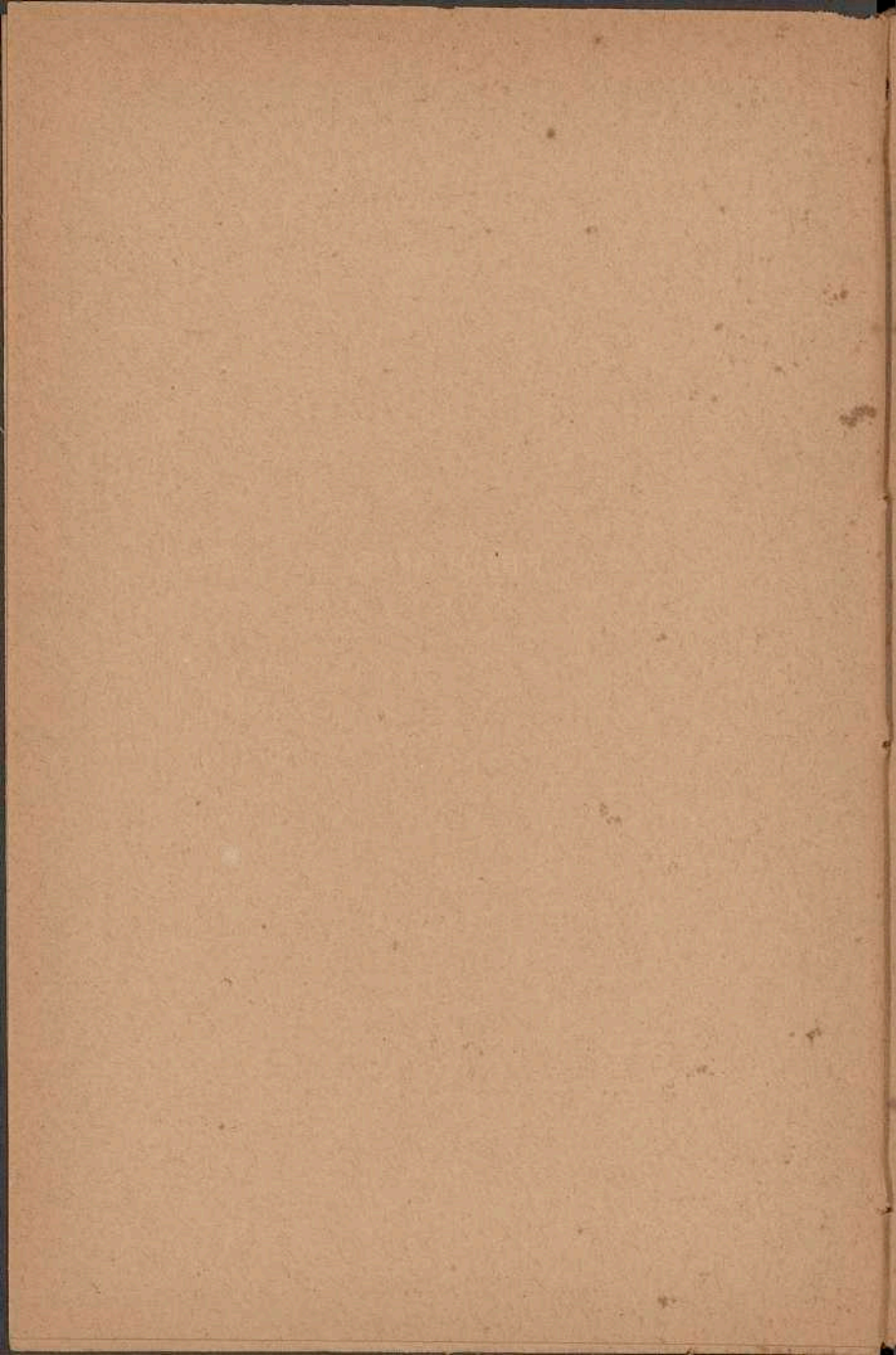
Pero una sombra que se extiende coronando nuestras cabezas, nos hace desenterrar las viejas hojas de nuestra vieja vida, y pone en nuestro corazón un sentimiento abstracto y en nuestros labios una mueca, que no es ciertamente risa, aunque no es gesto de hiel, pero bien pudiera ser de amargura ó de pena por dichas gustadas—acaso inconscientemente—en tiempos del ayer.

Y en los atardeceres vernaes, cuando algún piano suspira en un *Nocturno* todos estos recuerdos, nos llega la música al corazón que vibra acelerado unos segundos, y por los ojos — levantados al azul—pasa en un breve fosforecer brillantino, toda la pasión y la inquietud de los otros tiempos idos.





FIGULINAS





PARECEN blancas mariposas.

Van gráciles y agitadas y tornan nerviosillas. Son las figulinas del paseo, que sonríen á sus amadores ó los aturden con sus finas carcajadas agudas, como notas de flauta.

Vuelven á volver, y van otra vez por donde vinieron. Los abanicos, padecen en sus manos de muñeca; los abren y los cierran con vértigo y no se dan aire. Ríen locuelas y hablan.

¿De qué hablarán?

Acaso de modas, acaso de amor, acaso de ingratitudes.

Ciertamente, aún oyéndolas toda la noche no se podría decir de qué han hablado. Fatigadas de pasear siéntanse en una silla, formando fila.

CARAVANA DE RECVERDOS

En el Kiosco, los músicos interpretan una sonata de Beethoven y nadie se apercibe de que la banda dá las notas al viento.

Este cielo estrellado de Julio, de una noche cargada de perfumes, inspira laxitud y dejadez sultanesca. Se nos brindara una fortuna y se nos brindara una hora de absoluta posesión de un harem, y, seguro, nos sentiríamos orientales y despreciaríamos la dorada visión de un porvenir de oro. El tiempo dá para ello.

Entre tanto, nuestras bocas, secas de pasión, dejan en los oídos de las mujeres, frases de amor.

Los relojes siguen jadeando, jadeando y dicen una hora maldecida por nosotros.

Se queda solitario el Prado.

Los músicos han solazado á las demésticas y á sus novios.

Se ha desnudado calmosa, con la ventana abierta, corrida la persiana. Se han esparcido por la habitación, algunas ropas en desorden; la blusa, de seda finísima color amapolá; la falda, de batista, y el corsé, de raso

blanco sobre una silla. Las bellas turgencias de sus senos, libres de su cárcel, se han henchido y ha respirado satisfecha. Y así ya, solamente velada su exquisita hermosura por la sutil seda de la camisa, ha ido frente al espejo, se ha arreglado el pelo, se ha pasado por la cara la borla de los polvos y se ha perfumado con *Floramye*.

Con una faldilla ligera y un *matiné* descotado, andando cautelosa, ha ido á sentarse junto á la ventana, ha suspirado, y recostada en el alféizar, nos ha esperado impaciente, la blanca figulina del paseo.

Nosotros, no hemos acudido á la ventana, porque el cielo está azul, y en el azul brillan las estrellas, y la luna pálida y neurasténica, nos ha acariciado colándose tímida entre el verde negruzco de los árboles, mientras besamos la melena rubia de una muchacha bonita que si no es nuestra novia precisamente, nos ha brindado su amor esta noche lujuriosa, y tiene ojos verdes, fulgurantes y enigmáticos como una huri.

CARAVANA DE RECVERDOS

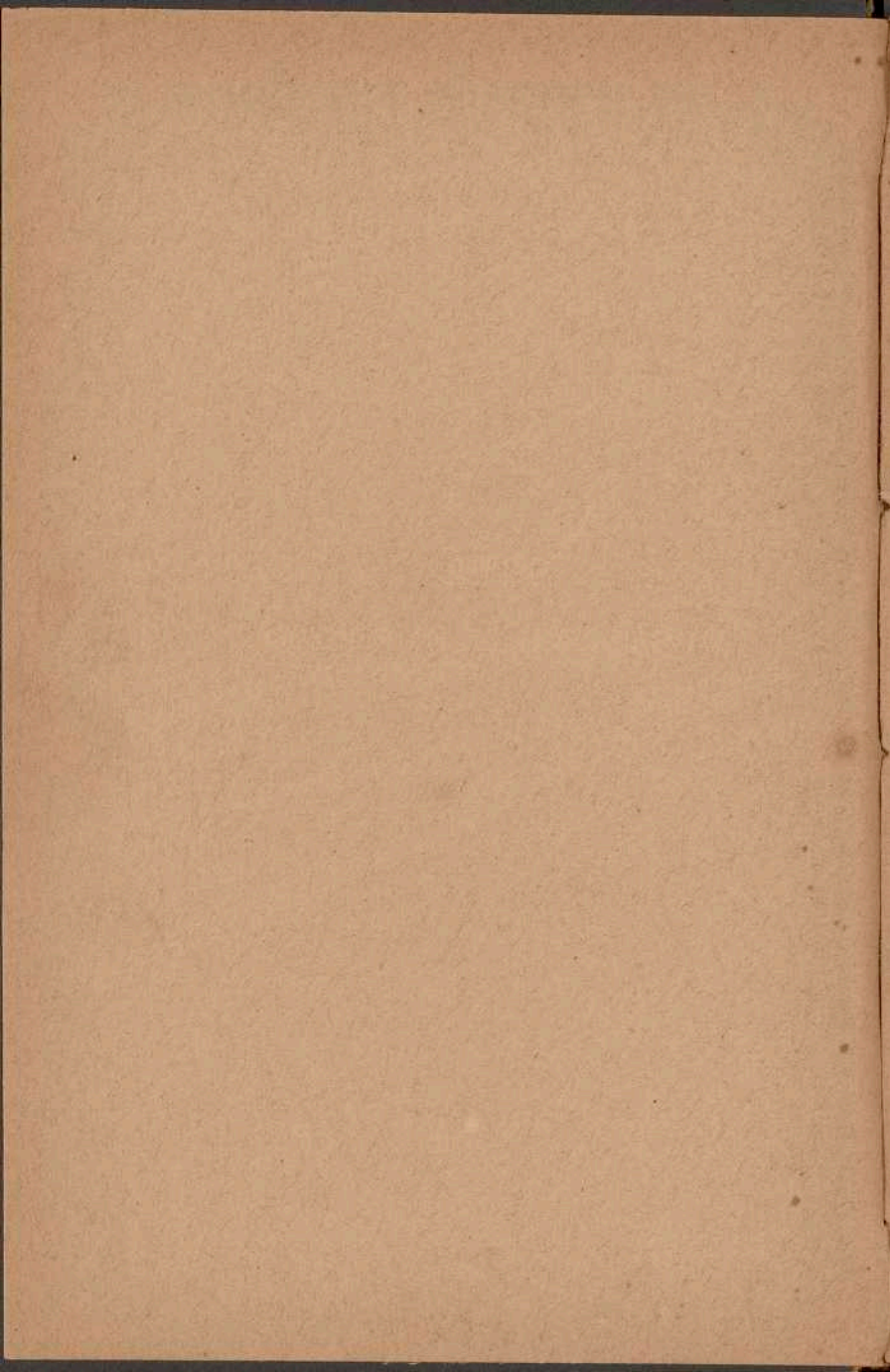
Pero el verano ha pasado, y con él la lascivia intensa de una noche azul.

¡Oh Verano, voluptuoso Verano! ¡Oh Verano lujuriente, Verano de amores, y de esencias, y de besos! ¡Oh Verano, Verano! Ven. Yo te llamo, para que pongas fuego en mi sangre, y redivivas mi corazón, agonizante por los hielos del Invierno...



TÉRMINO

LA CARAVANA SE HA PERDIDO





POR la inmensa llanura de mi alma en la
lejanía de un azul de ensueños román-
ticos, la Caravana de Recuerdos se ha per-
dido.

En el alma, del que la pasó del corazón al
papel, ha dejado huellas, más de pesares que
de alegrías; pero en un huequecito pequeñín
las ha dejado también de unos breves y va-
porosos placeres, que gustaron mis labios
febricientes en los panales aromosos de unas
bocas perfumadas y sangrientas.

Las sensaciones han sido un poco difusas
y un poco indeterminadas, sin la intensidad
rotunda de un dolor vivo ó de un placer ma-
tador.

Sensaciones amables, que no han querido

CARAVANA DE RECVERDOS

torturarme con un recuerdo de por vida porque tal vez no me hirieron en el instante que las percibí, honda y conmovedoramente.

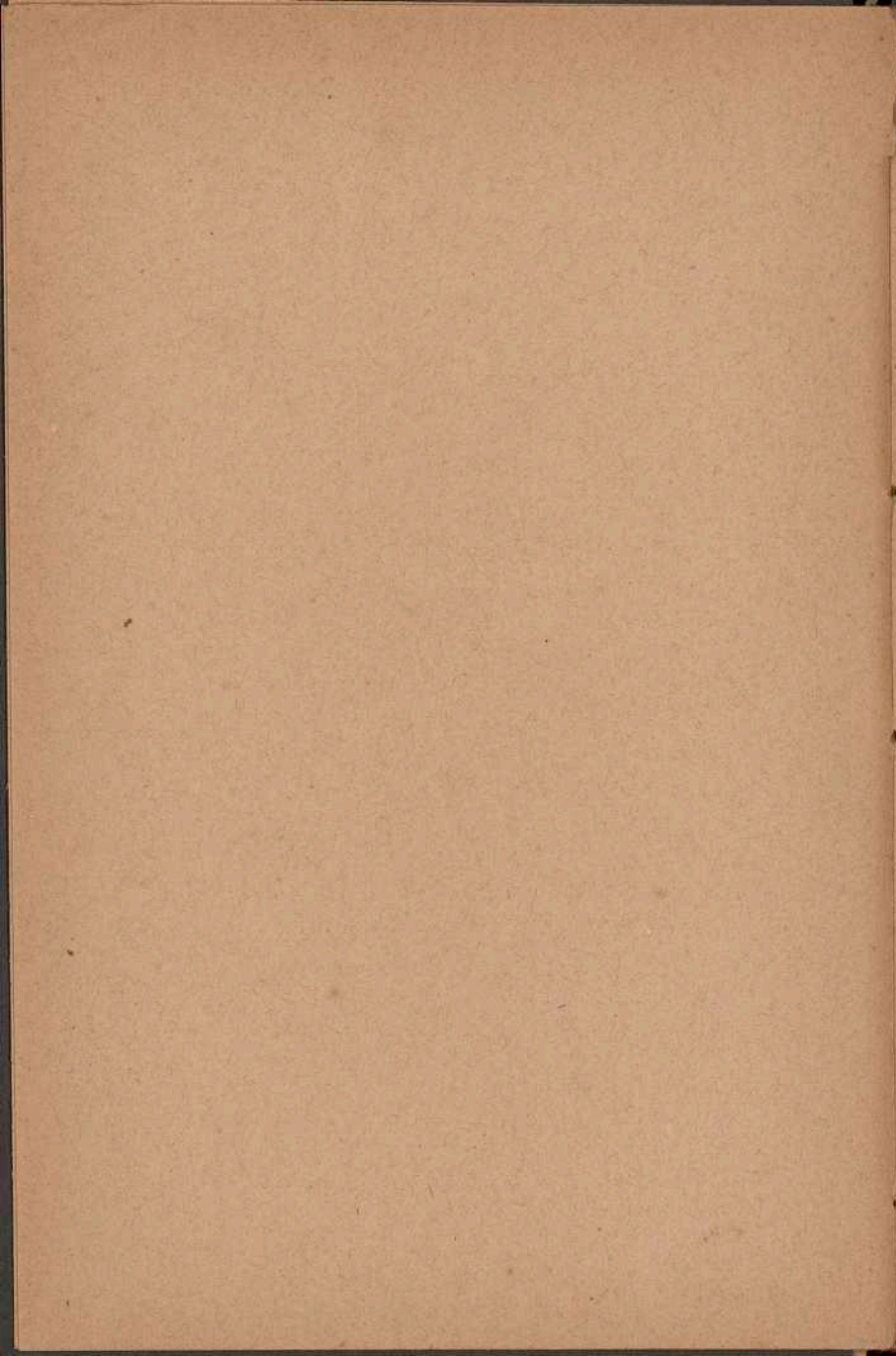
Además, los recuerdos van borrándose, paulatinos y suaves de la memoria y tórnanse quiméricas reminiscencias.

Por ello precisamente, no es este libro intenso.

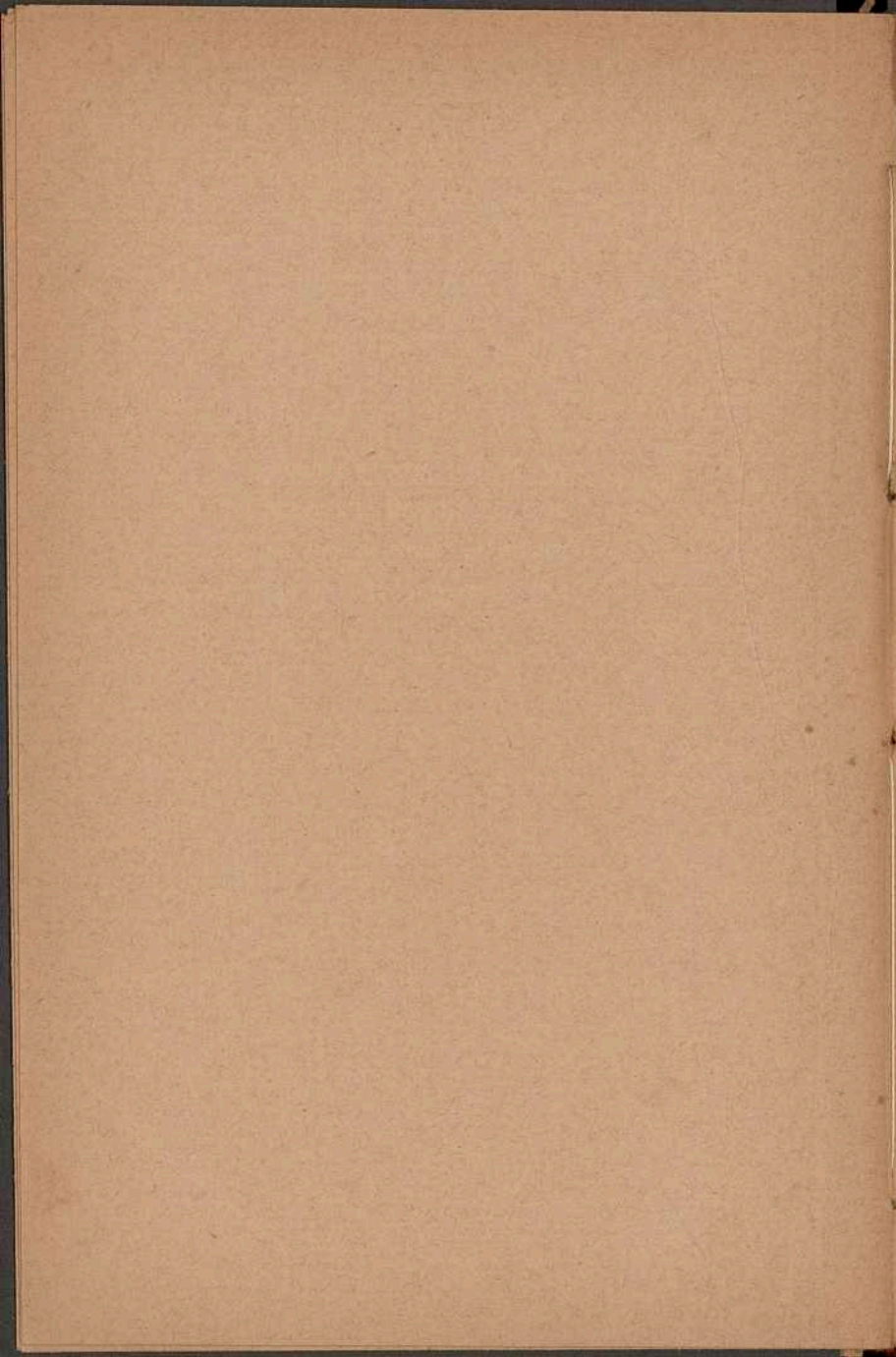
Y para que os quedase bajo los párpados, al cerrar los ojos, la silueta de esta visión, ha desfilado la Caravana á pleno sol, con toda luz, despaciosa y solemne. Pero en la agonía del crepúsculo, cuando el cielo es sangriento y trágico á la vera del sol poniente, cuando bajan las primeras sombras del inmenso cuenco azul, ya muy lejos, sobre sus andaduras, pesadas y cansinas, los últimos Caballeros Recuerdos, de esta Caravana, se han esfumado en siluetas indecisas, perdidas allá, en la lejanía, de un siniestro color escarlata.



PROPIEDAD



✠ ESTE LIBRO ES PROPIE-
DAD DEL AUTOR, QUE TIENE
HECHO EL DEPÓSITO QUE LA
LEY PREVIENE ✠ ✠ ✠



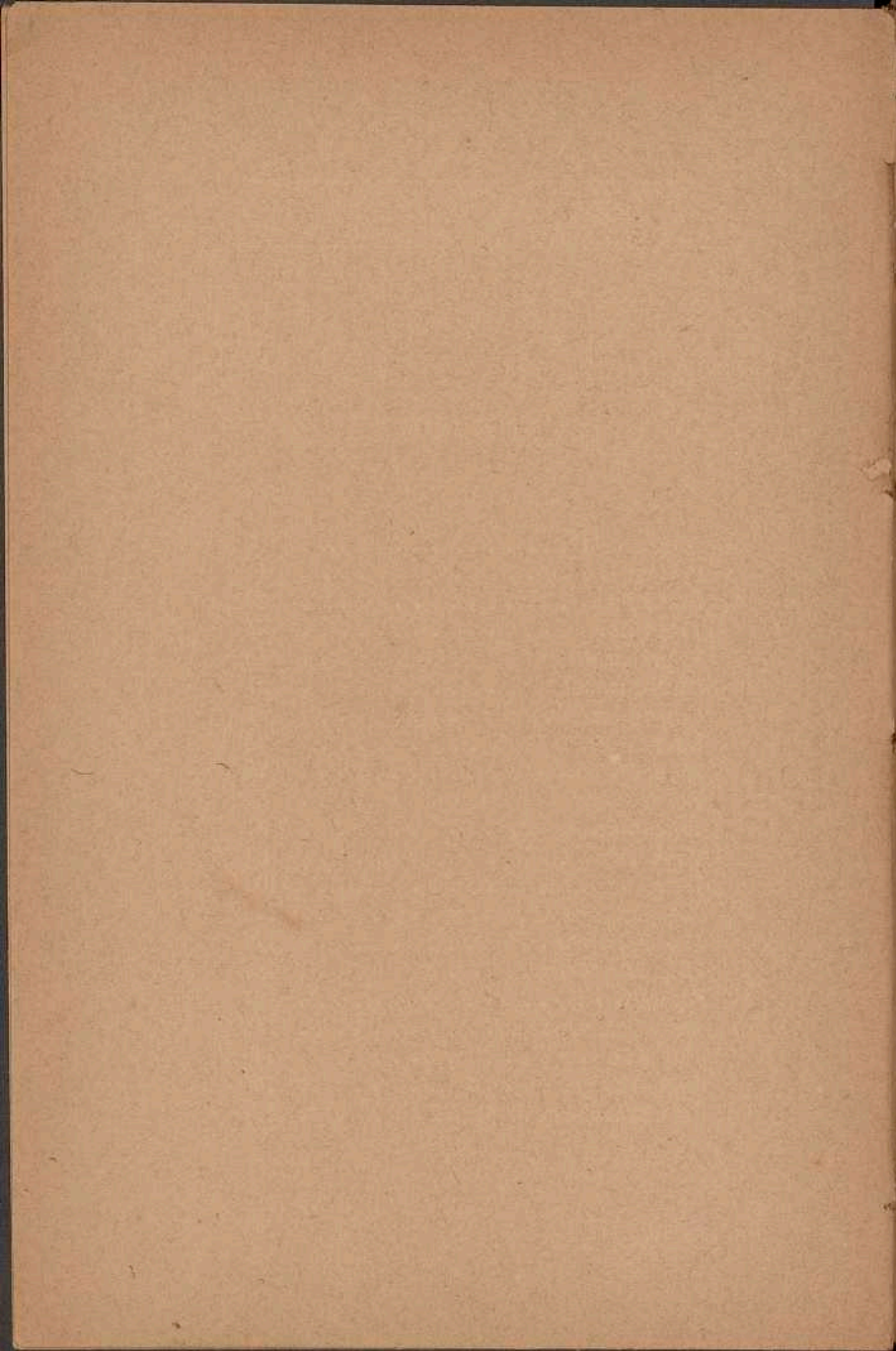
ÍNDICE



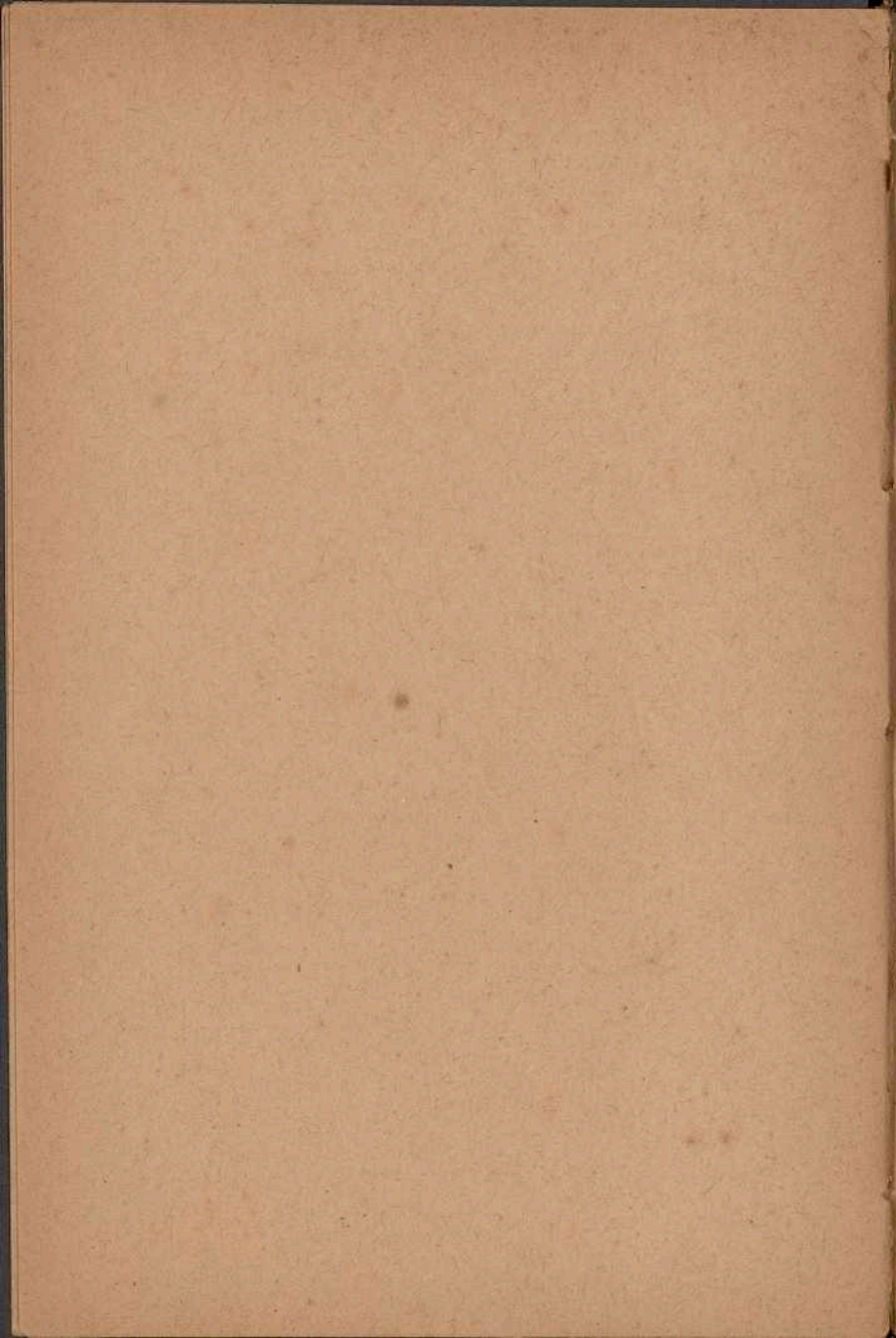


ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria	7
Prólogo	11
Præludium.	23
Tragedia.	27
El primer deseo.	43
De tal tronco...	51
Una noche de verano	61
La estación	73
En el divino silencio	79
Por las sendas olvidadas	85
Sonata apasionada	91
Evocación	97
De un amor romántico	103
Melancólicas añoranzas	109
Día de fiesta.	115
Últimas noches	121
Apunte.	127
De los tiempos idos.	133
Horas de paz	149
Figulinas.	155
La Caravana se ha perdido.	161

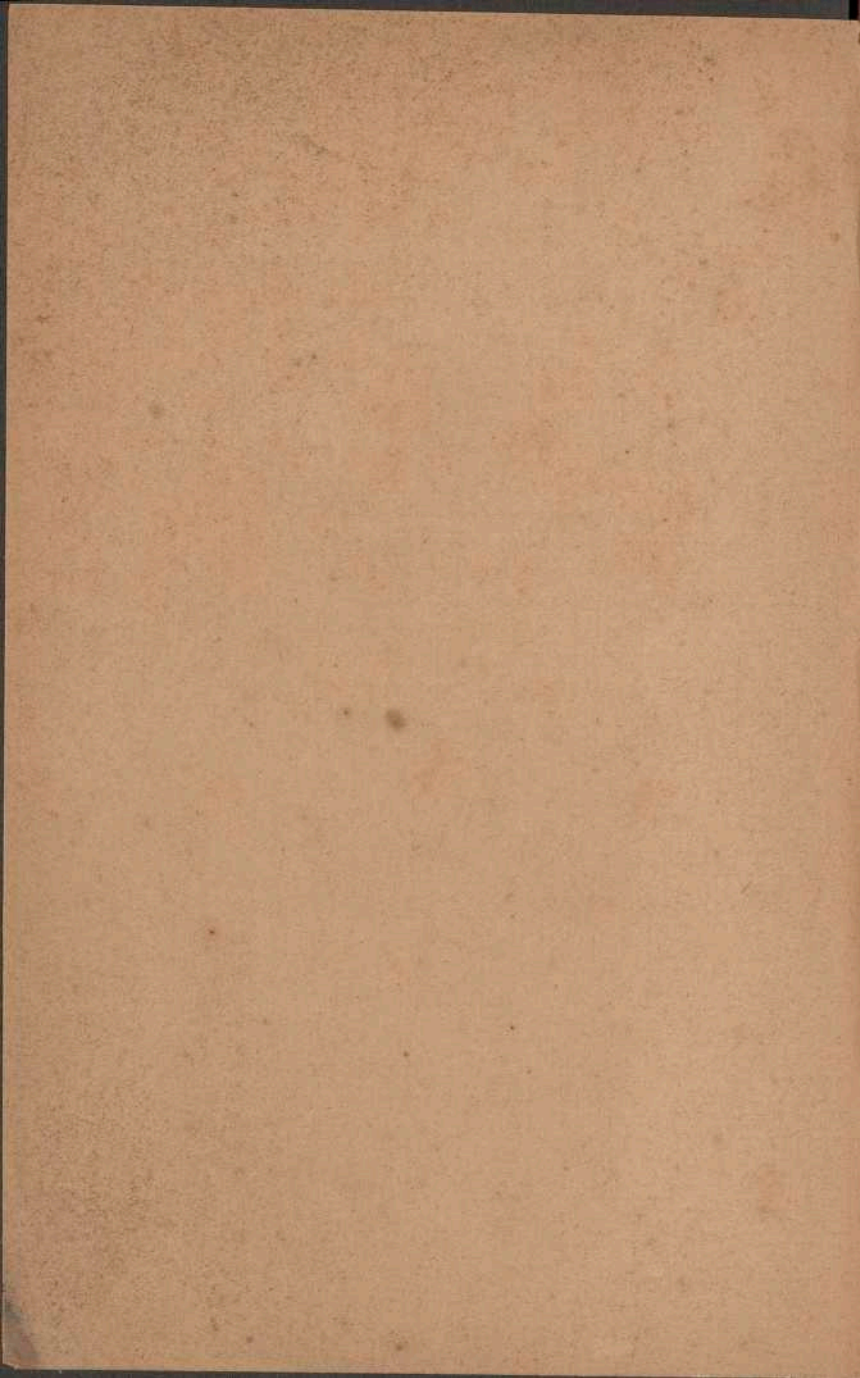


COLOFÓN

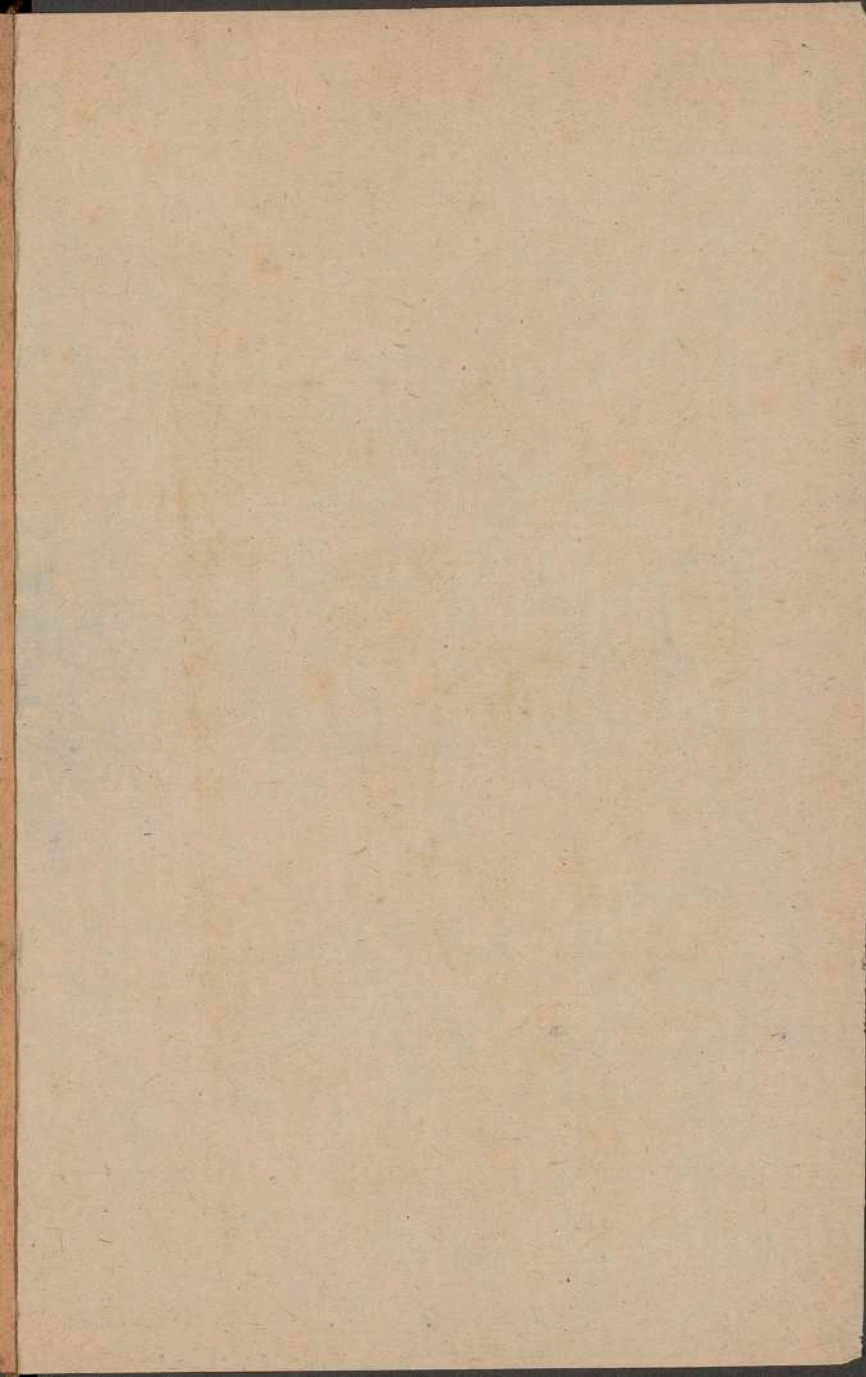


ESTE LIBRO DE PROSAS, CA-
RAVANA DE RECVERDOS,
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN CIU-
DAD-REAL, EN LOS TALLERES
TIPOGRÁFICOS DE RAMÓN CLE-
MENTE RUBISCO, Á ONCE DÍAS
DE OCTUBRE DEL AÑO MIL NO-
VECIENTOS NUEVE.





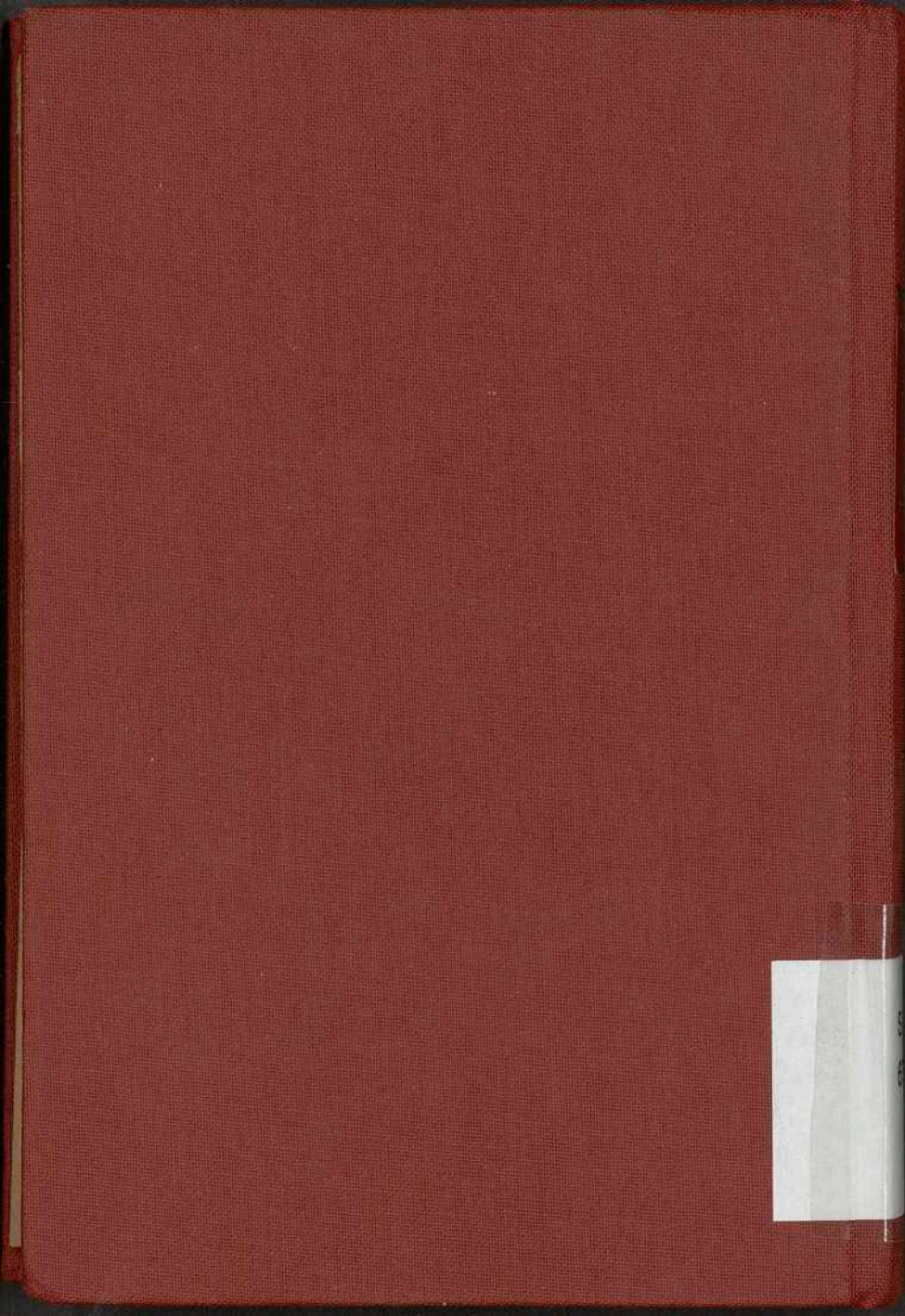
Precio 3 pesetas







CB.1001246742 - R.
Caravana de recverdos
BPE Ciudad Real
S.L. 6791 -



NORALMA

CARAVANA

DE

RECUERDOS

S.L.

6791